The book cover features a warm, golden-orange color palette. In the foreground, a large, detailed butterfly with orange and brown wings is prominent. The background shows a town with tiled roofs and a church spire under a large, glowing sun. Numerous smaller butterflies are scattered throughout the scene, some appearing to fly towards the viewer. The overall atmosphere is magical and serene.

EL OLOR DE LA MAGIA

TRILOGÍA DEL MALEFICIO II

Cliff McNish

de

Raquel y Eric son dos hermanos con poderes extraordinarios: Raquel puede hacer los más difíciles hechizos, y Eric tiene la capacidad de anularlos. Gracias a estos poderes, los dos hermanos pudieron derrotar a la temible Dragwena, una bruja que los había raptado para esclavizarlos. Pero ahora, Heebra, la madre de Dragwena, busca venganza. Un ejército de brujas es enviado a la Tierra para localizar a los miles de niños que poseen poderes parecidos a Raquel y organizarlos en un temible ejército. Una lucha terrible se prepara...



Cliff McNish

El olor de la magia

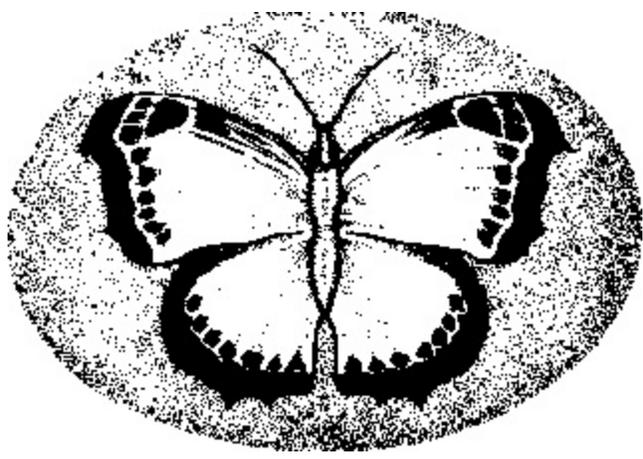
El maleficio - 2

ePub r1.0
Rocy1991 23.12.14

Cliff McNish, 2003
Traducción: Manuel Manzano
Ilustraciones: Geoff Taylor

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2





1

Ojos



—¡Raquel, levanta, despierta de ese sueño! —Morpet la sacudió con delicadeza por los hombros hasta que, viendo que no reaccionaba, lo hizo con mayor brusquedad—. ¡Vamos, despierta!

—¿Qué? —dijo Raquel abriendo apenas los ojos.

Por un instante, Morpet vio el rastro de su pesadilla. Atravesándole la mejilla, tan grande como la de un perro, la enorme garra negra y nudosa de una bruja. Morpet vio incluso cómo se desvanecían las retorcidas y verdes uñas en la pálida cara de Raquel.

—Está bien —dijo él apresuradamente, agarrándola con fuerza por los hombros—. No te preocupes, estás a salvo. Estás en casa, en tu habitación. Aquí no hay brujas.

Raquel se despertó sobresaltada y dio un salto; respiraba con dificultad, jadeando.

—Oh, Morpet —murmuró—, no me despiertes así *nunca más*. Cuando estoy soñando... puedo... puedo lastimarte. —Hundió la cara en la almohada, esperando a que se desvaneciese la cortante sensación helada de las uñas en su mejilla—. Tú deberías saberlo mejor que nadie —dijo ella al final—. Podría haberse escapado un hechizo.

—¿Preferirías que hubiera sido tu madre quien se enfrentase a esas garras? —contestó él—. Por lo menos yo puedo reconocerlas.

Raquel asintió con gesto sombrío.

—Pero incluso para ti es peligroso. Deja que me despierte de manera natural, cuando esté lista. Morpet gruñó, señalando la luz del sol filtrándose a través de las cortinas.

—He esperado tanto como he podido. Ya es más de mediodía, y tu madre estaba a punto de venir a despertarte —dijo quitándole unas hebras de hierba del pelo y observándola—. Curioso olor el de estas hierbas.

—Oh, no —se quejó Raquel dándose cuenta de su lamentable estado—. Anoche estuve de nuevo en el estanque, ¿verdad?

—Me temo que sí.

Raquel se mordió el labio.

—Es la segunda vez esta semana.

—La tercera.

—Supongo que tenía agallas.

—Sí, las habituales, en el cuello y de color rojo carmesí.

—¡Agh! —Raquel sintió una desagradable sensación justo debajo de sus orejas—. ¿Cuánto tiempo estuve debajo del agua esta vez?

—Una hora, más o menos.

—¡Una hora! —Raquel meneó la cabeza con disgusto—. Entonces esto está empeorando. Está

bien, me levanto. —Se detuvo a escuchar durante un segundo—. ¿Quieres comprobar que el pasillo y el baño están despejados?

Morpet salió fuera, volviendo un momento después.

—Nadie a la vista, y aquí tienes un par de toallas limpias. Voy a meter las sábanas en la lavadora.

Raquel sonrió, tomando las toallas.

—Morpet, eres mi ángel de la guarda.

Se deslizó con cuidado dentro del lavabo y se dio una larga ducha caliente para quitarse el hedor del estanque. De vuelta en su habitación, se sentó frente al tocador, y empezó a cepillarse sin demasiadas ganas la lacia melena oscura.

Entonces se detuvo de repente, dejó el cepillo en el tocador, se acercó lentamente al espejo y examinó su cara, delgada y ligeramente pecosa.

Los ojos que le devolvieron la mirada no eran humanos. Sus preciosos ojos verde avellana, iguales que los de su padre, habían desaparecido. En su lugar tenía unos nuevos ojos mágicos. Los hechizos se arracimaban en el rabillo de sus ojos, detrás de los párpados. Les gustaba estar ahí porque desde esa posición podían ver el mundo exterior. A lo largo del día fueron apiñándose al frente, ávidos de atención. Cada hechizo tenía su propio y único color. El día anterior los colores de los hechizos habían empezado con el escarlata y el dorado, rodeando sus pupilas negras. Esta mañana ya ni siquiera había pupila. Solo podía distinguirse un color azul profundo en ambos ojos, como la sombra de un cielo de verano. Últimamente, Raquel había visto ese color muchas veces. Era el color de un hechizo volador, ansiando ser utilizado.

Mirando fijamente su reflejo en el espejo, Raquel dijo:

—¡No, no pienso volar! ¡Hice una promesa, y la mantengo! ¡No cederé ante ti!

—¿A quién? —preguntó una voz.

Raquel se volvió sobresaltada. Su madre estaba de pie tras ella, mirando fijamente el espejo, con ansiedad.

—Mamá, ¿de dónde sales?

—Estaba aquí desde hace un rato, tan solo te estaba mirando. Bueno y también a ellos.

Su madre observó fijamente los ojos llenos de hechizos de Raquel. Su color había cambiado ahora a un gris triste.

—Esos hechizos... —dijo su madre enfadada—. ¿Qué se supone que esperan de ti? ¿Por qué simplemente no te dejan en paz de una vez?

—No te preocupes, mamá —murmuró vagamente Raquel—. Yo... aún tengo que hacerme cargo de ellos.

Su madre le rodeó el cuello con los brazos. Abrazándola fuerte le dijo en un susurro:

—Entonces dime por qué estás temblando. ¿Crees que después de doce años no sé cuándo está sufriendo mi propia hija?

Una sola lágrima resbaló por la mejilla de Raquel. Con un gesto intentó secársela de inmediato.

—Vamos —dijo su madre—, llora todo lo que quieras. Esos hechizos terribles... ¡Cómo se atreven a hacerte daño!

Por unos minutos Raquel se dejó mimar por el abrazo de su madre. Finalmente dijo:

—Estoy bien, de verdad que lo estoy. Estoy bien, mamá.

Su madre la apretó contra ella de nuevo y después se quedó allí de pie, reacia a irse.

—¿Dejarás de mirarte fijamente en ese espejo?

—No más espejo por hoy —respondió Raquel forzando una sonrisa—. Te lo prometo. —

Mientras su madre se iba lentamente hacia la puerta, le dijo—: Echas de menos a papá, ¿verdad?

Su madre se paró en la puerta.

—¿Tan obvio es?

—Solo porque yo también lo echo en falta. Odio cuando tiene que viajar.

—Su último contrato de este año en el extranjero está a punto de acabar —le dijo su madre—.

Volverá en un mes más o menos.

—Treinta y ocho días —dijo Raquel.

Su madre la miró con aire de complicidad.

—¡Podemos contar juntas! —Se volvió para salir—. No tardes mucho en bajar, ¿vale? Ya he tenido bastante con Eric y los prapsis por hoy. Quiero mucho a tu hermano pero empieza a sacarme de quicio con las cosas que les enseña a esos bebés-pájaro.

Se dirigió hacia la escalera y la bajó con paso fuerte, sin dejar de murmurar un solo segundo.

Raquel terminó de vestirse y se dirigió a la cocina. Tan pronto como entró, los prapsis se taparon las caras.

—¡Cierra esos ojos amenazadores! —chilló uno mirándola de reojo.

«Oops» pensó Raquel, desactivando los brillantes hechizos de colores.

El otro prapsi aleteó irritado frente a su rostro.

—¡Eric habría podido quedarse ciego! —chilló—. ¡Su rostro tan bonito hubiera podido abrasarse!

Raquel se dio cuenta de que debía reaccionar de alguna forma. Puso una rebanada en la tostadora y la miró fijamente, como si tostar pan fuera la cosa más fascinante del mundo.

Los prapsis revolotearon cerca de ella, dándose empujones. Eran seres extraños, mezcla de cosas, creación enfermiza y grotesca de una bruja que los utilizaba como mensajeros. Sus cuerpos eran idénticos a los de los cuervos, con las típicas plumas brillantes y negroazuladas. Pero en vez de picos tenían narices; y en vez de tener cara de pájaro, tenían mejillas gordezuelas y rosadas con unos labios mullidos. Cada prapsi tenía la cabeza de un bebé.

La madre de Raquel dio un bufido apartando a los bebés-pájaro de su camino. Ellos se retiraron y volvieron a juntarse de nuevo, manteniéndose perfectamente inmóviles por encima de la cabeza de Raquel. Uno le hizo una pedorreta; el otro babeó accidentalmente sobre su tostada.

—¡Mmm, qué rico! —dijo Raquel tirando la rebanada al cubo de la basura—. Me gustaría saber cómo les crecieron sus caras de bebé de nuevo. Me gustaban más cuando simplemente graznaban.

Ambos prapsis enseñaron sus encías desdentadas.

—¡Míranos, cara de chimpancé! —susurraron—. ¡Somos tan hermosos! ¡Somos tan bellos! Pregúntale a Eric.

Eric se sentó cerca de la mesa de la cocina, ojeando las páginas de un cómic con aire

despistado.

—¿Estás bien, hermanita? —preguntó levantando la mirada—. ¿Disfrutando de la compañía de los muchachos?

—Estoy bien —dijo ella con sequedad—. Pero preferiría no tenerlos pegados todo el día. ¿Crees que podrías tener a los chicos lo suficientemente alejados de mí como para que pueda untar mantequilla en la tostada?

—¡Claro! —exclamó.

De inmediato ambos prapsis volaron hasta sus hombros. Se posaron allí, poniéndole cara de pocos amigos a Raquel.

—Y haz que estén callados durante diez minutos —dijo su madre con su voz más amenazadora—. O esta noche haré estofado de cuervo.

Eric fingió no oír, pero se puso el dedo sobre los labios en un gesto de silencio. Los prapsis se apretaron bien los labios para impedir que se escapara algún que otro insulto más.

Eric era un chico fornido, de corta estatura y una expresión dura, fruto de muchas horas de práctica. Su rasgo más llamativo era el pelo, una masa rubia de rizos alborotados. Pero Eric odiaba su pelo. Las madres de sus compañeros adoraban acariciarle las suaves ondulaciones. En un par de años estaba determinado a cortárselo. Al cero. Por ahora tenía que contentarse con que los prapsis se lo alborotaran con sus garras tan a menudo como era posible.

—Supongo que anoche los prapsis durmieron otra vez contigo —dijo Raquel con tono mordaz.

—Por supuesto —dijo Eric con una sonrisa burlona; gesto que imitaron los prapsis con inquietante precisión.

—Los he visto —continuó Raquel—. Estaban en tu cama, con sus enormes ojos de bebé. Es espeluznante. Copian todo lo que tú haces. Si te das la vuelta, ellos se dan la vuelta. Incluso imitan tus ronquidos a la perfección.

—Ah, sí, es cierto. —Eric rió entre dientes—. Me adoran —dijo chasqueando los dedos. De inmediato, uno de los prapsis volvió la página del cómic con su nariz respingona.

—Es patético —murmuró Raquel—. Menudos tres tarados. ¿Dónde está Morpet?

—Yo podría decírtelo —replicó Eric—. Pero ¿qué obtendría a cambio?

—Está en el jardín —dijo la madre dando un suave tirón de orejas a Eric. A continuación le tendió a Raquel una tostada con mantequilla—. Cómetela antes de irte, ¿quieres?

Tras el desayuno Raquel deambuló por el jardín trasero. Era un achicharrante día de julio, con casi todas las vacaciones de verano todavía por delante. Morpet estaba tendido al lado del estanque. Era un chico delgado, con unos chispeantes ojos azules y una espesa mata de pelo rubio rojizo alborotada en todas direcciones. Al alcance de su mano bronceada había un refresco helado.

Raquel sonrió afectuosamente.

—Veo que ya te has preparado para el verano.

—Por culpa de Dragwena me perdí unos cuantos cientos de veranos —dijo Morpet—. Estoy recuperándolos tan bien como puedo. —Sacó una lata de refresco del estanque y se la tendió a Raquel—. Te he guardado esto. Por cierto, ¿cómo estás?

—Un poco desalentada —dijo ella tendiéndose en la hamaca del jardín.

—Realmente, ahora hueles muy bien. ¿Te has restregado a fondo con jabón?

—Sí, Morpet, he tomado un baño —dijo Raquel riendo—. ¿Por qué, tú aún no?

—Sigo sin soportar esa sensación viscosa —admitió él—. Tampoco ese olor tan suave y dulce, hay algo oscuro en ello. Por supuesto, nosotros no teníamos jabón cuando yo era un niño. Todos olíamos espantosamente pero a nadie nos importaba un rábano.

En realidad, Raquel aún no podía acostumbrarse al nuevo niño Morpet. Lo había conocido un año antes en otro mundo: en Itrea. Raquel aún ahora se estremecía al pensar en aquel desolado mundo cubierto de nieve oscura. Una bruja odiosa, Dragwena, había gobernado allí. Morpet fue su sirviente a regañadientes.

Durante siglos fue obligado a presenciar cómo Dragwena raptaba a los niños hasta su mundo. Raquel y Eric fueron los últimos secuestrados. Cuando llegó, Raquel descubrió que todos los niños poseían poderes mágicos que no podían ser utilizados en la Tierra. Por eso los quería la bruja, para servir a sus oscuros propósitos. Morpet fue su maestro, y ella progresó muy rápido, descubriendo que poseía más magia que ningún otro niño antes, y que era la primera lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a Dragwena de verdad. Eric también tenía un don, y era algo que ningún otro niño poseía. Excepcionalmente, podía deshacer hechizos. Podía *destruirlos*. En una aterradora batalla final, Raquel y Eric lucharon contra el maleficio de la bruja y fueron testigos de la muerte de Dragwena a manos del gran mago Larpskendya.

Viendo ahora a Morpet, a Raquel le era difícil recordar que durante cientos de años él había sido un anciano arrugado mantenido con vida solo por la magia de la bruja. De algún modo, Morpet había desafiado lo peor del poder de Dragwena, y cuando Raquel y Eric llegaron él arriesgó su vida por ellos. Para demostrar su gratitud, el mago Larpskendya le devolvió a Morpet todos los años perdidos de infancia que Dragwena le había arrebatado. Cuando volvió a casa, aunque no a su propia casa, era un niño de nuevo. Su familia original hacía ya mucho que había muerto, por supuesto. Así que los padres de Raquel lo adoptaron en secreto; y aquí estaba él, un año más tarde, un adolescente en un jardín en pleno verano. Unas cuantas criaturas más eligieron volver desde Itrea con Raquel y Eric. Solo quedaban los prapsis. El lobezno Scorpa, Ronocoden el águila y unos cuantos gusanos se fueron pronto, decidieron hacer su propia nueva vida en la Tierra.

—¿Qué te pasa? —preguntó Raquel advirtiendo una ligera incomodidad en Morpet.

—Son estos pantalones cortos —dijo haciendo un mohín—. Tu madre olvida que tengo quinientos treinta y siete años de edad. No *me gustan* los pantalones a rayas.

—No puedes llevar los viejos pantalones de piel que llevabas en Itrea para siempre, Morpet. Debes renovarte.

—Pero me sentaban bien —dijo—. Estos pantalones cortos me hacen parecer estúpido. Además, no son de mi talla. Tu madre cree que tengo el mismo tamaño que Eric.

—¿Son demasiado ceñidos?

—Demasiado holgados —dijo Morpet de manera significativa.

—Mmm. Peligroso —sonrió Raquel—. Habrá que hablar con mamá acerca de esto... por supuesto, aunque puedes ir de tiendas y comprarte unos que te gusten.

Morpet se encogió de hombros gruñendo. Ir de compras significaba salir de la casa y cruzar la peligrosa calle. El tráfico lo ponía nervioso. No había coches cuando él era un niño, ni, por

supuesto, aviones. La disparatada y ruidosa vida moderna lo mantenía en constante tensión, e intentaba evitar las avenidas tanto como le era posible.

Durante unos cuantos minutos, Raquel permaneció tendida en la orilla del estanque, simplemente disfrutando del sol y de la suave brisa soplando sobre sus piernas.

—Morpet —dijo finalmente— anoche estuve en la cama durante quince horas. No podía despertarme. Esos hechizos actúan mientras yo estoy dormida... ¿Qué está pasando?

—Ya conoces la respuesta —dijo él sin rodeos.

Raquel meneó la cabeza.

—Sé que mis hechizos ansían ser utilizados —respondió ella—. Pero hasta ahora se habían comportado correctamente. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Por qué de repente están tan activos?

—Te están desafiando —contestó él—. Están inquietos, impacientes. La magia no es algo que puedas domar como a una mascota, Raquel. Especialmente tu magia. —Morpet se acercó a ella y le dio unos leves golpecitos en la cabeza—. Tus hechizos son demasiado intensos, demasiado ambiciosos, como para dejarte en paz. Y tú dejaste de atender sus peticiones hace meses, ¿no? Los has dejado de lado por completo.

—Tenía que hacerlo —protestó Raquel—. Eran demasiado tentadores. Larpskendya me hizo prometer que no utilizaría mis hechizos.

—Lo sé —dijo Morpet—. Pero a tus hechizos les importan muy poco las promesas hechas a un mago. No les gusta ser ignorados. Si no quieres escucharlos mientras estás despierta, entonces ellos actúan de noche, cuando pueden dominar en tus sueños.

Raquel se inclinó para jugar con el agua de la superficie del estanque.

—Pero ¿por qué me meten bajo el agua?

—¿Por qué no? —dijo Morpet—. El agua debe de ser un lugar interesante para que unos hechizos aburridos hagan experimentos. Existe el desafío de hacerte respirar sin pulmones. Y de hacerte inhalar agua sin dañar tu cuerpo. Ese tipo de cosas son difíciles. Requieren unos cuantos hechizos complejos cooperando estrechamente.

Raquel pensó en las agallas.

—Puedo manejarlos —insistió ella—. Larpskendya me advirtió de que un grupo de brujas reunidas podría descubrir mis hechizos, incluso desde el espacio. Y eso podría conducir a las brujas hasta todos los niños. ¡No pienso romper mi promesa!

—Ya lo has hecho —resopló Morpet. Seguidamente se irguió y continuó—. Tienes que recobrar el control, Raquel. Dales a tus hechizos algo que hacer, por lo menos déjales respirar. Y hazlo cuando estés despierta y puedas contenerlos.

—Pero aún no ha sucedido nada terrible...

Morpet se encontró con su mirada.

—¿Y vas a esperar hasta que ocurra? Sé que no lo haces deliberadamente, Raquel, pero ¿qué me dices de tus pesadillas? ¿Qué ocurrirá cuando tu madre intente despertarte en el momento menos oportuno? Esta mañana, por ejemplo. Podría haber ocurrido cualquier cosa. Yo vi las zarpas. —Morpet la miró con seriedad—. Esa es tu peor pesadilla, ¿verdad? Y la mía también: en mis peores sueños me enfrento a Dragwena de nuevo. Soy la presa de una bruja.

Raquel se estremeció. Ella intentaba no pensar nunca en Dragwena. Al llevarse la lata de

refresco a los labios vio una avispa. Zumbó alrededor de la lata, se metió por la abertura y finalmente cayó dentro de la bebida. Mientras vertía el contenido de la lata y a la avispa al césped con aire ausente, Raquel lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué hechizos tienes ahora en tu cabeza? —preguntó Morpet cortante.

—Solo los habituales.

—Y esos... ¿cuántos son?

—Cuatro hechizos: uno para matar a la avispa; un segundo para rescatarla; un tercero para desinfectar la lata. —La niña miró la avispa, con sus alas empapadas, tambaleándose a través del césped, y sonrió—. Y un hechizo calentador para secar alas de insecto.

—¿Cuál de ellos te ha venido primero a la mente?

«El hechizo asesino», pensó Raquel, y Morpet leyó la respuesta en su rostro.

—Nunca le hubiera hecho daño a la avispa —dijo ella.

—Lo sé —contestó Morpet—. Pero es interesante que sean los hechizos más peligrosos los que se ofrezcan en primer lugar. Siempre dominan a los otros.

Raquel se acercó al borde del estanque y contempló su reflejo en el agua. Sus ojos se habían vuelto de un marrón profundo, como de arena húmeda. Buscó colores más intensos, pero sus hechizos estaban inusualmente reticentes, como si ahora no quisieran permanecer tras sus pupilas. ¿A qué era debido?

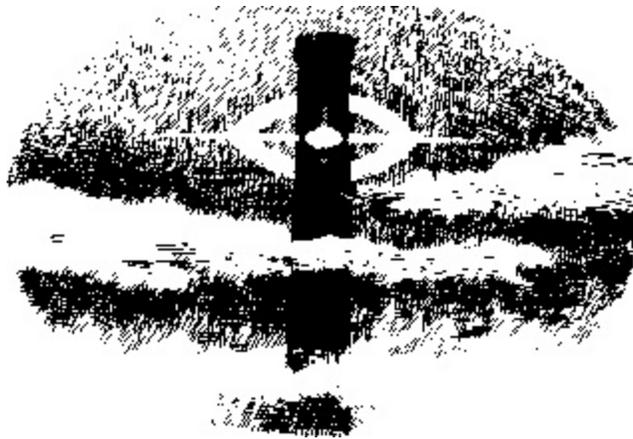
Por primera vez en meses Raquel prestó atención a su interior. «¿A qué estáis esperando?», preguntó. Unos cuantos hechizos guardaron silencio, replegándose astutamente, sin dejar que Raquel reconociera la diablura que habían planeado.

«Están esperando», pensó Raquel, «esperando a que me duerma».

Entonces le dijo a Morpet:

—Será mejor que esta noche me vigiles de cerca.

2 Ool



Heebra, la madre de Dragwena, echó un vistazo desde la ventana-ojo de su torre.

Bajo ella, en toda su vasta gloria, se extendía Ool, hogar de todas las brujas. Era un mundo congelado. Una nieve gris oscura caía pesadamente del cielo, llenando el aire, prácticamente expulsando toda luz existente. Heebra había gobernado durante más de dos mil años, y en todo ese tiempo nunca había dejado de nevar. Los valles estaban inundados de nieve; los animales engendraban bajo tierra para huir del frío; las montañas más altas de Ool habían sido hace tiempo sepultadas bajo toneladas de tristes copos.

Solo las torres de las brujas se elevaban por encima de la nieve.

Mientras Heebra acechaba el exterior desde su ventana, su hija pequeña, Calen, emergió de las sombras de la cámara.

—¿Veremos hoy luchar a las alumnas? —preguntó Calen con entusiasmo.

—¿Tan pronto? Se les dijo que se prepararan para una competición nocturna.

—Démosles una sorpresa, madre. ¡Hagámoslas luchar ahora!

Heebra sonrió con indulgencia y avisó a las rivales para que se preparasen de inmediato.

Mientras esperaba, Heebra inspeccionó la fría magnificencia de Ool. Las prominentes torres de sus brujas atestaban el cielo. Cada una de ellas estaba coronada por una ventana-ojo esmeralda, y su altura señalaba el rango de la bruja que vivía en ella. Había millones de torres, pero la de Heebra las superaba a todas. Se elevaba gruesa y negra sobre las nieves eternas, decorada con los incontables rostros de las brujas derrotadas en batalla. Durante los primeros tiempos del gobierno de Heebra muchas brujas habían desafiado su posesión de la Gran Torre. Ninguna se atrevía ahora. Una lástima: demasiado tiempo había pasado ya desde la última vez que tuvo el placer de tallar una cara nueva en la piedra.

Calen se le unió en la ventana.

—¿Recuerdas cuándo ganaste tu primer ojo, madre? ¡Una batalla legendaria!

Heebra se encogió de hombros.

—No fue nada. Una torre pequeña. Un pedazo de roca. Solo unos cuantos cientos de metros, y ridículamente estrecha.

—¡¿A quién le importa el tamaño?! Mataste a otras doce alumnas para conseguirla. —Calen

miró con admiración a su madre—. Nadie había hecho eso antes. Eras increíble incluso entonces.

Heebra estudió el rostro de su hija. Le dolía ver cuánto se parecía a Dragwena, su fabulosa hija perdida. Con menos de cuatrocientos años de edad, Calen era toda una Bruja Superior en la flor de la vida. Su piel era de color rojo sangre, y no había perdido un ápice de su frescura. Su visión era también perfecta, los ojos tatuados acechaban bajo una frente prominente. Incluso su sentido del olfato permanecía intacto; las sensibles fosas nasales, en forma de pétalos de tulipán rajados, podían olfatear carne viva escondida bajo la nieve más profunda. Pero quizá el rasgo más interesante de Calen eran sus mandíbulas. Las cuatro eran de unas características espectaculares. A pesar de las numerosas batallas emprendidas, ninguno de sus dientes negros, triangulares y curvados, se había caído o mellado. Refulgían en sus bien lubricadas encías plateadas, y se mantenían limpios gracias a una legión de pequeñas arañas rebosantes de salud que saltaban en constante alerta de una quijada a otra en busca de restos de comida.

Heebra volvió su atención hacia Nylo, la serpiente del alma de Calen. Era inquieta, como su dueña, con un ágil y sensible cuerpo de color amarillo en constante movimiento alrededor del cuello de su hija.

Heebra sabía que para todas las brujas jóvenes su serpiente-alma era muy valiosa: como consejera, amiga, escudo y arma, y como un segundo juego de ojos siempre en vela. La mayoría de las brujas necesitaba a sus serpientes-alma para mantenerse activas a lo largo de sus vidas. Heebra hacía ya mucho tiempo que había prescindido de Mak, su propia serpiente. Era dorada y pesada, siempre colgando semiinanimada sobre su pecho. Eso, más que cualquier otra cosa, mostraba la magnitud del poder de Heebra.

En un instante, Heebra condujo de nuevo sus pensamientos al presente.

—¿Y bien —preguntó—, conozco a alguna de las participantes en la prueba de hoy?

—Lo dudo —dijo Calen—. Solo son unas cuantas alumnas de los niveles avanzados.

Heebra sonrió.

—¿Por qué siempre insistes en asistir a las batallas juveniles? Sus hechizos son aburridos.

—Disfruto contemplando su pasión encarnizada —respondió Calen—. ¿Ya no recuerdas lo emocionante que era ganar un concurso de sangre, madre?

Heebra empezó a recordar. Una vez había sido como las alumnas de hoy, sufriendo por obtener la oportunidad de luchar por su primer ojo. ¡Cómo saboreó aquella victoria! Aplastando a su oponente, expulsando a los sirvientes de la bruja muerta y trasladándose a vivir a su torre, con su presencia todavía caliente, esperando la próxima oportunidad para ganar una torre más elegante...

Las tres alumnas avanzadas estaban listas. Levantando los brazos desnudos, volaron para colocarse en su posición inicial en el cielo; sus atuendos de zafiro para la batalla temblaban al viento.

—¿Quién crees que ganará? —preguntó Calen esperando impaciente el comienzo de la prueba.

—No importa —dijo Heebra—. Ninguna de ellas tiene el talento suficiente para alcanzar el siguiente nivel de magia.

—¿Cómo puedes decir eso?

Tan pronto como Calen acabó la frase, Heebra arrancó a Nylo de su cuello y tiró de su quijada hasta que casi se partió. Calen esperó temerosa, sabiendo que ninguno de sus hechizos era lo

suficientemente poderoso para amenazar a su madre.

Con un infinito desdén, Heebra dijo:

—¿Cómo puedes decir eso? Espero un juicio más apropiado de quien tendrá que gobernar después de mí. ¡Deberías ser capaz de entenderlo de inmediato! La mediocre calidad del vuelo de esas alumnas ya demuestra por sí sola que ninguna de ellas será una Bruja Superior.

Calen bajó su mirada.

—Por supuesto. Debería haberme dado cuenta de ello.

Con un gesto de desdén, Heebra lanzó por los aires a Nylo. Calen recogió su serpiente, aunque no se atrevió a consolarla delante de su madre.

Juntas y en tenso silencio, ambas centraron su atención en la batalla.

En cuanto estuvieron acomodadas, pusieron en marcha su capacidad de visión nocturna. Lentamente, sus ojos tatuados se extendieron por su rostro, encontrándose en la parte de atrás de sus cráneos calvos. Ahora Heebra y Calen podían seguir la prueba con mayor facilidad. Las alumnas empezaron provocando pequeñas tormentas en la atmósfera superior para esconderse rápidamente en ellas y lanzar desde allí sus hechizos. Atacaban sin darse un respiro y se defendían jadeantes.

Pero a Heebra todo eso le importaba muy poco. Enfadada con Calen, su mente había vuelto — como tan a menudo ocurría— a su hija mayor, Dragwena. ¿Dónde estaba?

Dragwena se había aventurado sola más allá del espacio remoto para conquistar nuevos mundos. Durante centenares de años, Heebra había esperado expectante su vuelta. Más tarde envió partidas de búsqueda, pero nunca la encontraron. De pie allí, contemplando a las jóvenes alumnas esforzarse por sobrevivir bajo aquel cielo oscuro como el carbón, el pecho de Heebra dio un vuelco de repente. ¿Estaría la magnífica y feroz Dragwena aún con vida en algún lugar? ¿O estaría muerta en algún mundo odioso, sin nieve para ungir su tumba?

—¿Quieres que detenga la prueba? —preguntó Calen dándose cuenta del estado de ánimo de su madre.

—No —suspiró Heebra—. Déjalas terminar.

—No será largo. Las tres alumnas han empezado ya a cometer graves errores.

Heebra asintió, perdiendo inmediatamente después todo interés. ¿Qué sentido tenía practicar su magia, reflexionó con una súbita sensación de frustración, si no había ningún mago con quien luchar? Sus brujas habían perdido lenta y dolorosamente la guerra interminable contra los magos, durante milenios. Desde el mismo nacimiento de Heebra, la Hermandad había perdido siete mundos previamente conquistados. ¡Siete! Y en cada ocasión los magos desaparecían antes de que sus guerreras más rápidas pudieran darles alcance. ¡Si sus brujas pudieran encontrar Orin Fen, el mundo de los magos! Pero su localización era desconocida. Larpskendya, el líder de los magos, trasladó a los magos de su planeta original, y ocultó el camino al nuevo. De manera gradual, y casi sin derramar sangre, él fue ganando la guerra; haciendo retroceder a sus mejores brujas, cada vez más, hasta confinarlas en Ool. El poder de las brujas nunca había sido más débil.

—Una derrota —rió Calen—. ¡Al fin!

Una de las alumnas, con el rostro enrojecido por la excitación, se deslizó por el aire hasta la torre de Heebra. Entre sus garras portaba como trofeos las serpientes-alma sin vida de las otras

dos. Sin embargo, su instante de gloria fue efímero.

En lo alto del cielo, una diminuta bola de luz gris atravesó las nubes. Brillando de manera intermitente, se tambaleaba en el aire con dificultades.

Heebra y Calen olvidaron inmediatamente la victoria de la alumna y volaron desde la torre- ojo al encuentro de la bola.

Calen exclamó:

—¡No puede ser!

—¡Pues lo es! —dijo Heebra maravillada.

Todas las brujas que estaban siguiendo el combate se quedaron en silencio. Ninguna había visto antes algo semejante: la fuerza vital de una bruja volviendo a la vida. Solo dos en toda la historia de Ool habían hecho un viaje semejante. ¿Qué bruja viva podría tener la fuerza para viajar desde tan lejos?

—¡Dragwena! —gritó Heebra.

Su corazón se aceleró de alegría. Amablemente, encendió la luz verde de bienvenida en una de sus lenguas. Seguía respirando, pensó Heebra. Seguía viva.

Su maltrecha fuerza vital temblaba, demasiado débil para hablar.

—Te pondrás bien, hija mía —la reconfortó Heebra—. Estás en casa de nuevo.

Dentro de la Gran Torre, Heebra desenrolló con cuidado su lengua hasta el duro suelo.

En seguida la bola empezó a estirarse y a crecer a una velocidad fantástica. Los muslos de Dragwena se retorcieron, forzándose hasta alcanzar su forma original, sus débiles músculos empezaron a endurecerse.

—¡Cómo lucha! —dijo Calen maravillada—. ¡Mira cuánto desea vivir!

Por fin la transformación acabó, pero Dragwena estaba incompleta.

—Ha vuelto demasiado rápido para sobrevivir —dijo Heebra—. ¡Está demasiado débil!

La mitad superior del cuerpo de Dragwena estaba apenas formado. Tenía un solo brazo. La garra que debería estar al final se agitaba débilmente en el aire. Sus ojos estaban cubiertos de piel, como si nunca hubiesen estado abiertos. Sus pulmones estaban colapsados en su interior. Pero su cerebro —lo que la había guiado a través del espacio por el camino adecuado— estaba totalmente desarrollado. Dragwena podía pensar. De algún modo consiguió moverse con esfuerzo hasta sentarse. Levantó la cabeza malformada mientras intentaba mantener la respiración. Cuando Dragwena comprendió que no podía empezó a sufrir espasmos de manera desesperada.

Heebra cruzó corriendo la habitación y le sostuvo la cabeza, mientras Calen lanzaba hechizos de renovación. Pero Dragwena estaba tan débil que los hechizos no pudieron hacer nada.

Tendida en brazos de su madre, esperaba la muerte.

—¿Cómo puede estar en este estado? —gimió Calen—. Debe de haber viajado desde donde ninguna otra bruja se hubiese atrevido. ¡Oh, hermana!

—Sí. Debe de tener una razón extraordinaria para haberse esforzado tanto. Heebra agarró la cabeza de Dragwena y conectó sus mentes.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿Quién te ha hecho esto?

Dragwena luchó contra su propio pánico. En su mente se formaban varias imágenes: Raquel, Eric, Larpskendya y el poder de sus magias. Formó una panorámica del mundo de Itrea y le enseñó a su madre el dolor de sus momentos finales. Las imágenes, como el cerebro falto de oxígeno de Dragwena, empezaban a desvanecerse.

—¡Todavía no! —gritó Heebra—. ¡Todavía no! ¿Dónde está ese mundo? ¡Enséñanoslo!

Dragwena agarró las manos de su madre, mientras su cuerpo sufría fuertes temblores. Una representación borrosa se fue formando en la mente de Heebra, marcando el camino entre constelaciones lejanas; desde Ool a Itrea, y desde Itrea hasta un gran planeta con remolinos de nubes lleno de niños: la Tierra.

En ese instante, las cuatro quijadas de Dragwena se abrieron. Heebra la sujetó contra su pecho con fuerza, apretando el cuerpo de su hija con amor e ira. La mente de Dragwena se había apagado, pero había conseguido mostrar una imagen final. Era una imagen de la Dragwena de antaño, en la plenitud de sus poderes, segura de sí misma, de pie al lado de su madre, contemplando juntas la inmensa línea del horizonte llena de torres-ojo. El viento soplaba contra sus brillantes vestimentas negras, y sus serpientes-alma, doradas y refulgentes, estaban entrelazadas. Eran invencibles.

La imagen se apagó y Dragwena cayó muerta.

Heebra se quedó sentada completamente inmóvil durante varios minutos. Abrazaba a su hija en silencio. Apenas respiraba. Cuando Heebra se levantó, Calen, ciega de dolor e ira, volvió a la cámara notando el poder de la furia acercándose.

¡Y cómo llegó! Heebra atravesó la ventana de la torre-ojo, arrastrando con ella su rabia. Rasgando los negros cielos de Ool se dirigió a todas partes y a ninguna, fuera de control, llevando su lamento a través de las tempestades. Ninguna bruja se atrevió a volar aquella noche, y por primera vez en miles de años Mak iba enrollada alrededor de su cuello consolándola en un abrazo escamoso.

Calen pasó la noche enterrando el corazón de su hermana muerta.

Como requería la tradición, lo metió en una de sus bocas, y usó solo sus garras para excavar bajo el hielo más profundo. Allí, ni siquiera los animales más grandes podrían alcanzar el cuerpo de Dragwena por mucho que excavasen. Después, Calen voló hasta la Gran Torre, potenciando su odio y angustia, y preguntándose de qué humor estaría su madre.

Poco después del alba volvió Heebra. Su rostro demostraba ahora una calma total, casi sin expresión alguna. Al instante, le explicó a Calen todas las imágenes que Dragwena le había enseñado horas antes.

—¡Cuando encontremos a Raquel y a Eric vengaremos la muerte de Dragwena! —dijo Calen exultante—. Déjame ir. Será muy fácil encontrar a la niña, su hedor impregnaba todo el cuerpo de Dragwena.

Heebra rascó pensativamente a Mak con sus garras.

—Disfrutaremos de ese placer muy pronto. Dragwena viajó una larga distancia para alcanzarnos. Dudo que fuese solo el deseo de venganza lo que la llevó tan lejos. Creo que quería mostrarnos ese lugar llamado Tierra. Solo un mago se atreve a desafiar a una Bruja Superior a un combate personal. Y esa niña, Raquel, encontró una manera de atravesar las defensas de

Dragwena. ¡Piensa en ello! Debemos averiguar más cosas sobre esos niños misteriosos.

—Si poseen talento, Larpskendya los tendrá muy bien protegidos.

—No lo dudo —dijo Heebra riendo—. Larpskendya los protege de todas maneras, incluso si son inútiles. Las criaturas débiles siempre han atraído su simpatía.

—¿Crees que Dragwena abandonó Itrea sin ser vista?

—Debe de haberlo hecho. Larpskendya nunca pondría en peligro a los chicos permitiendo escapar a Dragwena.

—En ese caso —dijo Calen—, los magos no nos esperarán.

—Lo harán —susurró Heebra—. Larpskendya siempre lo tiene todo planeado —dijo meditativa mientras enrollaba una araña en su lengua—. De todas maneras, Itrea es el mundo más cercano. Larpskendya esperará que lleguemos allí primero. Para sorprenderlo pasaremos de largo de Itrea, la dejaremos en paz por ahora.

—Pero puede que haya dejado a alguien para defender la Tierra —dijo Calen.

—Es cierto. ¿Cómo podemos deshacernos de él? —Los ojos de Heebra brillaron—. ¿Qué es lo que aterrará a Larpskendya más que cualquier otra cosa?

Calen la miró con fijeza, inexpresivamente.

—Las gridas —dijo Heebra.

En el mismo instante en que Heebra mencionó el nombre de las gridas, Nylo se encogió de repente, convirtiéndose en un amasijo de temblores alrededor del cuello de Calen. Las brujas gridas eran consideradas casi demoníacas, incluso por las brujas más sanguinarias de Ool. Eran las más grandes y salvajes de la Hermandad, sus caras de color naranja y sus descomunales cuerpos marrones eran inconfundibles. Engendradas en un número pequeño, fueron encerradas bajo llave en el subsuelo. Eran mantenidas con vida únicamente para ser usadas como última línea de defensa en caso de que el propio Ool estuviera sitiado, o para atacar Orin Fen, si alguna vez las Brujas Superiores descubrieran dónde se encontraba el mundo de los magos.

Calen acarició a Nylo con ternura.

—No podemos soltar a las gridas —protestó—. Son imprevisibles. Incluso... pueden hacer estragos.

—Exactamente —dijo Heebra—. Esa es la intención. Las dejaremos libres, les permitiremos llevar el horror a tantos mundos como puedan alcanzar.

—Madre, una vez se haya desatado la furia, será imposible controlar a las gridas. Pueden matar a miles.

—No me importa a cuántos puedan matar —dijo Heebra—. Ningún otro mundo tiene criaturas como esa Raquel. La intención es que Larpskendya se impresione. Se verá forzado a utilizar a la mayoría de sus magos para detener a las gridas. Eso dejará la Tierra vulnerable.

Miró fijamente a Nylo y después se dirigió a su hija:

—¿Qué ruta deberemos tomar para llegar al mundo de Raquel? Si fueses tú quien gobernara, ¿qué me aconsejarías?

Calen parecía desconcertada.

—Deberíamos tomarnos nuestro tiempo —sugirió—. Movernos de manera furtiva, evitando nuestros lugares habituales de reunión y descansando en los santuarios del espacio. Lo mejor sería

mandar una avanzadilla; solo cinco o seis brujas, difíciles de detectar. Y cuando nosotras llegáramos a ese planeta Tierra recomendaría no matar a Raquel y a Eric inmediatamente. Son dos objetivos para nuestra venganza demasiado obvios. Larpskendya puede estar vigilándolos de cerca. Deberíamos empezar observando a los otros niños. Veamos qué tienen para ofrecer. Podemos negociar con Raquel y Eric, y con ese otro, Morpet, cuando estemos listas.

Heebra sonrió.

—Bien. ¿Quién debería liderar el grupo de avanzadilla?

Calen titubeó.

—Una sorpresa más para Larpskendya —dijo Heebra—. ¡Yo lideraré el grupo! Nunca se esperará algo así. Dirigiré el viaje hasta la Tierra yo misma. Vamos. Tenemos que darle las instrucciones a la Hermandad y explicarle nuestro plan.

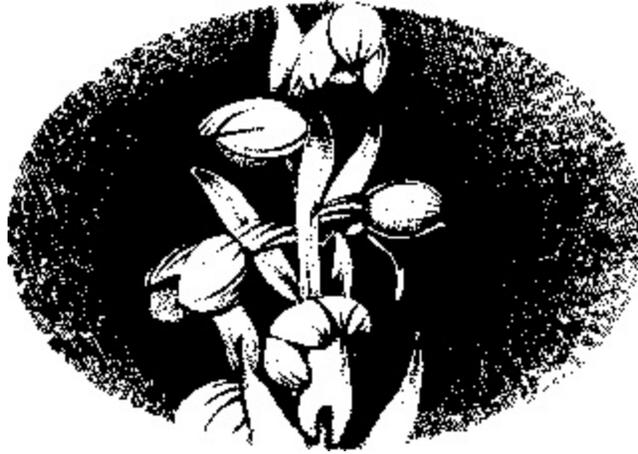
Heebra sabía que el viaje sería largo. Para acompañarla seleccionó solo a las brujas más resistentes y leales. En pocos días finalizaron los preparativos para la partida, y las brujas escogidas, bien alimentadas y listas, invocaron juntas a los vientos y a los relámpagos en una enorme tempestad que alcanzaba el límite del espacio. Impacientes, esperaban la señal de partir.

Primero, Heebra liberó a las gridas, dispersándolas en todas direcciones simultáneamente. Guiadas por su líder, Gultrataca, las gridas se agruparon en equipos de caza, aullando alegremente. Sus cuerpos fornidos y musculosos mostraban todo su poder.

Cuando se hubieron marchado, Heebra les hizo un gesto a las de la avanzadilla para que iniciaran su viaje a través del espacio oscuro. Contemplando a sus mejores brujas marchando juntas, Heebra recordó las gloriosas guerras del pasado. Sintiendo más joven que nunca, se colocó al frente y, como el grupo se desplazaba en una grácil formación desde Ool, Heebra empezó a meditar sobre todo lo que había aprendido acerca de la chica, Raquel.

Gracias a Dragwena, ahora conocía la magia de Raquel. Al llegar a la Tierra sería fácil encontrarla. Y durante el viaje tenía toda una eternidad para decidir de qué manera asesinarla.

Magia sin reglas



Morpet estaba tendido en su cama totalmente vestido, alerta, esperando. Aun así, casi no pudo oír aquel sonido tan débil. Era el leve roce del cabello de alguien contra el techo.

Abrió la puerta de su cuarto de golpe y observó con detenimiento. Raquel flotaba en el pasillo. Su melena parecía estar sujeta al techo. Debajo, su cuerpo, envuelto en un camisón amarillo pálido, se balanceaba de manera pausada. Era como si sus huesos se hubiesen vuelto tan ingravidos que incluso el leve soplo de la brisa pudiera mecer todo su cuerpo. Sus brazos y piernas se movían al mismo ritmo relajado, como el movimiento de las corrientes submarinas.

Morpet caminó por el pasillo con mucho cuidado de no hacer ningún ruido inesperado. Los ojos de Raquel estaban cerrados, pero la piel de sus párpados se movía violentamente de un lado a otro: un sueño. Mirándola de cerca, Morpet vio cómo sus cabellos se impulsaban y movían. Mechones de su pelo se unían por encima de su cabeza y dirigían a Raquel hacia la bombilla del centro del pasillo de la misma manera determinada y lenta con la que se mueven las anémonas en el mar.

Entonces, como si hubiera perdido el interés en la bombilla, su pelo arrastró a Raquel hacia delante por el pasillo. Ocasionalmente, Raquel se entretenía lo suficiente para que un mechón pudiese explorar las complejas volutas de la madera del techo.

Cuando ella pasó por delante de la habitación de Eric, Morpet dio unos golpecitos con el borde de las uñas sin esperar una respuesta; pero de repente la puerta se abrió como si tuviera un resorte. Eric permanecía allí de pie, en pijama, tapándoles las bocas a ambos prapsis. Estaban inquietos, levantando sus cuellos ferozmente, intentando alcanzar con la mirada a Raquel.

—¿Estabas despierto? —susurró Morpet.

—No, hasta que estos dos empezaron botar contra las paredes —dijo Eric pestañeando a causa de los rayos de luz del alba—. ¿Qué está pasando?

—No hagas ruido y sígueme —dijo Morpet—. Y deja ahí a los chicos.

—Oh, Morpet...

—No. Ven solo.

Con desgana, Eric metió a los prapsis bajo el edredón de su cama, con sus cabecitas descansando juntas en la almohada. Sus ojos le siguieron con aire apenado.

—Por favor, Eric —suplicó uno—. Déjanos ir. Estaremos quietos y callados. Mira —dijo abriendo y cerrando su boquita en silencio.

El otro prapsi dijo, riéndose como un tonto:

—¡Pareces un pez!

—¡Cállate! ¡Estaba a punto de convencer a Eric!

—Lo siento, chicos —se disculpó Eric, acariciándoles las plumas del cuello—, quizá la próxima vez.

Atravesó la puerta de la alcoba con rapidez y la cerró detrás de sí. Instantes después, los prapsis apretaron los labios contra la rendija inferior de la puerta, lloriqueando como cachorrillos abandonados.

Eric alcanzó a Morpet al final de la escalera.

—¡Caray! —dijo, mirando a Raquel—. ¡Parece una visión! ¿Es que su pelo está vivo o qué? ¿Y adonde va? —Cuando Raquel pasó al lado del baño Eric sonrió incrédulo—. ¿Al váter?

—¡Silencio! Ya lo verás —dijo Morpet—. No le quites el ojo de encima. Necesitaré tu ayuda si se tuercen las cosas.

Raquel entró en la cocina, cruzándola hasta la puerta que daba al jardín.

—Está cerrada —dijo Eric—. Ella nunca podrá salir por ahí.

—Tiene más recursos de lo que tú te crees —dijo Morpet. Eric oyó un sutil «clic» cuando la cerradura de la puerta del jardín se desbloqueó sin necesidad de llave.

—Impresionante —dijo.

—En realidad, no —respondió Morpet—. Las cerraduras están diseñadas para ser abiertas. Para Raquel, ese nivel de magia no es siquiera un desafío.

De repente, la puerta del patio se abrió enérgicamente y Raquel salió fuera. Cuando se detuvo en el centro del jardín, sus ojos aún permanecían cerrados. Entonces, inclinando la cabeza, olfateó el aire de la noche; y un repentino e identificable aroma a flores invadió a Eric. El olor era intenso e imposible, abrumador, fortísimo.

—¿Qué está haciendo? —dijo Eric ahogadamente.

Morpet se rió.

—No lo sé. No hay reglas en esto, o solo las que marcan los propios hechizos. Lo que pase después depende de aquello en lo que se haya convertido.

—Estás bromeando —dijo Eric—. ¿Los hechizos toman forma?

—Ya lo verás.

Raquel, cuyos ojos aún permanecían fuertemente cerrados, empezó a volar en rápidos círculos alrededor del jardín. Con los brazos extendidos, sus manos lo tocaban todo: la hierba, las hojas, la cerca de madera, los pétalos sedosos, las espinas afiladas de las rosas... Raquel se detuvo, se arrodilló, sintiendo la humedad de la hierba y de la tierra acre debajo de ella. Cuando presionó la mejilla contra la dureza de pedernal de las rocas del jardín, soltó un profundo suspiro. Un instante después cogió una polilla y le acarició sus frágiles alas de manera larga y pausada.

—Le he visto hacer lo mismo antes —dijo Morpet—. Aparentemente, a sus hechizos les gustan mucho los contrastes. Áspero y suave, dulce y amargo. Ella obtiene de ellos un placer que no alcanzo a entender.

—No me gustaría ser esa polilla —dijo Eric.

—Ella no quiere hacerle daño —le aseguró Morpet—. Si la polilla opusiera resistencia, Raquel podría de algún modo sostenerla por sus delicadas alas sin dañarla.

Raquel abrió la mano y la polilla, intacta, intentó alejarse aleteando confusa. Ella la volvió a atrapar, mientras batía sus orejas imitándola, pero el insecto estaba claramente demasiado embotado como para interesar a sus hechizos por mucho tiempo. Así que se olvidó de la polilla, alzó la barbilla y levantó los brazos, volando con elegancia en el aire de la noche hacia la luna llena. Durante unos segundos fue solo un punto amarillo menguante contra la erosionada esfera blanca.

—¡Qué diablos! —dijo Eric—. ¿Me estás diciendo que aún está dormida?

—No está solo dormida —contestó Morpet—. Es un estado mucho más profundo que eso; un sueño provocado por los hechizos. Raquel no tiene ningún control sobre eso.

—Sueno peligroso —dijo Eric en un tono de preocupación—. ¿Podríamos despertarla? Puedo destruir los hechizos despertándola.

Morpet lo miró sorprendido.

—¿Puedes seguir el rastro de lo que están haciendo los hechizos?

Eric asintió.

—Sí. Todos los hechizos tienen su propio olor especial. Lo aprendí en Itrea. Los que está utilizando esta noche, como los hechizos voladores, son muy fáciles de reconocer pasado un rato. Pocos hechizos son inodoros, pero, aun así, suelo descubrirlos. —Se chupó el dedo y sonrió—. Por supuesto, una vez he destruido un hechizo esa persona ya no lo puede volver a utilizar, así que tengo que tener cuidado. —Eric volvió la mirada hacia el cuerpo diminuto de Raquel—. No puedo alcanzarla desde aquí, creo. Está demasiado lejos.

Un punto de fulgor amarillo emergió del cielo. Cuando Raquel aterrizó en el césped su camisón quedó hecho un guiñapo por encima de sus rodillas.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Eric.

—¿Quién sabe? —dijo Morpet con aire preocupado—. Siempre es algo inesperado. Sin embargo, sus hechizos están especialmente animados esta noche.

Raquel alteró su forma. Ocurrió instantáneamente, no de manera gradual. Primero Eric pensó que se había desvanecido; entonces notó un cierto movimiento en el césped, unos pequeños bigotes temblando en una naricilla pequeña y negra: un ratón de campo.

—¡Ha cambiado de forma! —se maravilló Eric—. La vi hacer eso en Itrea, pero nunca la había visto hacerlo aquí. ¿No es muy arriesgado?

—Los hechizos de Raquel nunca podrían hacer nada que la dañase —dijo Morpet—. Sin embargo, el gato debería tener cuidado.

—¿El gato?

Sofía, la gatita atigrada de la familia, estaba desperezándose de un cómodo sueño en algún lugar de la casa. Atraída por un súbito olor a roedor apetitoso, se tendió en el césped y se fue acercando a su víctima de manera furtiva. Cuando estaba lo suficientemente cerca para saltar, esperó a que el ratón empezase a correr. El ratón le tiró bruscamente de los pelos del bigote, y Sofía casi salió volando del jardín.

Un centenar de ratones aparecieron sobre el césped chillando el nombre de Sofía.

En cuanto la gata salió pitando, los ratones se desvanecieron en el aire soltando un coro de risitas burlonas. Sofía... bueno, su pelaje, en definitiva, todavía permaneció allí durante unos segundos. Finalmente, con extrema languidez, volvió a la cocina, se tendió en el suelo y empezó a limpiarse remilgadamente las zarpas como si no hubiese pasado nada.

—¡Fantástico! —dijo Eric—. No sabía que Raquel tuviese sentido del humor. ¿Qué será lo siguiente? ¿Un prapsi gigante?

Raquel había vuelto a su estado normal. Se mantuvo en el aire sobre la hierba durante unos segundos. Mientras los dedos de sus pies desnudos rozaban el césped cubierto de rocío, su cabeza se volvió de manera antinatural y se inclinó ligeramente hacia un lado, como si estuviese escuchando a las estrellas.

Entonces desapareció por completo.

—¡Ha mutado! —dijo Eric—. ¡Guau! Ha cambiado de sitio. —Bajo él se oyó un crujido. Eric se volvió, esperando que fuese Raquel—. Oh, no —murmuró—. Estamos en un aprieto.

La madre de Eric y Raquel cruzaba el jardín con determinación vestida únicamente con sus zapatillas y su camisón.

—¿Y bien? ¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó plantándose frente a Morpet.

—Lo de siempre —contestó—. Pero el truco de los ratones es nuevo, y Raquel antes raramente se había alejado tanto de la casa. Sus hechizos de vuelo están realmente activos.

La madre asintió con gravedad.

—Hace dos días volaba zumbando por el barrio y parecía feliz con ello. Obviamente, ahora da la impresión de que no. He estado observándola desde la ventana y nunca antes la había visto hacer semejantes proezas. No sé a qué velocidad está volando. No puedo seguirla.

Eric estaba boquiabierto:

—¿Has estado observándola, mamá?

—Por supuesto —replicó ella con total naturalidad—. Desde que empezó todo esto. ¿Crees que podríais salir de casa sin que me diese cuenta? Yo me fijé en el olor del estanque mucho tiempo antes que Morpet. Desde entonces hemos estado vigilándola por turnos sin quitarle el ojo de encima. —Mientras hablaba le iba abotonando el pijama a Eric—. Hace frío aquí fuera. Imagínate lo helada que debe de estar Raquel ahí arriba —levantó los brazos al aire—, dondequiera que esté.

—Raquel no siente frío —dijo Morpet—. Sus hechizos la mantienen caliente.

—Está volviendo —dijo Eric— y tiene algo extraño en el pelo.

Una planta exótica de tallo largo estaba acurrucada en el flequillo de Raquel. En el cielo deslumbrante, ellos apenas podían distinguir el extraño color verde del tallo y las hojas y el rojo oscuro de las flores.

La madre miró atentamente.

—Eso es una orquídea. La reconozco... una orquídea rana, se denomina. No crecen en nuestro país. En España, creo. ¿Seguro que Raquel puede ir tan lejos?

—Si utiliza el hechizo que la hace desaparecer y reaparecer, puede ir donde quiera —dijo Morpet.

Raquel se quitó la orquídea del cabello y probó sus pétalos con avidez.

La voz de su madre cambió de repente a un tono de exasperación.

—Detesto eso que le hizo el mago —dijo—. ¿Qué tipo de regalo es ese que te proporciona el poder de la magia pero que no te deja usarlo? Esos hechizos suyos... jugueteando siempre, luchando por hacerse con el control, utilizándola. ¿Cómo pueden ser un regalo? No son sino una maldición, una preocupación para todos nosotros.

—Los hechizos pequeños y dóciles no son muy útiles para luchar contra una bruja —dijo Morpet—. Larpskendya sabía que Raquel necesitaría de toda su magia si alguna vez se enfrenta a una. —Morphet se fijó en que la lengua de Raquel se había convertido en un tubo delgado que con delicadeza probaba el corazón de la orquídea. Su rostro mostraba una expresión de enorme felicidad—. No obstante, me pregunto si Larpskendya predijo que los hechizos de Raquel se comportarían así —dijo Morpet con seriedad—. Después de haber estado tan callados, son ahora tan imprevisibles, están tan desesperadamente vivos. ¿Ha habido un cambio? ¿Algo que Larpskendya no previó?

—¿Hay algo que ella no pueda hacer? —preguntó a Morpet la madre.

—No conozco sus límites —admitió él—. Tampoco Raquel. En Itrea ella solo tuvo unos pocos días para aprender, y debido a la promesa que le hizo a Larpskendya, no ha experimentado con su magia desde su vuelta. —Nervioso, Morpet vio como Raquel soplabla sobre un capullo cerrado. Este abrió sus pétalos como si ella le ofreciese un rayo de luz del sol de regalo—. Ella es sin duda la muchacha con el don más natural que he conocido nunca —continuó Morpet—. En Itrea, Raquel aprendió a utilizar hechizos que otras personas tardarían siglos en descubrir o que nunca conseguirían. Ella lo hizo sin ayuda alguna, sin haber aprendido aún a hacerlo, alterando instintivamente su forma o moviéndolos sin esfuerzo de un lugar a otro, o haciendo cambiar el clima mientras tanto. Ningún niño hizo eso antes; solo la bruja, Dragwena.

—Tu magia era bastante impresionante en Itrea —señaló Eric.

—No exactamente —dijo Morpet—. Yo podía curar lesiones básicas. Con bastante dificultad hubiera podido cambiar la forma de algunos materiales, y enviar señales. Pero, por supuesto, ese nivel simple de magia lo poseen muchos niños.

—¿No la echas de menos? —preguntó Eric vacilante—. Creo que debes de odiar a Larpskendya por haberte arrebatado tu magia.

—No, Eric, te estás equivocando —replicó Morpet—. Le pedí a Larpskendya que me librara de ella.

—¿Qué? —exclamó Eric—. ¿Por qué?

—Nosotros no queríamos llamar la atención de las brujas. He utilizado la magia durante tanto tiempo que ahora un hechizo podría escapárseme accidentalmente. Por eso le pedí a Larpskendya que me librara de ellos antes de volver a la Tierra; y así lo hizo.

—No lo sabía —dijo la madre—. Nunca nos lo habías dicho.

—No fue tanto sacrificio como pensáis —dijo Morpet sonriendo con la boca torcida—. Soy un anciano. Al contrario que la de Raquel, mi magia durante estos últimos años estaba la mayoría de las veces aletargada.

—Eso no es cierto —dijo la madre estudiando su rostro—. Lo que ocurre es que no quieres que

Raquel se preocupe por ti; por eso no nos lo has dicho antes.

Raquel se sentó con las piernas cruzadas al lado del estanque, sus ojos permanecían cerrados. Por lo que podían ver, sus mejillas estaban hinchadas, llenas del aire frío de la mañana. Cuando exhaló el aire en el jardín se convirtió inmediatamente en un viento tropical, y su aliento en un raro y húmedo aroma a selva.

Entonces, sin avisar, Raquel se sumergió en el estanque.

—¡Protégeos los ojos! —gritó Morpet.

Eric levantó un brazo sin demasiado entusiasmo.

—¿Qué hay de malo? Yo no...

—¡Hazlo!

La madre se tapó la cara con las manos un instante antes de que una luz extremadamente brillante invadiese el jardín. No era la luz del amanecer. Provenía de Raquel. Finalmente había abierto sus ojos nocturnos. Bajo la luz del sol los colores de los hechizos variaban, pero en la oscuridad brillaban con un solo color resplandeciente, el color de la plata refulgente. Durante un instante, ópalos de luz cubrieron a Eric, a su madre y a Morpet, iluminando sus ropas. Entonces Raquel se sentó de nuevo en el estanque y dirigió su mirada hacia el cielo. Las nubes, a miles de metros en el aire, se iluminaron, perforadas por rayos diminutos. El estanque se agrandó ligeramente para darle la bienvenida. Ella se tendió en la parte más profunda, y unas branquias rojas le aparecieron en el cuello.

—Eso es nuevo —dijo Morpet mirando con cautela por entre los dedos de su mano.

Una tercera branquia se había materializado, esta vez en la garganta.

Raquel permanecía en el estanque con la boca abierta bajo el agua. Como vieron todos con una cierta ansiedad, sus ojos mágicos escudriñaban los cielos en busca de aquello que nunca antes habían visto. Durante unos minutos, su deslumbrante luz plateada atrajo legiones de polillas y moscas de más allá incluso de los alrededores de los jardines.

Al cabo de un rato, Raquel surgió del estanque con total serenidad. Flotó hacia su habitación, sin que en ningún momento diese señales de reconocer a ningún miembro de su familia. Eric fue enviado a la cama. Cuando les contó a los prapsis lo que había ocurrido, un coro de chillidos de excitación sonó durante unos cuantos minutos. En la planta de abajo se oían solo leves murmullos: Morpet se sentó frente a la madre de Raquel a discutir qué es lo que debían hacer a partir de ahora.

A la mañana siguiente, casi al mediodía, Morpet tuvo que sacudir a Raquel repetidamente para despertarla. Sus ojos, cuando finalmente los abrió, eran de un gris nublado, como una tarde de invierno.

—Estoy tan cansada —dijo ella mirándose en el espejo. Al frotarse la cara se dio cuenta de lo contentos que estaban sus hechizos. La mayoría de ellos se habían alejado de su lugar detrás de los ojos de Raquel, y parecían satisfechos, sin estar dispuestos a darle la lata con sus juegucitos.

—Los juegos de anoche se cobraron un peaje caro —dijo Morpet explicándole los acontecimientos.

Tras oír lo que había ocurrido, Raquel murmuró enfadada:

—Debes de creer que mis propios hechizos me odian, las cosas que hacen...

Morpet encogió los hombros.

—No es eso. Solo que esos hechizos son feroces. Hay una brutalidad en tu magia que solo he visto antes en Dragwena. Anhela ser usada.

Raquel lanzó una mirada inquietante hacia las sábanas revueltas y empapadas.

—A mamá no se le puede haber escapado esto. Lo sabe, ¿no es así?

—Sí, tu madre lo sabe todo.

—Oh, solo me faltaba eso.

—No, son buenas noticias —dijo Morpet con firmeza—. Ahora necesitamos el apoyo de todo el mundo.

Raquel se duchó, se vistió y bajó la escalera en dirección a una cocina extrañamente en silencio. Incluso los prapsis estaban callados.

—¿Qué pasa con ellos? —le preguntó a Eric con aire suspicaz mientras echaba cereales en su tazón de leche—. ¿Están enfermos o algo así?

Eric levantó las cejas.

—No. Los chicos sienten un nuevo respeto por ti, Raquel. Anoche vieron a través de las cortinas de mi habitación cómo volabas. ¡No más insultos durante un par de días!

Los prapsis sonrieron abiertamente a Raquel, aleteando en el aire y guiñándole los ojos con aire de complicidad.

Cuando todos hubieron acabado el desayuno y estaban en la sala de estar, Raquel dijo:

—Noté algo extraño anoche. Me asustó, y no estoy segura de lo que significa. —Se sentó en el borde del sofá, al lado de su madre—. Mis hechizos de información lo recogieron. Sabéis que ellos registran automáticamente todo lo que ocurre a mi alrededor, esté interesada en ello o no. Suele ser información inútil: quién está en la casa, cuál es el pulso de su corazón, el momento en que se pone el sol, tonterías por el estilo. Anoche, creo, hicieron un largo viaje y recogieron señales de magia. Y no era *mi* magia. Aquella magia pertenecía a otros niños. Miles de ellos.

Los prapsis dieron un brinco y se posaron encima del radiador.

—Creo que Larpskendya no permitiría eso —dijo Eric—. ¿No dijo que era demasiado peligroso permitir a los niños que utilizaran la magia sin control?

—Sí, eso dijo. Normalmente él nunca interfiere en lo que la magia quiere hacer de manera natural, pero en la Tierra es diferente. Larpskendya me dijo que es un caso especial por culpa de Dragwena. Ella estuvo aquí durante siglos antes de que los magos nos descubrieran, cultivando su propia clase de magia en los niños. Por su culpa, dijo Larpskendya, hay un poco de bruja en todos nosotros.

—¡Oh, no! —dijo Eric.

Raquel asintió.

—Larpskendya quiso vigilarnos, controlando nuestra magia hasta estar seguro de que estábamos a salvo. —Miró a Morpet—. Larpskendya no está cerca —dijo ella con certeza—. El no puede ser; por otra parte, nos habría advertido sobre algo tan importante.

—Estoy de acuerdo —dijo Morpet—. Intenta enviarle un mensaje.

Raquel transmitió una llamada de socorro en todas direcciones de la manera que Larpskendya le había mostrado.

—No hay respuesta —dijo tras unos minutos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Eric—. Larpskendya no... ¿puede haberle sucedido algo malo?

—No seas estúpido —soltó Raquel; solo la idea se le hacía insoportable—. Solo quiere decir que... que no está cerca, ¡eso es todo! —Alojó un hechizo especial de llamada en su mente, asegurándose de que se enviaría con precisión y hasta el espacio más profundo tanto si ella estaba despierta como dormida—. Larpskendya dijo que no podría estar siempre aquí —le recordó a Eric—. Este no es el único mundo que tiene que proteger.

«Pero ¿qué podía ser tan urgente que Larpskendya no hubiese tenido tiempo de advertirnos de que se ponía en camino?», se preguntó ella.

—Bien —dijo Morpet—, de momento tendremos que decidir nosotros qué hay que hacer. Dime, Raquel, ¿hay alguno de los niños descubiertos por tus hechizos que todavía esté usando su magia?

—No creo —replicó ella—. Pero en el mejor dotado de los niños la magia está a punto de estallar.

—¿Hasta qué distancia puedes buscar?

—Hasta a medio camino del planeta. Es siempre así. Y había algo muy extraño, Morpet. Un rastro sobre África. Demasiado lejos, pero nunca había sentido algo tan fuerte.

—Entonces... ¿qué hacemos ahora, pues? —preguntó Eric.

—Preparémonos lo mejor que podamos —dijo Morpet con total naturalidad—. Si los niveles de magia son ya tan altos, puede ocurrir cualquier cosa. —Se dirigió a Raquel—: Este reciente florecimiento de la magia puede explicar por qué tus hechizos han sido tan testarudos y fuertes estas últimas semanas. Vi algo parecido en Itrea: la magia de ciertos niños sumamente dotados que deseaban con mucha intensidad estar juntos. Quizá por eso tus hechizos han estado tan ocupados estos días. Detectan amigos ahí fuera, y se preparan para recibirlos. También los hechizos disfrutan de la compañía. —El sostuvo su mirada—. Deberíamos empezar con una intensa práctica de rutina diaria para tu magia. Eso debería satisfacer a esos hechizos vivos tuyos. Quizá así pongan punto final a sus aventuras nocturnas.

Raquel asintió con fervor; era el momento de hacerlo, el momento de aceptar que debía abrirse totalmente a la riqueza de su magia; un rico arco iris de colores intensos estalló dentro de sus ojos. Docenas de colores de los nuevos hechizos vinieron a ella. Eran hechizos pequeños, hechizos menores, muy prácticos para ocasiones particulares. Tenían calladas, casi tímidas, voces que raramente desafiaban el dominio de los hechizos mayores, como los voladores o los protectores. Ahora que por fin se mostraban, Raquel invitó a los hechizos a que se colocaran al frente. Respetuosamente, pidió a cada uno que se identificara por primera vez, y ellos —a su manera apacible, reservada— entraron de puntillas en su mente.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo, Raquel? —preguntó su madre un poco nerviosa mientras contemplaba los nuevos tonos pastel.

—No —respondió Raquel—. No estoy segura de nada. Pero Morpet tiene razón: he permitido a algunos de mis hechizos hacer lo que querían durante demasiado tiempo —sonrió—. La seguridad es lo primero. No queremos a ningún entrometido, ¿no es así?

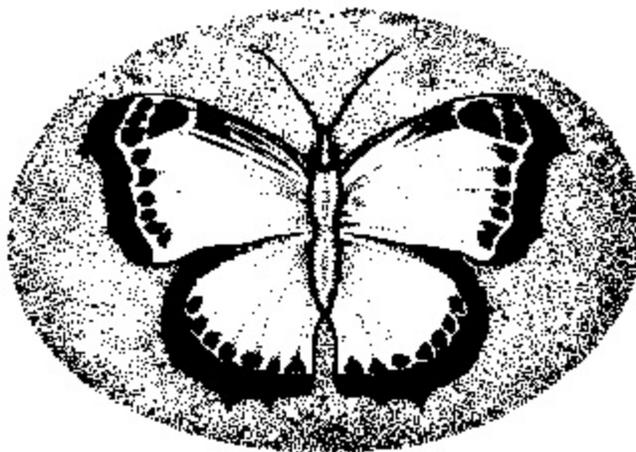
Raquel colocó un hechizo protector alrededor de toda la casa para evitar que se escaparan

restos de magia.

Entonces se fijó en el jardín. Miró el estanque cuya agua fría había tragado durante tantas noches. Observó la cerca del jardín, llena de muescas en los lugares donde había chocado. Y pensó en Nigeria, allá en África, y en la abundancia de magia que sus hechizos de información habían registrado allí.

—Es tiempo de volver a mi cuerpo de nuevo —le dijo a su madre—. No más inmersiones en el estanque. Y desde ahora, si vuelo a algún lugar será porque he elegido hacerlo. Podemos empezar a practicar ahora mismo.

La belleza de Camberwell



Amanecía, y los soñolientos pájaros africanos empezaban a despertarse, cuando Fola se encaminó desde Fiditi hasta el río.

Con una mano extendida equilibraba con tino el peso de la gran cesta de la colada que cargaba sobre la cabeza. Con la otra se ajustaba continuamente su *oya*. Había una pequeña diferencia: Yemi, su hermano pequeño, iba envuelto en un fardo sujeto a su espalda de cualquier manera, ¡y no dejaba de moverse y de darle patadas!

—¡Estáte tranquilo! ¡Estáte quieto! —decía irritada. Cualquier cosa lo excitaba: un pájaro que permanecía quieto en la rama más alta de un árbol, un perro adormilado en medio del camino, incluso las pequeñas motas de polvo que levantaba ella con los pies.

«Solo un niño puede disfrutar tanto de un paseo tan tedioso», pensó Fola.

Ausente, ella iba mirando fijamente adelante. Frente a ellos, transparente y embravecido, el río Odooba se deslizaba a través de la selva. Fola había estudiado en la escuela cómo el río recorría los pueblos del sur de Nigeria en su camino hacia el mar, pero los detalles no le habían interesado demasiado. Veía tan a menudo sus aguas que apenas se fijó en él. Al llegar a la orilla agradeció poder descargar la cesta de la colada y a Yemi, y estiró los músculos del cuello, del todo entumecidos.

Era temprano, y aún hacía un poco de frío, pero ella ya estaba realmente cansada. Se había levantado antes del alba para preparar el ñame y las judías pintas para la comida del mediodía. Todavía tenía que trabajar al volver, y cuidar de Yemi todo el día. Fola no se quejaba. Con Baba cazando en la selva, ella estaba contenta de poder ayudar. Era más fácil que la tarea de su madre en los campos: largas horas de duro trabajo.

Unas cuantas niñas de la aldea habían llegado ya al río. Fola las saludó calurosamente mientras mojaba el jabón en el agua y empezaba a frotar la ropa.

Mientras ella trabajaba, Yemi estaba sentado en una especie de montículo. Jugó un rato con la tierra. Espantó unas cuantas moscas diminutas que revoloteaban alrededor de su cabeza rapada y se puso a observar a un halcón negruzco que volaba por los alrededores. Daba largos aleteos una y otra vez.

Fola se aseguró que no estaba demasiado cerca de la orilla del río, y volvió a su habitual chismorreo con el resto de las niñas. Tras un corto espacio de tiempo oyó detrás de sí una respiración entrecortada. Se volvió para encontrar a Yemi todavía sentado.

—¿Qué ha sido eso? —dijo ella—. ¿Qué increíble maravilla has descubierto esta vez?

Era una mosca, y había aterrizado en el antebrazo desnudo de Yemi.

La miró fijamente con un cierto temor, boquiabierto, mientras la mosca se arrastraba hacia su codo.

Entonces, sin siquiera un amistoso adiós, la mosca salió volando.

Yemi empezó a llorar. Se cubrió la carita con las manos y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Oh, no seas tonto —dijo Fola. Dejó a un lado la falda que estaba escurriendo y lo cogió en brazos—. Solo es una mosca. ¡No puedes hacer que se quede, ya lo sabes!

Mientras Yemi continuaba sorbiéndose los mocos, ella rebuscó entre sus trastos y la ropa su libro especial. Era uno de esos libros con desplegados interiores llenos de ilustraciones de mariposas. Yemi olvidó la mosca de golpe, dejó de llorar y extendió las manos con entusiasmo. Fola se sentó con él durante unos cuantos minutos, ayudándole a pasar las páginas. El la detuvo, como siempre, en la página que contenía su mariposa preferida.

Era una mariposa llamada Manto de Duelo, o también Belleza de Camberwell. Según el libro las había de distintos colores. La ilustración mostraba una encantadora variedad de un color amarillo brillante, con pequeñas motas de luz marrón manchando sus alas.

—Quiero —dijo Yemi.

—¿La quieres? —preguntó Fola con expresión divertida.

Yemi besó la imagen de la Belleza de Camberwell con entusiasmo.

—No tenemos esa variedad en África —le informó ella—. Vive muy, muy lejos. Nunca veremos una por aquí.

Una expresión de profunda tristeza invadió el rostro de Yemi. Parecía tan infeliz que Fola dedicó mucho más tiempo del que debería a leer con él. Cuando volvió a lavar la ropa Yemi pasó las páginas hacia atrás en busca de la Belleza de Camberwell. La observó detenidamente y frunció el entrecejo.

Fola tardó una hora completa en acabar la colada, sacudió las sábanas y las tendió al calor del sol naciente. Cuando la última sábana estaba casi seca, se acercó a Yemi. Él estaba sentado allí al lado, leyendo aún el libro.

Y tenía una nueva compañía: una mariposa amarilla.

Estaba en el antebrazo de Yemi, precisamente donde una hora antes había estado la mosca.

Fola parpadeó. No había duda, era una Belleza de Camberwell.

Yemi sonrió de oreja a oreja. Sopló sobre su brazo y la mariposa empezó a abanicarle. El niño arrugó la nariz y la mariposa se posó en su punta. Después, lentamente, como una bailarina, giró sobre sus largas y delgadas patas negras hasta quedarse frente a Fola, e hizo una reverencia.

Ella dejó caer la colada.

Se sentó en el suelo, aturdida, y se dio cuenta de que a su alrededor había más movimiento. Muchas Bellezas de Camberwell llegaban revoloteando por el cielo desde el norte y se posaban en

la hierba y en el suelo alrededor de Yemi. Cuando Fola volvió a mirar, todas ellas se amontonaban sobre el hombro derecho de su hermano. Trepano unas encima de las otras formaron claramente una pirámide. Yemi hojeaba su libro de ilustraciones. Los rayos del sol de la mañana se reflejaban sobre las páginas, dificultando su lectura. Yemi bizqueó, y después sonrió, miró a sus mariposas e inmediatamente sus delicadas alas se abrieron, inundando las páginas de una sombra amarilla.

Peces sin armadura



Las brujas de Heebra estaban hambrientas cuando llegaron a la Tierra. El viaje había sido mucho más largo de lo que esperaban. Exhaustas, sus famélicas serpientes-alma se resecaaban contra sus pechos; la avanzadilla solo pudo soportar el tramo final porque fueron guiadas por ellas.

Llegar hasta allí, por fin, era el gran premio: el planeta hogar de Raquel.

A pesar de sus ansias de comida, Heebra contuvo a sus brujas; necesitaba asegurarse de que no había un solo mago. Con cautela, dio una vuelta a la órbita planetaria acompañada de dos de sus brujas exploradoras. El hedor inconfundible de Larpskendya estaba por doquier; pero su olor era viejo, y estaba segura de que no había más magos.

Excelente. Eso significaba que las feroces gridas estaban distrayéndolos bien en algún lugar lejano.

Chillando, las brujas se zambulleron en la mitad del mundo iluminada por el sol. Unos cuantos satélites de defensa se pusieron en marcha, registrando su presencia. Heebra interceptó con facilidad aquellos primitivos mensajes electrónicos y, sin haber sido detectadas, las brujas cruzaron rápidamente la termosfera. Durante un momento su capa caliente las frenó; entonces ajustaron la forma de su cuerpo para que el calor se desprendiera junto con las capas inútiles de piel muerta. Justo después emergieron alegremente en la atmósfera superior estremeciéndose de éxtasis al experimentar el frío contra su nueva carne.

—Y ahora... ¡a comer! ¡Daos un festín! —ordenó Heebra a sus brujas hambrientas.

Como un rayo, atravesaron los remolinos blancos y azules de las nubes, se hundieron en las profundidades del océano Pacífico y devoraron atunes y a los grandes tiburones blancos que los cazan.

De todas maneras, ese océano era demasiado cálido para el gusto de las brujas, así que se encaminaron al norte. Nadando entre los témpanos de hielo del Ártico, devoraron decenas de peces de los inmensos bancos de arenques.

—No tienen armas —se maravilló Calen mientras estudiaba detenidamente el pez—. Al contrario que los de Ool, estos simplemente se reúnen en bancos silenciosos, al parecer esperando ser comidos. ¿Dónde están su blindaje y su veneno? Espero que pronto encontremos algo más

interesante para ponernos a prueba.

Pero las criaturas más grandes que encontraron fueron orcas. Y estas huyeron en cuanto las brujas intentaron provocar una lucha. Heebra condujo apresuradamente a las brujas hacia tierra antes de que se aburrieran demasiado. Montaron su base cerca del Polo Norte. Allí, la carne aceitosa de las focas y de los osos polares estaba rica y era abundante, y, además, el camuflaje requería solo el más simple de los hechizos. La temperatura era demasiado suave, pero en ocasiones soplaban ventiscas heladas y cortantes, y eso les traía recuerdos de su hogar. Durante horas, las brujas erosionaron la piedra helada bajo la nieve, construyendo con energía los cimientos de una nueva torre-ojo.

Una vez hubieron terminado, Heebra envió en misión a cinco exploradoras. Las cinco brujas investigaron por todo el globo terráqueo, se camuflaron en muchas y distintas formas, aprendieron la estructura simple de casi todos los idiomas, y estudiaron a los niños por todas partes. Los informes de las exploradoras fascinaron a Heebra.

Calen fue la última en volver. Bastantes horas después de que las demás brujas ya hubiesen llegado, Heebra vio sus negros ropajes en la distancia. Calen volaba a su manera extravagante, con su cabeza pelada cortando el viento, volando a poca altura sobre la nieve. Presionaba fuertemente los brazos a sus costados, utilizando solo las puntas de sus garras para cambiar de dirección.

—¿Y bien? —preguntó Heebra con impaciencia en cuanto Calen descendió.

Calen transformó su cara en la de un muchacho joven que había encontrado recientemente, señalándose los diminutos dientes de leche.

—¡Esos niños no tiene nada con lo que poder asustarnos!

—Eso es obvio —dijo Heebra—. Las otras brujas solo muestran desprecio hacia ellos. Pero... ¿qué opinas tú?

—¿Por dónde empiezo? Ellos son muy débiles. Débiles ojos líquidos, sin visión nocturna ni rayos X. Sangran al más leve corte. —Calen soltó una carcajada—. ¡Y sueltan lágrimas! ¿Puedes creerlo? Y tienen órganos internos blandos, desprotegidos. Eso los hace vulnerables. También son proclives a enfermar y a padecer infecciones. Y son lentos, madre. Lentos de reacción, de pensamiento y movimiento, y tienen poco sentido del peligro. No tienen nada a su favor. —Calen se dio unos golpecitos en el cráneo—. El cerebro lo tienen cubierto solo por una masa fibrosa de cabellos. Se enciende al menor toque; ¡una evolución ridícula!

—¿Te esperabas algo más impresionante? —preguntó Heebra.

—¿Tú no?

Heebra acarició las escamas de Mak.

—Abre los ojos de una vez. Quizá sus cuerpos sean endebles, pero todos los de su especie son asesinos naturales. En este planeta hay centenares de guerras entre ellos. Raramente nos hemos encontrado con una raza tan prometedora. Veo señales de la influencia de Dragwena por todas partes.

—Es una pena que no podamos utilizar a los adultos —suspiró Calen—. La magia que tienen cuando son niños disminuye pronto.

—¿Qué piensas de su tecnología?

—No representa un peligro para nosotras —se burló Calen—. Un pobre sustituto de la magia.

Nunca podrán detectar nuestra presencia.

—Estoy de acuerdo. Debemos concentrarnos en los niños. Evaluemos su magia.

—Larpskendya ha interferido claramente; los está protegiendo —dijo Calen—. Su influencia ha dejado algunos rastros peculiares, como la instrucción de los niños. En lugar de ser libres de practicar sus hechizos, los jóvenes se sientan en pupitres y obedecen a los adultos. ¡Qué despilfarro!

—Larpskendya nunca suele influir en el desarrollo de la magia en ningún mundo —murmuró Heebra—. Dime por qué este planeta es diferente. —Le lanzó una mirada amenazadora a Nylo, que, recordando la última vez que estuvo en sus manos, metió su cabeza achatada entre las ropas de Calen.

—Esos pequeños necesitan un poco de disciplina —replicó Calen con cautela—. Los más jóvenes se comportan de manera instintiva, tomando cuanto pueden, claramente como nosotras mismas. Larpskendya debe de temer que si libera su magia los niños podrían empezar a dar los primeros pasos por un camino muy destructivo.

—Empezando por la eliminación de los adultos inferiores —añadió Heebra.

—Siguiendo por una batalla entre los mismos niños para conseguir el dominio del resto.

Calen sonrió.

—¿Por qué Larpskendya temía que eso ocurriese? A mí me gustaría mucho verlo.

—¿Podemos usar a los niños contra los magos?

—Sí, lucharán por nosotras —respondió Calen en tono confidencial—. Están llenos de magia hasta los topes, y para liberarla solo es necesario el más simple de los hechizos. Podemos entrenarlos cómo si lo hiciéramos con nuestras propias alumnas de bruja. —Soltó una carcajada—. Pronto los tendremos atacando a los adultos. Larpskendya tiene a los niños tan confundidos... ¿Puedes creer que cuando hieren a un contrincante a menudo se sienten culpables?

—No importa lo bien entrenados que estén, ningún niño puede derrotar a un mago —dijo Heebra.

—Eso es cierto, pero a esos niños les gusta unirse, madre. Podemos formarlos en grandes legiones e infundirles un propósito. Eso les gustaría. Un centenar, quizá, podría distraer a un mago durante el tiempo suficiente para que nosotras pudiéramos acabar con él. Y hay un montón de esas cositas. ¡Podríamos utilizar a millones de niños y no se acabarían!

—Me pregunto... —dijo Heebra pensativa—. He estudiado a esos niños. Son contradictorios, a menudo testarudos, y menos predecibles de lo que piensas. Unos cuantos resistirán con fuerza contra nosotras; a otros será imposible enseñarles nada. Esa tal Raquel es prueba suficiente. Obviamente, Dragwena intentó adiestrarla, pero de alguna manera la niña se resistió. Extraordinario: resistirse a una Bruja Superior. Ninguna criatura excepto los magos ha hecho nunca algo así.

Calen se encogió de hombros.

—Probablemente Raquel sea única. Una niña inigualable y extraordinaria.

—Es posible —dijo Heebra—. Pero lo dudo. En un planeta tan grande debe de haber más niños extraordinarios. Y en este mundo la magia es salvaje. ¿Quién sabe cómo puede evolucionar?

Calen dijo desafiante:

—En toda nuestra historia de conquistas esta es la primera vez que hemos descubierto una especie así. ¿Qué nos ha quedado para luchar contra los magos? Año tras año Larpskendya nos ha humillado y nos ha hecho retroceder hacia Ool. ¿Eso es lo que quieres, madre? Una muerte indigna defendiendo tu torre-ojo de los ataques de Larpskendya? ¿Su nombre tendrá que ser susurrado por siempre jamás entre nosotras?

—Yo decidiré qué es lo que haremos —gruñó Heebra.

Levantando sus musculosos brazos desnudos se deslizó entre las nubes altas. Durante un rato Heebra simplemente vagó entre los vientos polares, buscando su placentero roce helado. Un grupo de arañas se arrastró hasta la punta de sus quijadas para sentir el frío y contemplar las recién terminadas torres-ojo de las brujas. El paisaje familiar exaltó a las arañas, y Heebra las lamió indulgentemente.

—Aquí están mis instrucciones —dijo Heebra volando de vuelta hasta donde estaba Calen—. Enfoca tu adiestramiento en los más jóvenes. Ellos son los más fáciles de persuadir. Ignóralos a todos excepto a los mejores dotados y a los más despiadados. Allí donde puedas enfrentar a niños contra adultos, padres, maestros, entrenadores, hazlo. Lo más importante es trabajar con rapidez. Descubre líderes, Calen. Nosotras solas no podemos entrenar a todos los niños. Encuéntrame a aquellos que presionarán y castigarán a su propia especie.

Los tatuajes de Calen chispearon de excitación. Hizo ademán de marcharse, pero volvió de nuevo.

—No has dicho nada acerca de Raquel o de Eric. ¿Estás segura de que quieres vengarte?

—No los he olvidado —dijo Heebra—. He buscado a Raquel por mi cuenta. Ella no es tan difícil de encontrar. A pesar de sus esfuerzos por esconder su don, la calidad de su energía mágica arde como un volcán en este pequeño mundo.

—¿Qué te parece ella? —preguntó Calen con interés.

—Un sorprendente miembro de su especie. Puedo ver por qué Larpskendya está tan interesado en ella. Y tiene un don inusual que nosotras podemos utilizar.

—¿Un don?

—Tiene una conexión directa con el propio Larpskendya.

Calen ahogó un grito, sabiendo cuánto tiempo inútil habían invertido las brujas en encontrar un camino para dar con Larpskendya.

—¿Podemos usar eso para localizarlo de manera directa? —preguntó.

—No, Larpskendya ha ocultado el camino. Pero si usamos el enlace con cuidado quizá podamos ser capaces de atraerlo hacia nosotras.

—¿Está llamando ahora Raquel a Larpskendya? —preguntó Calen—. No queremos que llegue antes de que estemos preparadas.

—¡Claro que lo está llamando! —dijo Heebra riendo—. Raquel está desconcertada y confusa; está enviando señales de manera desesperada. Pero Larpskendya no las ha recibido. He colocado en ella un hechizo de contención que nunca detectará.

—¿Cuándo la liberarás de él?

—Cuando hayamos adiestrado a suficientes niños. Cuando nos hayamos asentado y yo haya decidido cómo ponerle una trampa a Larpskendya. Hasta entonces no recibirá advertencia alguna

por parte de Raquel. Él vendrá cuando estemos bien preparadas para que venga.

Calen asintió.

—¿Cuándo sea el momento preciso intentarás matar a Raquel tú misma?

—Ella apenas merece mi atención —contestó Heebra—. He estado pensando en una manera más interesante de tratarla —dijo alzando una garra en dirección a Calen—. Has puesto mucha fe en los jovenzuelos de este mundo, así que te impongo esta tarea: encuéntrame a otro niño capaz de desafiar a Raquel. Encuentra y adiestra a un ejecutor de su propia especie. La muerte de Raquel será así tanto más satisfactoria.

—Creo que ya he encontrado a un ser así —dijo Calen con complacencia—. Es una niña excepcional en todos los sentidos. Te la mostraré pronto. ¡Será toda una sorpresa!

Mientras Calen salió a dar órdenes al resto de las brujas, Heebra voló durante unos minutos más entre los vientos polares, mostrando sus poderosas mandíbulas abiertas. Dentro, las arañas rodaron de un lado a otro, encantadas con el roce directo de los copos de nieve.

Heebra descendió hasta el suelo. Un oso polar que estaba por los alrededores levantó su hocico de la nieve, se acercó a la bruja y le lamió los pies. Heebra jugó animadamente con él, dando volteretas agarrada a su cuerpo, pero con cuidado de no dañar la fina piel del oso con sus afiladas garras.

«Bien» pensó. «Ahora verás, Larpskendya. Este mundo es tu peor pesadilla, ¿no es así? Cuánto miedo deben de provocarte estos niños. Ya veo por qué has esclavizado su magia, por qué has mantenido este mundo como un secreto cuidadosamente guardado. Tienes miedo, ¿no es cierto? Estás atemorizado porque estos niños, más que ninguna otra especie, ¡son como nosotras!»

El volador peludo



La madre le llenó a Eric el tazón del desayuno hasta arriba de copos de avena.

—Más, por favor —dijo Eric.

Ella le puso un poco más.

—¿Suficiente?

—Un poco más.

De alguna manera consiguió poner un par de cucharadas más encima de aquella montaña de copos.

—Ahora seguro que tienes suficiente...

—Solo un poquito más.

Morpet pasó cerca.

—Está a punto de salirse del tazón —murmuró—. ¿Cómo vas a poder comerte todo eso?

Eric alzó su cuchara.

—Estoy creciendo. Necesito todo este alimento, no algo para el apetito de —y acercó su cara a la de su hermana, sentada frente a él— una hormiga.

—Quieres eso para los prapsis —dijo Raquel con naturalidad—. Los he visto chupeteando tu plato. —Ella se rió y se chupó los labios—. Lo pusieron todo perdido y tenían las caras llenas de copos de avena.

La madre suspiró profundamente.

—Eric, ¿es eso cierto?

—Ejem...

—No, no me lo digas —dijo ella—. Prefiero no saberlo... —Cogió su maletín y se puso la chaqueta—. Estaré fuera cerca de una hora, llevo el teléfono móvil por si me necesitáis. —Se dirigió a Eric—: Será mejor que no encuentre copos de avena en ningún lugar inusual de mi cocina cuando vuelva. ¿Entendido? —Eric asintió y ella salió de la casa.

Minutos después, Raquel notó un alboroto en la ventana de la cocina.

—¿Qué están haciendo los muchachos? —preguntó.

Ambos prapsis parloteaban de manera descontrolada, volando en espirales cerradas, demasiado excitados para que se les entendiese algo de lo que decían. Finalmente se calmaron lo

suficiente como para distinguir sus voces.

—¡Una maravilla peluda! —gritó uno mirando a través de las cortinas.

—¡Un aullador volador! —dijo el otro.

—¡Chorradas! ¡Un volador peludo!

Eric pestañeó por culpa del sol.

—¡Caray!

Contra el cielo azul, una forma negra volaba en círculos por encima del techo.

—Parece un perro —dijo Eric—. Pero eso es ridículo. Tiene que ser una cometa.

—No veo los hilos —dijo Morpet—. ¡Y está ladrando!

—Un perro labrador —susurró Raquel.

Eric le dio un codazo.

—¿Qué está pasando? ¿Lo estás haciendo tú?

—Por supuesto que no.

—¿Pues quién?

El labrador estaba suspendido en el aire a media altura en el centro de un campo de deportes. Se mantenía boca arriba, con sus enormes patas en dirección al cielo. Entonces emitió un aullido, giró sobre sí mismo, y salió disparado directamente hacia arriba. Algunos niños que estaban jugando a fútbol en el campo no supieron si quedarse a contemplar el espectáculo o salir pitando de allí.

—¡Guau! —dijo Eric—. Está controlado por un hechizo. ¡Magia, Raquel!

Ella asintió, temblando un poco, intentando localizar la fuente, y llamando a su mente a los hechizos defensivos que había practicado durante las dos semanas pasadas.

Los prapsis jadearon en las orejas de Eric.

—Puedo destruir el hechizo si tú quieres —dijo él.

—No —respondió Raquel—. El perro aún está demasiado arriba. Le haríamos daño.

—¿Por qué no usas tu propia magia, Raquel?

—Todavía no —advirtió Morpet—. No muestres tu poder antes de que sepamos a qué nos enfrentamos. Vayamos al campo.

Todos juntos corrieron fuera de la casa. Los prapsis se agarraron al hombro de Eric antes de que él pudiera cerrar la puerta detrás de sí.

—¡Hey, volved adentro, chicos! —les dijo—. ¡No se os permite salir!

Los prapsis volaron contentos sobre las casas y alcanzaron pronto al perro. Parloteando excitados, copiaban sus violentos movimientos por todo el cielo.

—¡Hey, vuelve! —gritó uno de los prapsis en la oreja del labrador.

—¡Perro travieso! —gritó el otro—. ¡Estáte quieto, maravilla peluda!

Raquel tomó el camino de subida hasta el campo. Por lo que podía apreciar, el cuerpo del perro empezaba a moverse en el aire con otro patrón —formas largas y rítmicas— una mezcla de círculos y líneas rectas.

Eric se esforzó en mantenerse al ritmo de los largos pasos de Raquel.

—¡Está completamente poseído!

—No —dijo Morpet, siguiendo los movimientos del perro—. Es un nombre.

—¿Qué es un nombre?

Llegaron al final del campo.

—Eso —Morpet señaló al cielo—. PAUL. ¿No lo ves? El perro está escribiendo el mismo nombre una y otra vez.

Se apresuraron a llegar al principio del campo, hasta colocarse directamente debajo del desesperado labrador. Los chicos del fútbol se habían largado dejando la pelota allí.

—Ya estamos bastante cerca —dijo Raquel—. Tráelo aquí abajo, Eric. —Eric apuntó su dedo hacia el labrador, poniendo fin al hechizo de vuelo, y el perro cayó pesadamente del cielo. Justo antes de que se estrellase contra el suelo, Raquel colocó un hechizo de amortiguación en la hierba. El perro aterrizó sano y salvo y huyó colina abajo mientras ladraba con la poca voz que le quedaba. Los prapsis lo persiguieron alegres, ofreciéndole útiles consejos.

—Paul —murmuró Eric—. Eso no suena como un nombre de perro.

—No —dijo Raquel—. Creo que es el nombre de su dueño.

Raquel apuntó hacia el final del campo. Allí, medio cubierto por la hierba alta, estaba tendido un niño gordito y con los pelos de punta, más o menos de la misma edad de Eric. Apoyado sobre sus codos estaba furiosamente concentrado en el perro, moviendo los dedos, como si intentara volver a mandar al perro al aire.

Eric sonrió.

—No puede hacer eso. No sabe que después de que yo destruyo un hechizo él nunca más podrá utilizarlo.

—Permanezcamos ocultos —dijo Morpet—. Dejémosle hacer el siguiente movimiento.

Eric miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué está haciendo ahora? Está mirando aquella pelota.

La pelota de cuero se elevó unos centímetros y empezó a deslizarse sobre la hierba. Se movía muchísimo más deprisa que si le hubiesen dado una patada.

—Se dirige hacia nosotros —señaló Morpet.

—En estos momentos —dijo Raquel—, se dirige hacia mí.

La pelota aceleró, elevándose a la altura de su cabeza, tan rápida que ya solo era un borrón en el aire.

Eric apuntó su dedo, destruyendo el hechizo, pero la aceleración de la pelota era altísima y continuó directa a la cabeza de Raquel.

—Ha hecho eso deliberadamente. —Eric estaba furioso—. ¡Déjame a mí!

Raquel sacudió la cabeza.

—No. Déjame ver qué hace ahora.

El niño de los pelos de punta frunció el entrecejo. Un instante después Raquel sintió un nuevo hechizo, esta vez actuando en ella.

—No puedo creerlo —dijo Raquel—. Está intentando hundir mi cara en el barro.

—Déjame espachurrar el hechizo —gruñó Eric. Raquel le dijo que no con un gesto, intentando entender algo de la magia del muchacho.

—Parece que no tiene experiencia —le dijo Morpet a Raquel—. ¿Sientes que hay alguna autoridad real sobre sus hechizos o que lo está manipulando alguien?

—No —replicó ella viendo al chico repetir el hechizo con desespero otra vez—. Solo habilidad en estado salvaje, recién despertada; ¡y poderosa!

—Pero ¿por qué intenta herirte, o hacerle daño a ese perro? —preguntó Eric.

Raquel estaba desconcertada. Aquel muchacho ¿había decidido realmente atacarla a ella y al labrador? ¿O estaba simplemente probando su propia magia y la de ella, con curiosidad sobre lo que eran capaces de hacer?

Caminaron hacia Paul con cuidado. Cuando Morpet estuvo tan cerca como para verle la cara, se dio cuenta de que el chico parecía aterrorizado. Ahogó un grito, se puso a temblar, y su cuerpo se sacudió. Finalmente salió corriendo camino abajo.

—Vamos —dijo Eric—. No puede escapar por ahí. Raquel, puedes volar tras él.

—No —dijo ella—. No quiero mostrarle de lo que soy capaz, aún.

Ellos recorrieron el camino hasta la falda de la colina, allí se curvaba bruscamente para dar a una pradera llana. La pradera estaba vacía.

—¿Dónde se ha metido? —dijo Eric casi sin aire—. No puede esconderse en ninguna parte. ¿Cómo ha podido correr tan rápido?

—No nos ha dejado atrás —dijo Morpet—. Debe de haberse esperado hasta que se perdió de vista, y entonces ha cogido un camino *distinto*. ¿Puede haber salido volando?

—No —dijo Raquel con el rostro pálido—. No es eso. Algo o alguien más se ha llevado a Paul. He notado un leve rastro de magia, pero no como la del chico. Era increíblemente fuerte. —Entonces envió unos cuantos hechizos para recabar información a un kilómetro a la redonda. Todo rastro de Paul había desaparecido—. No puedo detectar nada. Las huellas acaban aquí. —Se dejó caer de rodillas, donde una sola huella de zapato había aplanado la hierba, marcando el último lugar donde había estado Paul. Pronto la hierba volvió a su lugar, como si el chico no hubiera existido nunca.

—¿Crees que Paul puede haber llevado a cabo su desaparición solo? —preguntó Raquel a Morpet.

—Lo dudo —dijo él pensativo—. No con tanta perfección. Se necesita una gran habilidad para borrar las huellas de esos hechizos; y ese chico estaba demasiado aturdido. Ha debido tener alguna ayuda; y de alguien con muchísima más experiencia.

Mientras volvían a casa, Eric gruñó:

—Pase lo que pase, no me gusta ese Paul. Ya has visto lo que ha hecho. Le ha hecho daño al perro de manera deliberada y encima disfrutando.

Morpet se frotó la barbilla.

—¿Seguro que ha disfrutado? Eso no es lo que yo he visto. Yo vi a un muchacho enfrentado, o consigo mismo o contra un compañero invisible. Algo estaba asustándolo.

En cuanto llegaron a la puerta de la entrada los prapsis aterrizaron en los hombros de Eric. Discutían animadamente mientras escupían pelos del perro.

Raquel se estremeció.

—¿No habrán mordido al labrador, no?

—Nooo —dijo Eric disimulando—. Probablemente solo han intentado besarle.

Eric metió a los prapsis debajo de su camiseta para que nadie en la calle pudiera ver sus caras

sonrosadas y felices.

Morpet los guió hacia la sala de estar, aliviado de que la madre de Raquel y Eric no hubiese llegado aún. Durante unos minutos observó puertas y ventanas, medio esperando ver aparecer a Paul lleno de ira.

—Creo que dijiste que ningún niño podía usar su magia todavía —le dijo Eric a Raquel—. ¿Qué está pasando?

Raquel, temblando un poco, se volvió a Morpet.

—¿Entiendes algo?

Morpet se encogió de hombros y dijo:

—Algo ha debido de desatarse en la magia de Paul. Algo podría haberla activado. Una emoción, quizá: enfado o miedo. —Él pensaba en Itrea: recordaba que una de las tácticas favoritas de Dragwena era atemorizar a los niños soltando sus hechizos.

—¿Crees que Paul es el único chico que está usando su magia ahí fuera? —preguntó Eric.

—Es posible, aunque lo dudo —dijo Morpet—. O no por mucho tiempo. Sea cual sea la causa, debemos asumir que Paul es solo el principio. Pronto cientos de niños pueden estar fabricando hechizos por ahí. —Miró a Raquel—. Larpskendya nunca hubiera permitido esto, estoy seguro. Eso confirma que no está cerca.

«Solo nos tenemos a nosotros», pensó Raquel. Luchó contra esa idea, y notó como sus hechizos se retiraban a lo más profundo de su interior.

—No me parece muy divertida la idea de niños con magia —murmuró Eric—. ¡Imaginad al matón de la clase usando un hechizo cegador!

—Si son muchos los niños que empiezan a usar su magia, podemos prepararnos para algo peor que eso —dijo Morpet con gravedad—. En Itrea vi llegar a todo tipo de niños a lo largo de los siglos. Los que tenían una mente fuerte podían resistir la influencia de Dragwena durante un tiempo, pero algunos —hizo una pausa—, bueno digamos que algunos no lo intentaron lo suficiente. Dirigieron su magia de buena gana contra otros niños. Algunos ni siquiera necesitaban el estímulo de Dragwena. Disfrutaban con ello.

Raquel se estremeció y dijo:

—Pensad en el daño que puede provocar ahora una bruja. —Con la sola mención de la palabra «bruja», Eric contuvo la respiración—. Es lo que todos nosotros estábamos pensando, ¿no es así? —añadió ella bruscamente—. Lo que atacó a Paul podría ser una bruja. Dejemos de fingir que esa idea no ha cruzado por nuestras mentes. Había algo muy poderoso en él.

—Dragwena está muerta —dijo Morpet adelantándose y sosteniéndole la mirada—. Ya no puede hacerte daño. Y aún no veo pruebas de que haya otras brujas por aquí.

Raquel asintió sombría, deseando desesperadamente creerlo.

—Necesitamos más información —dijo Morpet—. Raquel, ¿podrías hacer que tus hechizos busquen a los niños que realmente están *usando* su magia?

—Sí —dijo ella—. Supongo que eso nos diría cuántos son y dónde están. Pero necesitamos averiguar también *cómo* están usando su magia. ¿Hay otros atormentadores de perros como Paul

por ahí fuera? Quiero estar cerca de ellos.

—Buena idea —dijo Eric—. Y los chicos y yo iremos contigo. —Y lanzó a los prapsis una mirada especial—. Protección extra.

—No, voy a viajar largas distancias —dijo Raquel—. Será muy difícil conseguirlo si, además, tengo que cargar con vosotros. —Miró fijamente Morpet, que estaba a punto de objetar—. Iré sola —insistió—. Es más seguro así.

—¿Lo es? —preguntó él, notando que sus ojos brillaban dolorosamente virando hacia un azul casi puro—. ¿O es ese el consejo que tus hechizos de vuelo te están susurrando? —Raquel dudó—. ¡Debemos tener cuidado! —dijo Morpet—. Algo atrajo a Paul hacia aquí. ¿Qué podría ser excepto tu magia, Raquel? Él probablemente sabe dónde vives; y no olvides que, de buena gana o no, te atacó. —Morpet echó un vistazo por la ventana—. Quizá esté esperando una segunda oportunidad, cuando ni Eric ni yo estemos lo suficientemente cerca para protegerte.

Raquel suspiró profundamente.

—No puedo dejar a mamá aquí sola *con él* por ahí fuera —dijo ella—. Os necesito a ambos aquí a su lado. Por favor, Morpet. Al primer signo de peligro volveré. Te lo prometo.

Morpet se preguntó qué hacer. ¿Estaba Paul acechando pacientemente en algún lugar ahí fuera, preparando un ataque más eficaz? ¿Y quién era su compañero invisible? ¿Una bruja esperando ver muerta a Raquel? Sin embargo, necesitaban saber más acerca de ese repentino uso de la magia; y la velocidad pura y dura probablemente fuese la mejor defensa de Raquel contra un oponente desconocido.

Finalmente asintió.

Eric meneó la cabeza:

—¿Y qué le decimos a mamá? Alucinará.

—Dejadme eso a mí —les dijo Morpet, sabiendo que la madre nunca aceptaría que fuese Raquel quien se marchase.

Raquel besó a Eric rápidamente y abrazó a Morpet con fuerza. Sin siquiera abrir la puerta se precipitó al jardín, intentando no pensar demasiado en qué se podía esperar de ella. Fuera el cielo era claro y soleado.

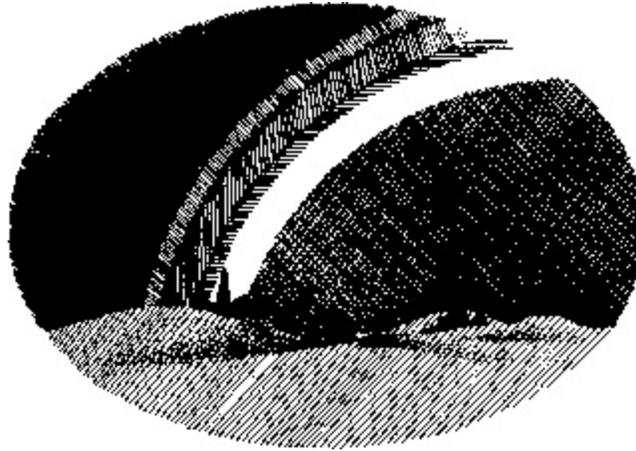
«Se podría ver una bruja desde kilómetros de distancia», pensó Raquel.

Allí en medio del porche se sintió como un objetivo listo para ser derribado, así que rápidamente consideró qué forma debería asumir. Cambiar de forma era una de las capacidades especiales de su magia. Lo había descubierto en Itrea, mejorado en sus batallas contra Dragwena, y practicado repetidamente durante las dos últimas semanas. Y ahora no quería cometer un error. ¿Qué forma debía elegir?

¿Cuál sería el objeto menos llamativo contra ese cielo claro y abierto?

Unas cuantas golondrinas descendían en picado cazando insectos. Con cuidado, asegurándose de que nadie la estaba mirando, Raquel se transformó en una de ellas. Desplegando sus brillantes plumas, revoloteó por el cielo ahora amenazante.

Un arcoiris contra el cielo azul



Raquel voló por el caluroso aire matinal. Durante un instante vio a Morpet, a Eric y a los prapsis mirando a través de la ventana. No obstante, sus rostros ansiosos desaparecieron de su vista en cuanto batió las alas de golondrina para abrirse camino en el cielo.

Cuando las casas y las calles familiares fueron disminuyendo de tamaño, la imagen afilada de Paul fue haciéndose un lugar en su mente.

«Practica tu magia», se dijo, intentando alejar de sí el miedo.

Atacando con sus garras diminutas, Raquel lanzó su cuerpo emplumado a través de los cielos. A pesar de sus recientes prácticas en casa de algunos de sus hechizos, especialmente de sus hechizos voladores, estaba bastante anquilosada. «Vamos», pensó, invitando a su magia a mostrarse: «¡Sorpréndeme!».

De repente se ofrecieron innumerables hechizos operativos. Prometían maravillas. Raquel seleccionó dos y trazó un amplio y maravilloso arco en el cielo; un truco que ninguna golondrina había intentado nunca.

La ponía nerviosa adoptar la misma forma durante demasiado tiempo. «¿Cuan rápido podría cambiar si me lo propongo realmente?», se preguntó. Escogió al azar otra forma de pájaro: un cernícalo.

Extendiendo las alas, Raquel se detuvo en el aire: ¡el terror de los ratones!

«Un poco más», pensó. «No pares de pensar».

A medio vuelo, a medio batir de alas, cambió de forma una y otra vez. Una paloma. Un veloz colibrí. Un cisne magnífico, batiendo sus lentas y pesadas alas. Raquel voló por el cielo cada vez más alto, poniéndose a prueba, transformándose en cada pájaro que conocía.

Y entonces un hechizo diferente sugirió un murciélago.

De inmediato sus ojos de pájaro se apergaminaron. Raquel envió señales de sonar, y desde su arrugada cabeza contempló el lugar más bonito que jamás vio antes con sus propios ojos o con los ojos de un pájaro. Era un nuevo mundo fabuloso, el mundo de los murciélagos, sin color, pero cada brizna de hierba, cada sople de aire, tenía unas texturas tan exquisitas que no tenía palabras para describirlas.

No necesitas esas alas primitivas para volar, le decían sus hechizos. ¡Solo tienes que usar tus

pies!

Aturdida por la excitación, Raquel se transformó de nuevo en una niña y simplemente lanzó sus zapatos a través del aire.

Las turbulencias de un avión captaron su atención.

—¡A por él! —ordenó Raquel. Un hechizo de movimiento obedeció de buena gana. El aire se sacudió, lanzando a Raquel hacia delante. No tuvo la sensación de volar. En el tiempo de un latido, incluso menos que eso, se plantó de pie en el morro del avión, asomándose a la cabina del piloto. El piloto parpadeó de incredulidad mientras la niña le sonreía a través del cristal.

Raquel dejó que el avión se alejase y se concentró en una nube lejana. «¿A qué distancia está?», preguntó a sus hechizos de información. «A un kilómetro», respondieron suavemente. «¡Llévame ahí!» Un hechizo de cambio tomó el mando acercándola a la nube; y entonces ella decidió cambiar a otra nube, y a otra, lanzándose cada vez a distancias mayores: un kilómetro; cinco kilómetros; diez; cincuenta. ¿Qué tal *ochenta*?

Raquel surcó los cielos con total temeridad.

De vez en cuando se paraba, patinando hasta detenerse. «Recuerda para qué partiste», se dijo enfurecida consigo misma. «Mamá y los otros no están seguros en casa. Empieza a buscar señales de magia...»

¿Cómo podría encontrar a los niños mejor dotados? «La magia tiene un olor muy especial», le recordaron sus hechizos. «Busca ese olor». Pero hasta su propia nariz estaba desesperada. Raquel permitió a los hechizos tomar el mando. Ellos aumentaron sus orificios nasales hasta que cada uno se convirtió en una ala, flexible, suave y carnosa, como frágiles pétalos ondeando en la brisa.

Aspiró aire e inmediatamente notó el tenue aroma de la magia infantil.

Algunos de los olores eran afilados y picantes, otros almizclados, perfumados, maduros o una mezcla de todas esas cosas; sin embargo, sus rastros eran débiles. Para encontrar a todos aquellos que, como Paul, estuviesen utilizando la magia activamente, necesitaba investigar una área más amplia y cambiar de lugar con mayor rapidez.

Raquel se relajó, permitiendo a la magia fluir por sus venas. El efecto la estremeció: era excitante y salvaje, como respirar aire fresco y limpio después de toda una vida de olor a cerrado. Sintió llamaradas de la misma alegría cuando luchó contra Dragwena en Itrea, pero el miedo había desbaratado todo placer del que hubiese podido disfrutar entonces. Ahora ella se mezcló con el viento confiadamente. Cerró los ojos y se olvidó de las nubes. Olfateó hasta los vestigios más diminutos de magia y se lanzó a por ellos.

Con unos cuantos grandes saltos dejó muy atrás su casa. Las ciudades se convirtieron en manchas lejanas. Los mares surgieron a su encuentro y retrocedieron como si de sueños se tratase. Su cuerpo se acercó a la costa, y tocó las piedras húmedas donde un niño había probado su primer hechizo recientemente. Pero se había ido, y Raquel emprendió su camino de nuevo. Persiguiendo un olor especialmente llamativo entró en un país distinto donde el aire estaba caliente y los olores eran nuevos.

El cambio la había llevado hasta el sur de Francia.

Sintiéndose expuesta, se transformó en una mosca y se posó en la hoja de un pino. Estaba en las montañas de Provenza. En esa época del año, principios de verano, el aire ya era seco y

brumoso. El calor brillaba ardiente en las gargantas de Nesque, en las altas montañas. Y escasamente visible, entre los elegantes pinos de las pendientes cuestas empinadas, Raquel encontró a un muchacho. Podría tener cuatro años de edad, aunque probablemente menos.

En un impecable cielo azul el muchacho había creado un arco iris.

Sobresaliendo de entre las montañas, rayas violeta y rojas y amarillas goteaban como pintura en el suelo.

—*Plus grand plus haut!* —gritaba el muchacho, riéndose bajo el sol.

Raquel tradujo tan bien como pudo dado su precario francés: «¡Más grande! ¡Más alto!», y se sintió eufórica. «Aquí no hay peligro», pensó. «Solo un chico aprendiendo a usar su magia recién descubierta». Tomando de nuevo la forma de una niña se aproximó al muchacho con los brazos extendidos.

—No tengas miedo —dijo ella mientras el muchacho retrocedía sorprendido—. *Je suis Raquel. Qui es tu?*

El muchacho la miró fijamente, entonces soltó una maldición al darse cuenta de que se había olvidado del arco iris. Se volvió justo para contemplar cómo desaparecían todos los colores. Tras dar un par de patadas contra el suelo y fruncir el ceño, se escapó montaña abajo, sus sandalias iban palmeteando la tierra dura.

Raquel consideró la posibilidad de perseguirlo, pero un olor fortísimo atrajo su atención. De nuevo cambió apresuradamente de forma. Esta vez se convirtió en una avispa, y aterrizó en Dortmund, Alemania. Allí una niña, tan pequeña que todavía necesitaba un pañal bastante voluminoso, se había subido a un manzano en un jardín.

La madre de la niña estaba de pie bajo el árbol, demasiado impresionada para moverse. Desde la copa del árbol la niña agitaba los brazos gritando:

—*¡Bär! ¡Bär!*

Al principio Raquel pensó que la niña quería a su madre, pero entonces vio al osito de peluche tendido en el césped. Cuando Raquel miró, vio cómo pestañeaban los botones cosidos que el oso tenía por ojos. Y dio un salto. Sobre sus patitas de fieltro saltó por el césped, trepó por el tronco del árbol y dio un gran abrazo a la niña con sus brazos peludos.

Ambos a la vez, osito y niña, volvieron la mirada a su madre.

Raquel meneó la cabeza intentando encontrarle un sentido a todo aquello. Quizá no era tan extraño. Si los niños estaban experimentando con la magia, ¿por qué no empezar por sus juguetes? Por ahora no había nada siniestro en aquel lugar, decidió. Solo una cría jugando.

Mientras Raquel se preguntaba cómo consolar a aquella madre angustiada, un nuevo olor la golpeó. Era diferente del resto. Este olor era profundamente rico e inmenso, como si un gran grupo de niños muy dotados se hubiera reunido para provocarlo. Por primera vez Raquel se sintió verdaderamente asustada. ¿Podría ser la magia de *un solo* niño?

«Investiga», aconsejó alguno de sus hechizos. «Huye», sugirió el resto.

Raquel se desplazó hacia el olor. Se movió rápidamente, dejó atrás Francia, bordeó España y prosiguió hacia el sur hasta alcanzar un nuevo continente: África.

El calor sofocante del desierto del Sahara ardió bajo ella. Voló a una velocidad casi imposible rozando las dunas de arena, y de repente se dio cuenta de que solo con sus hechizos era imposible

alcanzar esa rapidez. Algo había detectado su presencia. *Eso* supo que ella estaba allí, y la atraía hacia sí. Era un poder colosal, inquietante, que la arrastraba imparable hacia su propio dominio.

Cuando llegó a su destino, Raquel sintió como si la arrancaran del cielo.

Tambaleándose, deslumbrada, en ese instante Raquel no era más que una niña asustada intentando ocultarse. Estaba de pie en un poblado nigeriano, al lado de una choza circular. La choza estaba hecha de ladrillos de barro mezclados con paja, y a la sombra de una de sus paredes había un bebé sentado sobre la tierra cocida. Estaba cubierto por una miríada de preciosas mariposas amarillas. Docenas de ellas descansaban satisfechas sobre sus dedos, sus pies, sus cabellos. Se sostenían como una suerte de joyas en los lóbulos de sus orejas y en sus párpados. La visión de tantos insectos podría haber resultado grotesca, pero instintivamente Raquel comprendió que habían sido llamados por el bebé. Este pequeño muchacho era la fuente de toda la asombrosa magia que la había arrastrado hasta allí.

Tan pronto como vio a Raquel, el niño sonrió. Fue una simple y genuina sonrisa infantil de bienvenida.

—Yemi —dijo apuntándose a sí mismo con orgullo—. Yemi.

Raquel gritó de felicidad, como si un asombroso sentimiento hubiese surgido de su interior. Venía de Yemi. Solo era *capaz* de pronunciar unas pocas palabras, pero sus hechizos supieron ofrecerle una buena bienvenida. La magia fluía libremente de él, anhelante e instintiva, feliz de saber por fin que no estaba sola en el mundo.

Sin pensarlo, Raquel echó a correr, cogió en brazos a Yemi y lo lanzó al aire.

Por un instante el niño flotó por encima de la cabeza de Raquel, sin caer. Dando pataditas con sus pies desnudos, se esforzaba por mantenerse en el aire. Pero cuando por fin cayó, lo hizo de manera tan desvalida como cualquier otro bebé. Raquel lo cogió en brazos mientras le susurraba su nombre al oído; sus orejas aún estaban atestadas de mariposas. Él hizo que las Bellezas de Camberwell volaran hacia ella y se pusieran a revolotear, adornando su pelo con su delicadeza dorada.

Entonces, un grito ahogado procedente de la choza hizo que Raquel se volviera.

Yemi se rió entre dientes.

—Fola —anunció.

Raquel vio a una muchacha en el umbral de la choza, aferrada al marco de la puerta. Su pelo estaba lleno de trenzas y embadurnado de harina. Miraba a Raquel fijamente, aparentemente atemorizada.

—Hola —dijo Raquel retirando los colores de sus hechizos de sus ojos para evitar asustarla—. Lo siento si te he asustado. ¿Me has visto llegar justo ahora?

La niña tenía dificultad en entender el lenguaje de Raquel.

Finalmente, asintió.

—¿Quién eres? —preguntó en un precario inglés con mucho acento—. ¿Qué quieres de nosotros? —preguntó con amabilidad y enorme curiosidad mientras contemplaba la ropa, la piel y los cabellos de Raquel.

Otra voz, mucho más áspera, procedente del interior de la casa, gritó algo, y Fola fue arrastrada por el cuello. Ella se resistió, deseando claramente quedarse con Raquel.

—¿Está ahí tu mamá? —preguntó Raquel—. ¿Está asustada? No debería. No quiero dañar a Yemi. Por favor, si...

La voz de la choza retumbó amenazadora.

—¡Vosotros dos! ¡Estáis asustando a mamá! —dijo Fola—. ¿Te vas a llevar a Yemi lejos de aquí?

—Claro que no —dijo Raquel—. ¿Eres su hermana?

—Aquí lo tenemos muy bien escondido —murmuró Fola—. Yemi no debe estar fuera. Mamá lo mantiene dentro, pero entonces se escapa. —Miró a Raquel inquisitivamente—. Él sabía que vendrías. —De nuevo tiraron de ella al interior—. ¡Yemi, ven! —insistió Fola.

La niña extendió un brazo hacia él, pero Yemi no quería separarse de Raquel. Se abrazaba a ella con fuerza mientras le lanzaba puntapiés a su hermana.

—No, haz lo que dicen —dijo Raquel—. Volveré pronto. —Su magia envió ondas de certeza hacia él.

Tras una breve rabieta, Yemi se dejó coger entre los brazos de Fola con una cierta resistencia.

—Ella no quiere que vuelvas —dijo Fola con tristeza—. Mamá lo ha dicho. No vuelvas. Déjanos en paz. —Pero mientras tanto, y tras meter a Yemi dentro de la choza, le mostró una breve sonrisa a Raquel. Cerró la puerta y dentro empezó una feroz discusión.

Raquel se alejó de la casa sintiendo aún el cosquilleo de placer que le había producido el encuentro con Yemi. Durante unos minutos flotó en las capas altas del cielo, pensando en él. Su magia era tan vehemente, tan alegre. ¿Era él el único?

Antes de que pudiera buscar respuesta a ese tipo de preguntas otro rastro de magia llamó su atención. Quería descansar, volver a casa y discutir con Morpet lo que había visto. Sin embargo, no quiso ignorar un olor tan poderoso, y esta vez tenía algo que le resultaba familiar. Utilizó un hechizo de cambio y apareció en Alejandría, Egipto.

Allí, en el ancho puerto donde el río Nilo se encuentra con el Mediterráneo, había un enorme caos entre los pescadores. Eran hombres duros, curtidos en los riesgos del mar, pero nada en sus vidas los había preparado para aquello.

Desde las húmedas cubiertas de sus barcos, los peces capturados ese día se deslizaban de un lado a otro atacándolos.

El ángel de piedra



Raquel vio en seguida la causa de todo aquello: en el malecón, cerca del bajío, había un muchacho de pie, gordo, con el pelo puntiagudo.

—¡Paul! —Se trasportó junto a él—. ¿Qué estás haciendo? ¡Deténte!

Él se volvió hacia ella con una expresión de desaliento.

—¡N-no p-puedo! ¡N-no me atrevo!

Paul estaba temblando, parecía luchar contra sus propias manos, que danzaban en el aire orquestando la agresión de los peces con sus dedos.

—¡Aléjate de mí! —suplicó—. Podría... ¡No! ¡No!

De repente hizo un gesto brusco con ambas manos y todos los peces saltaron de las barcas en dirección a Raquel.

Con gran rapidez, Raquel creó dos hechizos: uno para desviar a los peces hacia el agua; otro para librarlos de la furia que experimentaban.

—¿Qué está pasando? —preguntó Raquel—. Paul, ¿quién está haciéndote esto?

Antes de que pudiera contestarle sintió que su cuerpo era arrastrado. En un instante, Paul estaba frente a ella; al segundo siguiente se había desvanecido, y como antes, el rastro de magia desaparecía.

Los pescadores miraron a Raquel desde los barcos vacíos.

Algunos peces habían aterrizado cerca de ella. Abrían y cerraban la boca, y en sus blandas mandíbulas Raquel vio algo que le resultó muy reconocible: dientes; dientes curvados, triangulares y negros, los dientes de una bruja.

Cayó de rodillas sobre las tablas del malecón, respirando con dificultad.

«Dragwena está muerta», se dijo. «Lo sabes. Ella está muerta».

Pero ningún pez en la Tierra había tenido nunca semejante boca, con aquellos dientes curvados. Su negrura y su forma triangular solo podían significar una cosa: otra bruja rondaba por allí.

Los primeros tres niños, reflexionó, usaban una magia bastante inofensiva. El tipo de magia de Paul era el mismo que había visto con el Labrador: un uso deliberadamente cruel de los hechizos. Pero ahora estaba segura de que Paul no era el principal responsable.

Raquel no podía quedarse para detener la miríada de peces saltando sobre el malecón.

Transportándose rápidamente hacia casa, había hecho ya más de medio camino cuando un nuevo rastro de olor a magia le golpeó los sentidos. Venía desde la otra parte del mundo. En lo alto del cielo, Raquel dudó, quería tanto ignorar aquel olor y volver a casa... Ahora más que nunca estaba preocupada por dejar a Morpet, a Eric y a su madre sin su protección. Sin embargo, algo en ese olor hacía que no pudiese ignorarlo.

Siguiendo el rastro de la magia hacia el sur, Raquel cruzó el ecuador y se adentró cada vez más en el hemisferio sur, dejando muy atrás el calor del sol.

Y aterrizó en un cementerio chileno. Era de noche en esa parte del mundo, e invierno. Hacía poco que había nevado. Raquel se transformó rápidamente en el primer pájaro que asoció al clima frío —un petirrojo—, esperando mezclarse entre ellos. Hinchando las plumas del pecho, echó una mirada a su alrededor. El cementerio era enorme. Había lápidas abandonadas en el suelo y otras se izaban formando extraños ángulos, como si las almas muertas de debajo hubieran intentado salir en busca de un lugar más confortable. La luna llena se asomaba por el horizonte. Alrededor de Raquel, el olor de la magia se concentraba con una intensidad casi intolerable. «Seguro que esta vez no es otro niño», pensó. «Debe de ser una bruja. ¿Una trampa?»

Se deslizó con cautela entre aquellas lápidas mortuorias llenas de musgo. Nada se movía en el cementerio. No había nadie en aquel desierto de tumbas, nadie caminaba por los senderos que se abrían entre ellas. Raquel revoloteó nerviosamente de un árbol a otro. Las ramas estaban demasiado llenas de nieve, y crujían bajo sus garras. De repente deseó una señal de vida humana —cualquier señal— una voz, o incluso una huella que indicase que realmente alguien visitó alguna vez aquel lugar. Pero no había ninguna señal tranquilizadora. La nieve *abrazaba* la tierra como si siempre hubiera estado allí, y la luna miraba a Raquel desde los espacios que separaban las tumbas. Todo estaba completamente quieto y helado y en silencio.

De improviso Raquel se encontró frente a una estatua extremadamente hermosa en el centro del cementerio. Era un ángel de piedra.

Había más ángeles colocados aquí y allí, pero este en particular era diferente. Parecía nuevo —recién hecho— y el trabajo del escultor era tan preciso que las suaves líneas de su rostro eran prácticamente humanas. Curiosa, Raquel voló con cautela en su dirección.

Era una estatua de un ángel hembra —de una niña— y se arrodillaba en el suelo con la misma exactitud con la que lo haría una muchacha viva. Pero entonces Raquel se dio cuenta de que no tenía alas. Y en lugar de tener las manos en la usual actitud de rezo, la muchacha de piedra tenía los brazos cruzados. Parecía, pensó Raquel, que estuviera aburrída. Miró alrededor. Allí no había niños, o brujas, nada que temer; había solo una magia poderosa, centrada en esa rara estatua. Raquel se deshizo de su forma de petirrojo, se acercó a solo unos centímetros de su cara y extendió la mano. —No me toques —susurró el ángel.

Raquel se quedó helada mientras veía cómo aquellos párpados de piedra se abrían lentamente. El resto de la cara de la niña permanecía quieto. Durante un instante las dos niñas simplemente se miraron: piedra y carne. Entonces Raquel sintió que algo sondeaba su mente. ¿Un saludo de bienvenida similar al de Yemi? No, concluyó. Era algo infinitamente más siniestro que eso: un hechizo de medida, intentando valorar el poder de su magia.

Raquel la previno, y vio como los ojos de la muchacha se abrían de par en par.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó la muchacha intentando disimular su sorpresa. Su voz era inexpresiva, cortante y poco amigable, y no tenía miedo alguno del don mágico de Raquel—. Dime cómo has bloqueado mi hechizo —insistió—. Vamos, escúpelo.

—¿Y qué pasa si me niego?

—Te haré daño, te lo advierto. —La muchacha observó con interés la reacción de Raquel.

—¿Hacerme daño? —Raquel intentó parecer indiferente—. ¿Por qué querrías hacerme daño?

—Porque podrías atacarme, ese es el porqué.

—Si ni siquiera sé quién eres.

—El objetivo designado, quizá —dijo la muchacha mientras se encogía de hombros—. Debo tener cuidado. Tú eres fuerte, como yo, puedo verlo. ¿Has probado ya tus hechizos en otros niños? Ya sabes, ¿has experimentado con ellos?

—¿Experimentado? —Raquel sintió que su corazón se aceleraba.

—Oh, venga, no seas cobarde —suspiró la niña—. No me digas que te da corte utilizar tu magia con otros niños. ¡Qué niña tan *buena* debes de ser! ¡Qué decepcionante!

Disolvió su cuerpo de piedra y se puso de pie, girando sobre la nieve para desplegar.

Ahora Raquel podía decir que ambas tenían la misma edad y altura. En todo lo demás eran diferentes. De complexión angulosa y pálida, las muñecas huesudas y los dedos delgados de la muchacha sobresalían de su jersey gris. Su pelo suave era perfectamente blanco —casi transparente— y le caía con languidez sobre los hombros estrechos. Las cejas le blanqueaban, casi ralas, y brillaban a la luz de la luna. Pero el rasgo más asombroso de la muchacha eran sus ojos. Eran de un azul descolorido, pero más luminosos que ninguno de los que Raquel había visto nunca.

—Soy Heiki —dijo la niña—. ¿Qué vas a hacer conmigo, Raquel?

Raquel carraspeó.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Es un secreto. ¿Estás asustada?

—¿Esperas que lo esté?

—Por supuesto —dijo Heiki—. Los otros niños lo estaban.

—¿Les hiciste daño?

—A algunos. —Soltó una carcajada—. No demasiado. La mayoría de los niños son patéticos, no representan un problema. ¿Eres como ellos, Raquel? ¿O tú puedes luchar?

Raquel hizo una pausa. ¿Qué haría con esa niña? Su acento era extraño, no era inglesa, aunque hablaba con fluidez.

—¿De dónde eres, Heiki?

—Eso no importa. ¿Ni siquiera has aprendido eso todavía? Nosotros no pertenecemos a ningún sitio, Raquel. Especialmente las que, como nosotras, podemos ir a donde queramos. Y hacer lo que queramos. ¿Has usado ya tu magia contra los adultos?

—¿Y tú? —preguntó Raquel mientras se erizaba de rabia.

—¡Eso está mejor! ¡Enfádate! —Heiki sonrió afectadamente—. Pareces más interesante cuando gruñes. Vamos. Gruñe un poco. Grrr. Lo prefiero.

—¿Has herido a personas adultas? —preguntó Raquel. Heiki no respondió, pero sonrió ampliamente; y Raquel, de repente, fue consciente de que había una tercera presencia con ellas en el cementerio. Estaba de pie junto a Heiki, mirando a Raquel. Raquel no podía verla, pero sentía que estaba siendo observada, y la reconoció en seguida, le trajo al recuerdo su tiempo con Dragwena: era una bruja. Raquel dio un paso atrás e intentó controlar su temblor. ¿Heiki se había dado cuenta, o había sido seguida en secreto?

—¿Quién te ha dicho que los demás niños son patéticos? ¿Una bruja?

La voz de Heiki titubeó.

—¿Q-qué quieres decir?

—Creo que lo sabes muy bien —dijo Raquel—. Una criatura con cuatro hileras de dientes negros y una serpiente. —Raquel se estaba esforzando en no mirar el espacio vacío a la derecha de Heiki—. Son feas. Bastante fáciles de reconocer... —Estudió la expresión de alerta de Heiki y comprendió con horror que había reconocido la descripción.

Heiki y la bruja estaban trabajando juntas.

—¡Huye! ¡Huye! —gritaban los hechizos de Raquel.

—¿Cuántas brujas hay ahí? —preguntó Raquel incapaz de contener un ligero temblor en su voz. Ya no pudo resistirse más a mirar el espacio al lado de Heiki. Dando un salto hacia atrás, gritó.

—¡Muéstrate!

Heiki sonrió.

—¿Qué pasa, Raquel? ¿Asustada por unas cuantas lápidas sepulcrales?

—Creo que será mejor que me digas lo que sabes —dijo Raquel caminando adelante lo bastante como para asir del brazo a Heiki—. ¿De dónde eres? No de esta parte del mundo, en todo caso. Estás muy lejos de casa, ¿no es así? Muy lejos de la seguridad de un hogar. Mejor me lo cuentas todo.

—¿Y qué pasa si no quiero?

—Te obligaré a ello.

—Vamos —gritó Heiki con el rostro excitado—. ¡Solo inténtalo y verás!

Raquel le lanzó un hechizo paralizante. Sin dañar a Heiki, desactivó sus defensas e inmovilizó su cuerpo, dejando únicamente libres sus labios y laringe.

—¡Dime! —presionó Raquel, intentando desesperadamente ignorar la presencia de la bruja.

—¿Qué estás haciendo? —chilló la muchacha, utilizando sus hechizos para intentar librarse.

En ese momento, Raquel sintió las grandes habilidades de Heiki. Afortunadamente, por ahora ella solo podía controlar su magia de manera parcial.

—Dime cuántas brujas hay —dijo Raquel—. Y dónde están.

—¡No me sacarás nada!

Raquel mandó un hechizo de información en la oreja de la muchacha, abriéndose camino hacia sus recuerdos.

Heiki empezó a sacudirse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Raquel alarmada; el hechizo de información no podía haberle hecho daño.

—¡No! ¡Por favor! —chilló Heiki.

—Yo no... —empezó Raquel, pero se dio cuenta de que Heiki no hablaba con ella. Se estaba comunicando con la bruja.

—¡No, no! —suplicaba Heiki—. ¡Aún no! Déjame luchar contra ella. Yo puedo sola con ella. No necesito tu ayuda. Déjame.

De repente Raquel no tuvo nada que agarrar. Con un gemido final de desmayo la voz de Heiki se desvaneció, quedando solo las tumbas abandonadas. Durante unos minutos, Raquel estuvo de pie sola, sintiendo la nieve fundirse en su piel caliente.

Entonces una voz nueva le susurró en el oído.

—Hola —dijo—. Yo soy Calen.

Raquel no podía ver rostro alguno, pero el aliento de la nueva voz movía los copos de nieve sobre su cabeza.

—Yo soy lo que más te asusta, niña —dijo la voz—. ¿Estás preparada para lo que sucederá ahora?

Raquel no podía ni moverse ni respirar.

—Practica tu magia, niña —dijo la voz—. La próxima vez que te encuentres con Heiki, ella ya no necesitará mi ayuda.

La voz se marchitó en la brisa, pero Calen dejó un rastro: la nieve; no una nieve blanca, sino gris, cayendo sobre Raquel y las lápidas mortuorias.

Juegos sin límite



Raquel voló como una loca desde el cementerio a casa. Cuando llegó al jardín, Eric, Morpet y su madre corrieron hacia ella.

—¿Qué ocurre? —gritó la madre al ver la expresión demacrada de Raquel—. ¿Qué pasa? —Abrazó a Raquel con fuerza y sintió que se estremecía—. Oh, estás a salvo, por lo menos...

Raquel parpadeó intentando orientarse.

—¿Cuánto hace que me fui?

—Horas —dijo Eric—. ¿Qué has encontrado? ¿Más niños torturadores de perros?

—Peor que eso —murmuró ella.

Morpet le acarició el largo pelo negro. Unos cuantos copos de nieve grises que no se habían fundido durante el viaje, rezumaron entre sus dedos como aceite.

—Oh, no —suspiró—. Por favor, dime que me equivoco. —Raquel se apoyó en el hombro de su madre, y les explicó todo lo que había visto.

Cuando Raquel terminó, hacía ya rato que la madre los había arrastrado a todos dentro de la casa y había cerrado las ventanas. Se sentó en la sala, al lado de Raquel, en semioscuridad, y nadie habló durante un rato.

Finalmente Eric le preguntó a Raquel:

—Entonces, ¿crees que la bruja y esa tal Heiki pueden venir a por ti?

—Sí, creo que sí.

—¿Pronto?

—Probablemente.

—¿Esta noche?

—O antes. En realidad no tengo ni idea de cuándo.

Raquel miró fijamente a la pared, los colores de sus ojos se habían decantado hacia un gris apagado moteado de negro.

De inmediato, Morpet puso a los prapsis de centinelas. Viendo el humor decaído de Eric, los prapsis se tomaron la tarea en serio, revoloteando de un lado a otro y mirando furtivamente a través de las ventanas de la planta baja.

—Esos dos no pueden enfrentarse a una bruja —dijo la madre—, o a esa horrible Heiki.

—Pero lo intentarán —contestó Eric—. Y también nos advertirán rápidamente, ¿no es así,

muchachos?

Ambos prapsis asintieron con la cabeza mientras volaban para inspeccionar un súbito crujido en el techo. Lo observaron fijamente con expresión de profunda sospecha.

Morpet se rascó la barbilla.

—Cuando Paul y Heiki fueron abducidos —preguntó a Raquel—, ¿notaste la misma pauta de magia en ambos casos? ¿Era la de Calen?

—Sí. —Raquel miró a Morpet con esperanza—. Supongo que eso es buena señal. Quizá Calen sea la única bruja.

—Una puede ser más que suficiente —dijo Morpet—, y no podemos fiarnos de que sea una bruja solitaria. La pregunta real es por qué ha venido aquí una bruja. —Se dirigió hacia Raquel—. Calen tenía algún propósito, te dijo su nombre, intentaba asustarte deliberadamente. Me pregunto por qué lo haría, a menos que...

—A menos que *sepa* qué pasó con Dragwena en Itrea —dijo Raquel algo aturdida. A menos que Calen quiera venganza. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Y esa extraña niña nueva, Heiki... Apuesto a que está entrenándose para luchar contra mí. Por otra parte, ¿por qué Calen simplemente no me mató en el cementerio? Habría sido lo más fácil.

La madre *abrazó a* Raquel con fuerza, buscando en vano algunas palabras para tranquilizarla.

—Nosotros te protegeremos de todas las maneras posibles —dijo Morpet uniéndose a Raquel en el sofá—. Aunque para poder ayudar mejor, me gustaría saber algo más sobre lo que Calen intenta hacer. Tanto Paul como Heiki parecen estar bajo su influencia personal. ¿Por qué? ¿Se están entrenando para atacarte juntos? ¿O está Calen seleccionando a niños con poderes por otra razón?

—Apuesto a que esta nueva bruja es como Dragwena, o peor —dijo Eric, y con súbita vehemencia ladró—: ¿Dónde está Larpskendya? ¡Prometió estar aquí con nosotros! ¡Lo prometió!

—No sé —dijo Raquel irónicamente—. No he parado de llamarlo. No contesta.

—Larpskendya no nos abandonaría —dijo Morpet con firmeza—. Pero por ahora debemos encontrar una manera de sobrevivir sin la ayuda de los magos. Tiene que haber una manera de resistir. —Paseó por la habitación, seguido por las miradas atentas de los prapsis—. Si pudiéramos escuchar a Calen a escondidas cuando interactúa con los niños, podríamos entender todo esto mucho mejor. Paul intentaba resistirse, todos nosotros lo vimos. Calen no lo ha doblegado aún.

—Podría ser un chico duro —dijo Eric.

—Si Calen es como Dragwena, no le importará lo duro que sea Paul —replicó Morpet—. No será capaz de resistir por mucho tiempo. Necesitamos ayudarlo a él y a los niños como él rápidamente.

—Chicos así no son fáciles de encontrar —dijo Raquel—. Los realmente dotados están dispersos por todo el mundo.

Eric rió de manera áspera.

—Los encontraremos. Mañana es el final de las vacaciones de verano, recordad. ¡Cualquier niño entrenado por las brujas será incapaz de esperar!

—¿A qué? —preguntó Morpet.

—A meterse en sus aulas, claro —dijo Eric. ¡Apuesto a que ninguno de los niños adiestrados por Calen se resistirá a probar la magia con sus profesores!

Antes de acostarse Eric les dio instrucciones estrictas a los prapsis para que hicieran guardia en ventanas y puertas.

—No pueden ser capaces de estar en todos los sitios a la vez —argumentó Raquel.

—¿Seguro? —dijo Eric—. ¿Has olvidado lo rápidos que eran en Itrea? —Eric chascó los dedos e instantáneamente los prapsis se abalanzaron a través de las puertas abiertas de la casa. Se movieron a tal velocidad, tan rápidamente, que Raquel supo que ya debían de estar lejos en el mismo instante en que abandonaban la habitación.

Eric durmió inquieto en el sofá. Raquel, Morpet y la madre no durmieron. Durante toda la noche estuvieron juntos entre las sombras de la sala, planificando y vigilando: mirando a través de las oscuras ventanas, esperando un ataque. Pero no hubo ataque. Cuando llegó el alba, el sol surgió alegre como de costumbre, como si no pasara nada en el mundo.

La madre preparó un desayuno con tostadas y huevos, que comieron en total silencio. Estaba demasiado distraída para fijarse en que los prapsis estaban chupando el ketchup directamente del plato de Eric.

—He cambiado de idea —soltó de repente—. No importa lo que dije anoche. No vais a dejar la casa. Ninguno de vosotros. Debía de estar loca, pensando en dejaros marchar.

Raquel se sentó a su lado.

—Mamá, estabas de acuerdo. Esta vez tendré a Eric y a Morpet conmigo. Simplemente nos quedaremos en segundo plano para averiguar lo que podamos. Eso es todo.

—¡Pero no tenéis ni idea de lo que puede haber ahí fuera! Soy tu madre —dijo mientras le afloraban las lágrimas—. ¿Cómo voy a dejarte salir por esa puerta? ¿Cómo puedo hacer eso? No puedo.

Morpet le dijo con delicadeza:

—Todas las opciones son ahora difíciles, pero tenemos la certeza de que hay una bruja ahí fuera. Si esperamos entre estas cuatro paredes Raquel y Eric se convertirán en objetivos fáciles. —Vio a la madre intentando formular una objeción, y dijo en un tono muy convincente—: Calen mostró sus intenciones claramente en el cementerio. En Itrea el miedo evitaba que la mayoría de los niños emprendiera alguna acción contra la bruja. Pero déjame decirte algo: Dragwena no tenía más misericordia con ellos por eso. De hecho, despreciaba su debilidad y los mataba antes.

La madre enterró su cara en el regazo de Raquel y esta les hizo señas silenciosamente a los dos niños de que las dejaran solas durante un rato. Morpet y Eric subieron la escalera para hacer los preparativos finales antes de la partida.

—No podemos llevarnos a los prapsis —dijo Morpet—. Son muy ruidosos. Nunca podremos hacer que se callen.

—Sí, de acuerdo —refunfuñó Eric—. Lo sé. Si un gato bosteza ellos se desmadran como locos.

Se llevó a los prapsis a su dormitorio susurrándoles palabras de aliento. En cuanto comprendieron que habían sido encerrados dentro con llave, ambos niños-pájaro se pusieron a

arañar la puerta desconsoladamente.

De vuelta en la planta baja, Morpet y Eric se fueron a buscar a Raquel que permanecía aún entre los brazos de su madre.

—Vamos —dijo Raquel desembarazándose con dificultad—. Mamá acepta dejarnos partir con la condición de venir con nosotros.

—No —dijo Morpet—. Eso sería un error. —Miró a la madre y vio su expresión aturdida—. Raquel ya tiene bastante como para involucrarte. Si tiene que protegerte también, esa es una preocupación extra, otra distracción más. Si Calen es como Dragwena, probablemente intentará herirte a ti para capturarla a ella. —Hizo una pausa y se volvió hacia Raquel—: Y eso también va por tu padre. Ahora sabemos una parte del propósito de Calen, y él debe mantenerse tan lejos como sea posible.

—Demasiado tarde —dijo la madre—. Lo llamé ayer. En estos momentos está de camino de vuelta.

Morpet suspiró.

—Sé lo difícil que puede ser esto —le imploró—, pero no debe volver a casa. Dile que se vaya a un lugar desconocido para ti, para Raquel y para Eric: un sitio que nunca se haya mencionado en esta casa.

La madre miró a Morpet con furia.

—Si nosotros somos semejante riesgo para Raquel, ¿qué pasa contigo? Tú eres ahora un hombre normal y corriente. Sin magia, ¿no estás jugando con la vida de Raquel al acompañarla?

Morpet no dijo nada, y fue Raquel quien contestó.

—Mamá, necesito a Morpet conmigo. Lo necesito. —Raquel se encontró con la intensa mirada de su madre—. Morpet cuidó de sí mismo en Itrea, y de mí y de Eric. Si vienes conmigo estaré preocupada. Todo el tiempo.

La madre asintió lentamente, y los cuatro se encaminaron hacia el vestíbulo. Durante un rato, la madre permaneció frente a la puerta de la casa. Finalmente, su cuerpo entero pareció derrumbarse. Apoyándose en cada uno les dijo unas palabras casi inaudibles entre sus sollozos. Entonces abrió la puerta. Sus manos se demoraron un poco en las cabezas de los niños cuando la cruzaron.

—Enciérate, mamá —le dijo Raquel con voz suave.

La madre no cerró la puerta. Simplemente se quedó donde estaba, asida al marco como si estuviese montando guardia y sin apartar la mirada de sus niños, como si así pudiera mantenerlos a cubierto.

—Cuidaré de ellos —prometió Morpet.

Raquel miró a su alrededor con ansiedad. Fuera la furgoneta del reparto de la leche avanzaba lentamente por la calle seguida de un perro callejero. Aún era demasiado temprano para que los niños fuesen a la escuela.

Los tres avanzaron tímidamente a lo largo del camino hasta la verja, mientras examinaban el pálido cielo nublado.

—Parece seguro —dijo Morpet—. ¿Puedes detectar alguna magia?

—No —dijo ella—. Pero no quiero que estemos aquí fuera expuestos como si fuéramos tontos.

Estad preparados.

Morpet cerró los ojos con tanta fuerza que le dolió. Eric sonrió abiertamente.

Como habían acordado la noche anterior, Raquel los convirtió a los tres en gorriones comunes. Había aprendido a usar los hechizos de transformación en Itrea, pero era algo muy complejo y requería de toda su concentración. Los transportó a un punto alto por encima de la casa. Morpet parecía incómodo y casi se fue directo contra un árbol. Eric, por su parte, aceleró con facilidad, como si soliera volar cada día antes del desayuno.

—Vamos —dijo Raquel—. No puedo escondernos con esta forma durante mucho tiempo. Tenemos que ir deprisa.

Raquel los llevó por las calles cercanas. Volaban a ras del suelo, más rápido que cualquier pájaro, aunque no tanto como para que Raquel pudiera perderse ni un solo rastro de olor a magia. Sus aletas del olfato oscilaban delicadamente a cada lado del pico.

—Uf, son extrañas —dijo Eric mirando las temblorosas aletas. Se asomó por debajo del ala—. ¿Por qué escuela empezamos? ¿Por la nuestra?

—No, más lejos —dijo ella—. No hay nada por aquí alrededor.

Descendieron en picado cruzando la ciudad, rodeando unas cuantas escuelas infantiles y de secundaria. El día escolar estaba empezando, los niños se juntaban en grupos de juego, asistían a asambleas o a sus primeras lecciones. Raquel no detectó nada inusual, así que buscaron en otras ciudades.

Eric empezó a trinar, un trino raro que ningún otro gorrión había cantado nunca.

—Permaneced cerca de mí —dijo Raquel—. He encontrado algo.

Tras detectar un rastro mágico familiar a unos ciento treinta kilómetros de distancia, Raquel los transportó hasta allí. Eric cerró el pico cuando pasaron por encima de una gran escuela primaria. Sus edificios de ladrillo rojo parecían ordenados y silenciosos. Descendiendo aún más, Raquel voló a la altura de las ventanas del tercer piso.

Eric dio un golpecito en el ala de Raquel.

—¿Qué es eso?

Dentro de un aula todos los niños y niñas estaban sentados en actitud atenta.

—No veo nada extraño aquí —dijo Morpet.

—Compruébalo de nuevo —le dijo Raquel.

Al volar más cerca, Morpet se dio cuenta de que reconocía a uno de los alumnos.

—¡Paul!

Morpet entrecerró sus agudos ojos de pájaro. Paul y el resto de la clase miraban a la profesora. La maestra permanecía de pie, dándoles la espalda a los alumnos. Había dibujado en la pizarra un autorretrato de cuerpo entero. En una mano sostenía con tensión un bolígrafo; sus nudillos estaban blancos por la extrema fuerza con que lo agarraba. En la otra mano tenía un borrador, listo para ser usado. Tras ella, en la mesa, la maestra había puesto sus zapatos. Y al lado de sus zapatos, pulcramente plegado, había puesto también un pulóver, varias cintas del pelo, una pulsera, anillos y un pañuelo para el cuello.

Morpet miró fijamente el dibujo que la maestra había hecho de sí misma. Los pendientes y algunos objetos de los que estaban sobre la mesa habían sido borrados del dibujo, toscamente

suprimidos.

—¿Qué está pasando? —susurró Eric.

—Vamos a ver. —Raquel utilizó un hechizo de ocultación para pasar a través del cristal, y los llevó a la parte de atrás del aula.

—Respuesta equivocada de nuevo, señorita —oyeron que decía Paul—. ¿Y se hace llamar profesora de matemáticas? Seguro que puede hacerlo mejor que eso. —Les guiñó un ojo a sus amigos—. ¿Qué borraremos esta vez, eh?

Todos los alumnos miraban a la maestra con una mezcla de terror y fascinación. La mayoría estaban pasmados, sin saber qué hacer o qué pensar. Algunos de los más atrevidos flanqueaban a Paul.

—Basta —dijo una niña de la primera fila de la clase—. Ya es suficiente, Paul.

—Aún no. Aún no es suficiente —refunfuñó a la defensiva—. ¿Qué pasa contigo? Solo es un poco de diversión. No voy a hacerle daño. —Miró a la maestra—. Sus gafas esta vez, señorita.

Temblando ligeramente, la maestra borró las gafas de la pizarra. Entonces, con un gesto rápido se quitó las gafas que llevaba y las puso sobre el escritorio, al lado de los otros objetos.

—¿Simplemente vas a dejar que siga haciendo eso, Raquel? —gruñó Eric—. ¡No te quedes ahí sentada! ¡Haz algo tú o lo haré yo!

—Espera —dijo Morpet.

—¿A qué tengo que esperar? —preguntó Eric enojado.

—A lo que va a venir, que es peor. Raquel, ¿detectas a bruja?

—Ella asintió con gravedad.

—Es Calen, y ahora está fuera de mi alcance.

—Mantened la calma, los dos —advirtió Morpet.

—¿Que mantenga la calma? —protestó Eric—. ¿Qué le está haciendo Paul a esa maestra?

—Solo le está machacando un poco su dignidad —dijo Morpet—. Dudo que Calen se quede satisfecha. Seguid mirando.

Paul se arrellanó en su silla.

—Pruebe con esta, señorita. Cuarenta y siete veces trescientos cincuenta y cinco. No es tan difícil.

—No estoy... segura —dijo ella sin apartar la mirada de la pizarra—. Paul, por favor, no me hagas esto. Yo...

—Solo tiene que responder a la pregunta —le dijo Paul con una voz que temblaba ligeramente. El resto de los alumnos permaneció en silencio. Todos observaban nerviosos a su maestra.

—Son... son... ciento setenta mil seiscientos cuarenta y dos. —Y al decirlo, se estremeció al darse cuenta de que la respuesta era errónea.

Paul la miró incómodo y se volvió hacia sus compañeros en busca de apoyo, pero no encontró ninguno. En medio del silencio podía oírse a la maestra sollozar levemente.

—Bueno, vale, ya he captado el mensaje —dijo Paul encogiéndose de hombros y evitando las miradas acusadoras de sus compañeros de clase—. Ya paro.

El brazo de la maestra, que aún sujetaba el borrador, cayó a un lado del cuerpo.

Entonces, rápidamente, salió disparado hacia arriba. En un ataque de frenesí, acercó el

borrador a la pizarra y borró su cuerpo entero.

Paul, que parecía asustado por primera vez, miró vacilante por toda el aula.

—No, Calen —dijo—. Esto ya no es divertido.

Una voz gélida retumbó, recorriendo la habitación en todas direcciones.

—¿De verdad? Pues yo creo que sí. Continúa con el juego.

Paul meneó la cabeza.

—No. Ya he tenido suficiente, Calen. De verdad, yo...

—¿Suficiente? —se rió la voz. Las gafas, los zapatos y el resto de los objetos que estaban en la mesa salieron disparados contra las paredes—. ¿Tú crees que ya es suficiente?

De repente, una gruesa serpiente amarilla se enroscó alrededor de la cintura de la maestra. Ella intentó librarse, pero su cuerpo ya no estaba bajo su control.

—¿A qué esperas? —Eric estaba que echaba humo, y Raquel miró a Morpet con un gesto de incertidumbre.

—No pierdas los nervios —dijo Morpet—. Eso solo significará tener que luchar. La bruja quiere que Paul vaya más allá. Debemos estar listos para intervenir solo si tenemos que hacerlo.

Paul miró la serpiente con incredulidad.

—Oye, ¿qué pasa, Calen? Esto no forma parte del juego que acordamos.

—Tú has dejado de jugar —dijo la voz—. Por lo tanto, he cambiado las reglas.

La serpiente estaba enroscada en el torso de la maestra. Se deslizó por su cuello y por su pecho y rodillas. Al llegar al suelo levantó el cuerpo y extendió la cabeza como si fuese una cobra y miró a Paul fijamente.

—Acaba el juego —siseó la serpiente.

—No —objetó Paul—. Dijiste que podía hacer lo que quisiese. Esto es solo un castigo. Quiero parar.

—Pero yo no quiero que pares —dijo la serpiente—. Y esto no es un castigo, Paul. El castigo real es el miedo en su grado más alto. Házselo sentir a la maestra. —La serpiente avanzó rápidamente hasta que su cabeza quedó a unos cuantos centímetros de la nariz de Paul—. ¿Me has oído? ¿O estoy perdiendo mi tiempo contigo? ¡Quizá pueda castigarte a ti también!

—No, por favor —imploró Paul—. Por favor, no. Haré lo que tú quieras.

—¿Lo harás? —La serpiente le susurró una orden.

—No haré eso —lloriqueó—. No, no puedo. No me obligues a eso.

—Pero tú quieres hacerlo —dijo la serpiente en un tono seductor—. Me dijiste que no te gustaba esta maestra. ¡Pues ahora *muéstrame* cuánto te disgusta!

Paul se apartó de la serpiente. Pero esta lo siguió hasta el final del aula, cerca de donde estaban ocultos Raquel, Eric y Morpet.

—No malgastes mi tiempo —le urgió la serpiente—. ¡Simplemente haz lo que te digo! —La voz se volvió impaciente—. ¿Por qué no disfrutas de esto? ¿Qué te lo impide? Tienes a un adulto indefenso a tu merced. No vaciles, Paul. Estás cerca del final. Un pasito más. Es tan fácil.

—N-no... puedo —dijo Paul con expresión agonizante. Apenas podía levantar la cabeza—. Es que... Yo no... —Empezó a llorar sin importarle lo que pensarán sus compañeros de clase.

—¡Basta! —exclamó con furia la serpiente.

Paul no podía esconder las lágrimas. Le manaban de los ojos a chorro.

—¡Eres un desgraciado inútil!

Un escalofrío atravesó los anillos de la serpiente. Al instante siguiente Calen estaba de pie, en toda su altura, inspeccionando el aula con desdén. Nylo se deslizaba en una apretada espiral amarilla alrededor de su cuello. Los niños se quedaron de piedra, incapaces de moverse. Calen los ignoró, caminó como loco por toda el aula, dando puntapiés a las sillas y los pupitres vacíos. Se acercó a la maestra, liberándola de los hechizos que la mantenían frente a la pizarra. Temblando de manera descontrolada, la maestra se volvió y, al ver a Calen, las piernas se le doblaron. Divertida, Calen esperó hasta que la maestra se hubo sentado en su silla con mucho esfuerzo.

—Te desprecio —dijo Calen—. Todo lo que les has enseñado a estos niños es el respeto por la debilidad.

Vacilante, la maestra se incorporó. Durante unos segundos simplemente observó aterrorizada a la criatura que tenía frente a ella. Entonces, con tanta dignidad como era capaz de mostrar, puso las puntas de sus dedos en el escritorio para controlar su temblor y miró fijamente a los ojos tatuados de Calen.

—Lárgate. Nadie te quiere aquí.

Calen valoró a su rival. Caminó hasta la *pizarra*, sacó sus garras e hizo trizas la superficie.

—¿Sabes lo que puedo hacerte?

—Ya he visto lo suficiente para hacerme una idea —dijo la maestra. Su blusa estaba rasgada, sus ojos todavía estaban enrojecidos por las lágrimas, pero su voz se mantenía firme—. Paul no quiere seguirte. Ni tampoco el resto de los niños; por lo menos no de buena gana. Seas lo que seas, vuelve allí de donde has venido.

Presa de un ataque de ira y frustración, Calen atravesó el muro con su garra.

—¡Nada me gustaría más! —Miró con fiereza a Paul—. Sin embargo, antes que nada, este niño deberá aprender a hacer lo que le dicen y cuando se lo dicen, sin discutir. —Se volvió hacia la maestra—. Es hora de que enseñes a tus queridos alumnos un nuevo tipo de lección.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada complicado —dijo Calen—. Los niños solo entienden las amenazas simples. Levántate.

La maestra no tenía ninguna magia con la que luchar. Se levantó en seguida.

—Camina hacia la ventana —ordenó la bruja. Sin vacilar un solo instante, la maestra empujó su silla hacia atrás y anduvo hacia la ventana.

—¡Déjanos en paz, Calen! —advirtió Paul.

—Ah, un desafío —gritó ella—. ¡Al fin! Deténme, si puedes. —Y entonces, dirigiéndose a la maestra, dijo—: Abre la ventana y súbete al alféizar.

La maestra obedeció. Quitó el pestillo, abrió la ventana de par en par, se subió al alféizar y observó atentamente el patio de recreo, a veinte metros por debajo de ella.

—¿A qué esperas? —le dijo Calen a la maestra. Agitó una garra con impaciencia—. No te quiero en esta clase ni un segundo más.

—¡No, señorita! —intervino Paul—. ¡Bájese de la ventana!

—Cerrando los ojos, utilizó un hechizo para cerrarla de golpe.

—¡Bien! —dijo Calen—. ¡Hazme frente! Así es como te lo he enseñado. ¿Vas a seguir cada paso del método? Muy bien.

Iguala mis hechizos.

La maestra, con un grito estrangulado, abrió la ventana de nuevo y dio un paso en la estrecha cornisa.

—¡Raquel! —explotó Eric—. ¿Qué estás haciendo? ¡Debemos ayudarla!

—¡Preparaos! —dijo Morpet.

La maestra flexionó las rodillas y se apoyó sobre los dedos de los pies, lista para lanzarse.

—Salta —dijo la bruja.

—¡No! —gritó Paul agarrándola por las piernas. Él la alcanzó a tiempo, pero la maestra, con lágrimas en los ojos, le dio un puntapié. Y saltó.

Cuando la maestra cayó, los niños cerraron los ojos esperando oír el sonido del impacto. Como este no se produjo, algunos de los que estaban más alejados de Calen alargaron los cuellos para mirar por la ventana.

Y su maestra les devolvió la mirada. Estaba ilesa. Estaba de pie en el patio, mirándose temblorosa brazos y piernas, incapaz de creer que no estuviesen pulverizados. Paul parpadeó aturdido.

—Yo he intentado... ¿He hecho yo eso?

—No —dijo Calen con desdén—. Eso sería esperar demasiado. —De pronto, Calen hizo pedazos el hechizo que ocultaba a Raquel, Eric y Morpet.

Eric no se lo pensó. Simplemente, echó a correr entre los pupitres mientras los niños se quedaban boquiabiertos y saltó sobre Calen, golpeándole en la cara una y otra vez. Calen no se molestó en librarse de él. Por el contrario, le permitió a Eric golpear su nariz ganchuda y sus ojos protuberantes, interesada en cómo se sentían los puñetazos. Finalmente, como si fuera un insecto ligeramente irritante, se quitó a Eric de encima; pero de modo suave. Paul enmudeció.

—¿Quién ha salvado a la maestra? ¿Él?

—En parte. La niña hizo el resto. —La mirada de Calen se posó en Raquel lentamente—. Tú ayudaste a destruir a mi hermana —dijo ella—. Es difícil refrenarme para no matarte.

El cuerpo de Calen se agitó; aunque no de miedo. Todos en la clase pudieron ver que se agitaba por el esfuerzo que hacía para no luchar: para detener el profundo instinto que le estaba dictando aplastar a Raquel de inmediato. Su cuerpo se preparó instintivamente para el combate. La sangre rezumaba bajo su piel, mientras su cara roja iba palideciendo cada vez más. Sus garras se alargaron. Los ligamentos de sus brazos y de sus piernas se hincharon y endurecieron. Sus ojos, la única parte vulnerable de la cabeza de Calen, se entrecerraron retirándose dentro de sus párpados óseos. Y sus cuatro bocas se abrieron en toda su extensión; sus dientes negros le dolían de las ansias irrefrenables de probar las carnes de Raquel. Pero se detuvo.

—¿Cuántas sois? —preguntó Morpet—. ¿Cuántas brujas?

—Una ya es demasiado para ti —rió Calen mientras se volvía hacia Raquel—: Esta vez no hay ningún mago para rescatarte, niña, Ah, y mientras tú jugabas por aquí, tu amigo el bebé ha

encontrado una nueva casa. —Sacó sus anchos hombros por el marco de la ventana y desapareció, llevándose a Paul con ella.

—Yemi —susurró Raquel.

Dejando a Eric y a Morpet en el aula, Raquel se transportó en dos grandes saltos a casa de Yemi. Llegó jadeante, y miró a través de una de las ventanas abiertas de la choza. Una mitad de la habitación estaba totalmente en sombras. Unos sollozos venían de la oscuridad, de una figura tendida en el suelo. En la parte soleada de la casa se sentaba Fola, su brazo se movía en las sombras acariciando a la figura yaciente.

—Él irse —le dijo Fola a Raquel—. Llevado. Por esto.

Fola mostró sus dientes, y entonces buscó una manera de hacerse entender.

Finalmente puso ambas muñecas contra sus mejillas, tensando y retorciendo los dedos.

Raquel mandó sus hechizos de información inmediatamente en busca del rastro del olor de Yemi, de Calen o de cualquier cosa relacionada con una bruja. No encontró nada. Transportándose de un lado a otro de manera desesperada, había recorrido ya medio mundo antes de comprender algo aún más siniestro: el de Yemi no era el único olor perdido. No había ningún rastro de magia por ninguna parte.

Todos los niños que poseían los más intensos poderes mágicos habían sido abducidos.

El niño más dotado



En los caminos y en las carreteras, en las puertas de las casas, en las camas, en cada lugar del mundo donde había niños, las brujas habían pasado secuestrándolos. Cada continente rindió su número. Las brujas se llevaron a algunos niños directamente sobre sus brazos musculosos; otros, aquellos que podían aprender rápidamente el vuelo rudimentario, volaron junto a las brujas, preguntándose adonde eran conducidos. Los niños más pequeños, cuando miraban a la bruja durante el viaje, solo veían a otro jovencuelo más, pero más salvaje y desmadrado que ninguno y más persuasivo. Raramente se trató con tanta delicadeza a los niños mayores. Las brujas no se molestaron en esconder su verdadera apariencia, y los niños viajaban aterrorizados hacia el norte del planeta.

Al llegar a la base de las brujas, fueron recibidos por las torres-ojo. Había cinco, colocadas en un amplio círculo, alzándose amenazadoras entre las altas nubes. A cada niño se le designó una bruja entrenadora, y fue depositado dentro de su torre. Se les despojó de sus ropas, y se les vistió a todos, niños y niñas, con un uniforme de color esmeralda. Entre los más pequeños era difícil distinguir los niños de las niñas. Empezaron a entrenarse inmediatamente con los hechizos más simples: el de vuelo, el de captura, el de ocultación, el de agresión básica y el de tácticas de defensa. La mayoría de los niños eran víctimas del miedo, pero Calen había estudiado algo de las interacciones entre adultos y niños, y para los más jóvenes en poco tiempo todo el asunto se convirtió en un juego, e incluso se les pudo estimular y darles unas pocas órdenes suaves.

Las brujas estaban aprendiendo.

Finalmente, la propia Heebra pasó revista a los setenta y ocho niños seleccionados y preparados por sus brujas.

Formaban filas, completamente inmóviles. Estaban atentos, sufriendo una prueba de resistencia en la nieve polar. En el círculo polar ártico, en pleno verano, el sol nunca se ponía del todo. Brillaba día y noche, y los niños habían seguido su recorrido por el cielo durante mucho tiempo. Vientos lo suficientemente fríos como para helar la sangre humana los golpeaban, pero ellos tenían cuidado de no estremecerse o de mostrar el más mínimo rastro de incomodidad.

—¿Estos son los mejores? —preguntó Heebra.

—Sí —respondió Calen—. Los más dotados de cada país. Los mejores.

Heebra voló entre las filas perfectamente colocadas buscando algún rastro de debilidad.

—¿Cuánto tiempo llevan de pie?

—Alrededor de diecisiete horas.

—¿Sin descansar ni alimentarse?

—En la mayoría de los casos sin ni siquiera moverse —le aseguró Calen.

—¿Qué pasa con este? —Heebra señaló a un chico de piel oscura.

—Ah, este es Yemi. O por lo menos eso pensamos. «Yemi» es la única palabra que usa. Es el más joven de todos.

Yemi se sentó alegremente, haciendo un montoncito de nieve alrededor de sus pies. Cuando Heebra lo observó, unas cuantas mariposas grandes y amarillas colocadas en los dedos de sus pies la observaron a su vez. Sus alas eran del tamaño de su cara.

—Se trajo los insectos consigo desde África —explicó Calen—. Crecen, cambian. A medida que Yemi aprende a usar su magia ellas evolucionan. Ayer eran menos de la mitad de grandes que ahora.

Yemi le ofreció los brazos a Heebra para que lo cogiera.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella.

—Es su manera particular de llamar la atención —dijo Calen.

Se inclinó y alzó a Yemi cautelosamente con una garra, sosteniéndolo a cierta distancia de las mandíbulas. Los cuatro juegos de dientes se esforzaban por darle alcance.

Heebra sonrió abiertamente.

—Eres una pobre madre humana.

—Su suavidad es apetitosa —admitió Calen mientras retraía sus dientes.

Heebra olfateó el aire mientras estudiaba a Yemi de cerca.

—Posee un gran don. Puede ser peligroso.

—Todavía es demasiado joven para ser una amenaza —dijo Calen. Duchó a Yemi con decenas de arañas que salieron de sus mandíbulas, dejándolas caer entre sus piernas. Él las recogió con admiración y se las mostró a sus Bellezas de Camberwell.

—Nuestra apariencia real no le horroriza —dijo Calen—. De hecho, al contrario que a los niños mayores, nada parece asustarle.

Heebra examinó el rostro confiado de Yemi.

—Es la intensidad de nuestra magia lo que le fascina. Se siente atraído por ella. Debemos mantenerlo cerca de nosotras y adiestrarlo separadamente del resto de los niños. No hay que permitir que influyan en el muchacho. ¿Echa de menos a su madre?

—Por supuesto.

—Manténlo cerca de ti —dijo Heebra—. Aprende a convertirte en una sustituta convincente.

—¿Realmente crees que él es especial?

—No tengo la menor duda —dijo Heebra con énfasis. Yemi le hizo cosquillas a Calen en el tobillo.

—Más tarde —le murmuró.

Heebra lo miró divertida.

—¿Qué está esperando?

—Quiere jugar. Así es como aprenden.

—Enséñamelo.

Calen le permitió a Yemi cogerle de una garra inferior. Asiéndola firmemente con ambas manos, apretó sus ojos con decisión esperando que Calen alzase el vuelo. Tras un lento ascenso hasta unos cientos de metros, ella le dio un puntapié y se deshizo del niño. Yemi descendió con torpeza, su vuelo fue más parecido al de un avión de papel a merced de los vientos que a un vuelo de verdad, pero aterrizó con suavidad. En cuanto tocó el suelo levantó los brazos pidiendo otro paseo.

—Ayer no podía volar en absoluto —dijo Calen—. Un notable progreso.

Heebra asintió, y después volvió su atención al resto de los niños.

—Entonces, ¿han superado todos la primera fase del adiestramiento?

—Algunos dominan el vuelo a la perfección —dijo Calen—. Y como puedes ver, el frío ya no será un problema.

—Sí, están suficientemente disciplinados —apuntó Heebra—. ¿Cómo podemos obtener su lealtad absoluta?

—Nos temen, de todos modos —respondió Calen—. Por ahora podemos utilizar eso para controlarlos. Algunos son sorprendentemente poco proclives a dañar a los adultos, incluso cuando son empujados a ello. —Calen miró a Paul. Él estaba en la fila con los demás, con los hombros caídos; el cabello de punta era lo único que lo distinguía de otros chicos altos—. Algunos pueden ser conquistados —dijo Calen—. Unos cuantos han tenido experiencias particulares que podemos explotar. —Sonrió, señalando a Heiki, que las miraba con altivez—. Esa niña, por ejemplo. No he escatimado cuidados con ella. El resto necesita más trabajo, pero Heiki es más digna de confianza en todos los sentidos. Podría superar con éxito la mayoría de los desafíos de las alumnas intermedias de Ool.

—¿Tan segura estás? —dijo Heebra—. Entonces la pondré a prueba. Y si ella falla te castigaré a ti.

Desde su lugar en las filas de niños, Heiki intentaba seguir la conversación entre Calen y Heebra. Parecían discutir acerca de ella. Bien. Al contrario que el resto de los niños, ella deseaba hacerse notar. Al principio había encontrado repulsiva la apariencia de todas las brujas; pero cuanto más tiempo pasaba con Calen más cautivada se sentía. Calen exudaba un poder natural, imponiendo su autoridad con desparpajo y de improviso. Y al mismo tiempo, Heiki lo había visto, incluso sus gestos eran elásticos, finos y suaves, casi elegantes. Y nadie parecía fijarse en lo tierna que se mostraba Calen cuando le hablaba a su serpiente-alma, Nylo. La serpiente la idolatraba, vagando libremente sobre su torso y reflejando todos sus estados de ánimo.

Desde los primeros días, Calen había dedicado a Heiki una atención especial. A veces se pasaban horas juntas, hablando como hermanas, casi como iguales, discutiendo acerca de los méritos de los demás chicos y chicas. Heiki se había aprendido ya los nombres de los niños que más destacaban: Siobhan, Paul, Veena, Xiao-hong, Marshall y, por supuesto, Yemi, una verdadera rareza. Del resto ni se ocupaba, y aún no había decidido si había o no alguno en quien pudiera confiar.

Calen se alejó de Heebra y se deslizó hacia ella.

—Justifica la fe que he puesto en ti —dijo en tono seco—. Demuestra todo lo que vales, y tu recompensa será la prometida.

—No fallaré —dijo Heiki—. ¿Se me va a someter a alguna prueba? ¿Qué tendré que...?

—Ya lo verás. Estáte preparada.

Sin previo aviso, el cuerpo de Heiki fue empujado de repente hacia arriba.

De pronto estaba sola, en medio de una gran extensión de nieve virgen cerca de las torres atalaya. Al final de aquel terreno fueron reuniéndose paulatinamente todas las brujas, con sus vestidos negros ondeando al viento. La mayoría de ellas acariciaba cada una un oso polar, la única mascota lo suficientemente fuerte como para soportar la caricia de una zarpa de bruja. Los demás niños habían sido congregados a los pies de las brujas responsables de su adiestramiento.

—Esos osos van a venir a por ti —le dijo Heebra—. La prueba consiste en superarlos. Si cometes un error, no tendrás una segunda oportunidad. ¿Lo has entendido?

Heiki asintió con vehemencia, temerosa de hacer pregunta alguna que pudiera ser interpretada por Heebra como una señal de debilidad. «Una sola oportunidad», pensó. «No debo echarla a perder». Se estremeció, y entonces se dio cuenta de una cosa: se suponía que debía sentir miedo. Eso también formaba parte de la prueba.

—La mayoría de los hechizos que te ha enseñado Calen no van a serte aquí de ninguna utilidad —le dijo Heebra—. No puedes volar ni transportarte más allá de los osos. Tendrás que encontrar otra forma de atravesar el campo de nieve.

Tan pronto como Heebra hubo terminado de hablar, los osos levantaron sus fofos cuartos traseros y tomaron posiciones a distancias de una exactitud matemática por todo el terreno. No habían dejado el menor hueco. No había resquicio alguno por el que Heiki pudiera pasar corriendo hasta donde se encontraban las brujas. Además, sabía muy bien que nunca ganaría una carrera contra un oso polar adulto.

«Puedo hacerlo», se decía Heiki. «Soy mejor que los demás niños».

La primera línea de osos partió con decisión corriendo a grandes saltos hacia ella. Puesto que acababan de privarla del recurso a volar y transportarse, Heiki probó con el primer oso un hechizo hiriente. Solo consiguió que el oso se acercara más deprisa. Se envolvió en un manto de viento. Los osos avanzaban con afán, el hechizo no había servido para ocultarse a su vista. Heiki rebuscó a toda velocidad entre sus otros nuevos hechizos. Creó una multitud de réplicas a imagen de su cuerpo, situándolas en cien lugares diferentes del terreno. Las imágenes se desvanecieron sin más. Los osos más próximos estaban ya casi sobre ella, lo bastante cerca como para que Heiki pudiera oler el hedor a pescado a medio digerir que exhalaban sus alientos pastosos.

Comenzó a sentir pánico. ¡Tenía que haber algo que le estuviera permitido hacer!

Lanzando una mirada desesperada hacia Calen en busca de consejo, comprobó que los ojos de la bruja permanecían inexpresivos.

Entonces Heiki descubrió la presencia de Yemi. Sin ser visto ni siquiera por las brujas, se había transportado al otro lado del campo de nieve.

Heebra y Calen se consultaron la una a la otra. Aquello no lo tenían contemplado, pero no hicieron intento alguno por apartarlo de allí.

Yemi vagaba sin objeto aparente en el aire, como un globo suelto y extraviado, hasta que fue a aterrizar entre los osos. El animal que estaba más cerca se abalanzó sobre él. Enseñando los dientes, bajó su enorme cabeza y... se detuvo. Como si no supiera muy bien qué hacer, hundiendo

con fuerza sus zarpas en la nieve para no aplastar al niño, lo olisqueó. Yemi levantó su manita y el oso se restregó contra él con ternura.

«Desprende el olor de una de las brujas», advirtió Heiki... el de Calen. ¿Era una coincidencia? ¿O sabía el niño que esa era precisamente la manera de mantenerse a salvo? Yemi se elevó en el aire y se quedó flotando pacíficamente entre los osos, mientras iniciaba un movimiento de acercamiento hacia Calen. Bajándose todas las mariposas a las piernas, aterrizó con torpeza sobre el recio cuello de la bruja, cuyo rostro huesudo y enrojecido suavizó a base de besos.

Heebra desvió de nuevo su atención hacia Heiki.

—No puedes copiar el truco de Yemi —le dijo—. Tendrás que buscar otra forma de llegar hasta nosotras.

Los osos se habían vuelto con presteza en dirección a Heiki... pero esta vez ella estaba preparada.

Una bruja que estaba junto a Heebra dio un respingo cuando su serpiente naranja se desenrolló de pronto. El animal salió volando de su cuello en dirección a Heiki. La bruja ultrajada se recobró de inmediato, pero Heebra no la dejó que hiciera nada para recuperar a su serpiente.

—Espera —le ordenó Heebra—. Veamos si la niña es capaz de controlarla.

La serpiente se posó en las manos sudorosas de Heiki. Confusa y enojada, se retorció en su puño cerrado, a disgusto con aquel tacto y aquel olor que no le resultaban familiares. Heiki intentó enrollarse la serpiente alrededor del cuello para calmarla, imitando el estilo típico de las brujas, pero ello solo consiguió enfurecerla aún más. De forma experta y concienzuda, sus anillos empezaban a asfixiarla.

Heiki gritó mientras intentaba arrancarse la serpiente del cuello, pero el apretón de esta era demasiado pertinaz. ¡Si al menos hubiera podido utilizar sus hechizos!

Los anillos dieron otra vuelta más, con precisión.

Heiki se agitaba ya sin control, a punto de perder el conocimiento. ¿Qué debía hacer?

¿Qué era lo que ningún niño pensaría ni haría?

De pronto, relajó los músculos. Ignoró el escozor en la garganta y obligó a su rígido cuello a que se distendiera. Inundó la mente con sentimientos agradables acerca del tacto de la serpiente. Desconcertada, la serpiente aflojó ligeramente su apretón. Heiki siguió pensando en sentimientos cálidos, y acarició con suavidad la parte inferior de la cabeza de la serpiente. Rebuscó en su cerebro reptiliano y comprendió su nombre: Dacon. Pronunció el nombre una y otra vez. Dacon. Dacon. Al fin logró ganarse el divertido respeto de la serpiente, cuyos ojos de color melocotón se encontraron con los suyos.

—Camina de frente sobre la nieve —dijo Dacon—. Ahora los osos sospechan que eres una bruja. No te atacarán... y si lo intentan, yo te defenderé.

Heiki caminó con cautela por el campo de nieve. Los osos gruñones se echaron atrás, agachando la cabeza. Sin dejar de susurrar con dulzura a la serpiente durante todo el trayecto, Heiki se dirigió directamente hacia Heebra y se plantó desafiante ante ella. Calen, muy cerca, rezumaba orgullo.

La bruja a la que le había robado a Dacon agarró su serpiente y Heiki sintió una punzada... como si le hubieran arrebatado algo muy preciado.

—¿Quieres sostener a la serpiente otra vez? —le preguntó Heebra con voz suave.

Si de algo se moría de ganas Heiki, era exactamente de eso. Le resultaba increíblemente difícil no alargar la mano para coger a Dacon.

—Ha sido en verdad impresionante —reconoció Heebra—. Calen no te había sobrestimado. Ha llegado la hora de que recibas tu recompensa.

Heiki miró la gruesa serpiente dorada de Heebra. Emitía un aura mágica tan extrema que quería huir... pero estaba dispuesta a recibir su premio.

—Quiero...

—Ya sé lo que quieres, niña.

Heebra se llevó la mano al interior de su vestido y extrajo una delgada serpiente de color gris. Era diminuta, con unos ojos amarillos muy pálidos. La colocó como si fuera un adorno alrededor de los hombros de Heiki.

—Está recién nacida —explicó Heebra—. A ver si le gustas. —La serpiente se contrajo contra su piel, hasta encontrar un emplazamiento cómodo.

Heiki se sentía demasiado abrumada para hablar. Permanecía callada, deseando con ansia que la serpiente se sintiera a gusto contra su garganta, que se hinchaba y desinflaba por efecto de su respiración agitada.

—Ahora te pertenece —le dijo Heebra—. Trátala bien.

—¿Significa entonces...? —dijo Heiki con un exceso de efusividad—. ¿Significa que me he convertido en una bruja... como me prometió Calen?

Heebra se rió.

—No, todavía no, niña. Esto es solo el principio. Toca tu serpiente, no muerde... al menos no a ti. ¿Qué te parece su tacto?

La serpiente se sentía a gusto al contacto con Heiki, quien le pasó los dedos por delante de los ojos, sin que el animal reaccionara.

—Oh, ¿es ciega?

—Sí. Todas las serpientes compañeras de las brujas lo son, al comienzo de su vida —repuso Heebra—. Utiliza tu magia. A medida que ganes talento, también lo ganará tu serpiente.

—¿Puedo ponerle nombre?

—Por supuesto. Pero no es así como se hace según la tradición. Según tu magia vaya desarrollándose, tu serpiente aprenderá a hablar y entonces será ella misma la que te diga su nombre. Y también te pondrá a ti un nombre de bruja de verdad. Son nuestras serpientes las que nos han puesto el nombre a todas. Ningún niño humano ha recibido jamás tal honor.

Heiki emitió un jadeo.

—Oh, quiero crecer deprisa —dijo—. ¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que derramar sangre, y no debe importarte cuánta.

—Estoy preparada. —A Heiki le brillaban los ojos.

—No, niña. Lo dudo. Es posible en todo caso que estés preparada para una tarea menor, tal vez.

—Haré lo que quieras.

—Bien. Quiero que mates a alguien de tu misma especie.

—¿Alguien de mi misma especie?

—A un niño.

Heiki replicó sin dudarle:

—Sí, lo haré.

—¿No quieres saber por qué?

—Si quieres que muera, yo le mataré —dijo Heiki—. ¿Cómo se llama el niño?

—Son tres niños. El principal es...

—¡Raquel!

Heebra asintió con la cabeza.

—¡Sabía que sería ella! —exclamó Heiki, dando palmadas y bailando sobre la nieve—. Oh, ¡qué día tan perfecto, qué día tan perfecto!

Heebra le explicó lo que había sucedido en Itrea. Le habló también acerca de la interminable guerra contra los magos. Heiki la escuchaba con avidez. Cuanto más se prolongaba la historia, más cercana se sentía a las brujas. ¡Eran formidables! Se embebió fascinada de la detallada descripción que Heebra le hizo de Ool. ¡Cuánto deseaba Heiki volar dentro de un torbellino de tormenta, luchar por su propia torre atalaya! Heebra la previno acerca de la habilidad de Eric para deshacer la magia, pero Heiki la interrumpió cuando le describía los poderes de Raquel.

—Por favor, no me lo digas. Los descubriré por mí misma. No quiero ventajas.

—Bien —dijo Heebra—. Esa es la respuesta que daría una auténtica bruja. Explícame cómo piensas derrotar a Raquel.

Heiki reflexionó acerca de lo que había aprendido.

—Encontrarla será fácil. Conozco las pautas por las que se guía Raquel. No la atacaré directamente. Primero me ocuparé de conocerla a fondo, cambiando mi aspecto y mi olor para que no me reconozca de cuando el cementerio. Haré que se sienta confiada, para que quizá así me revele sus hechizos.

—Raquel tiene pocas debilidades —dijo Heebra.

—Las descubriré. ¿Es capaz de curar heridas? ¿Heridas graves de otras personas?

—Sí. ¿En qué estás pensando?

—Oh, nada, solo es una idea. —Heiki se dio cuenta de que la tediosa prueba de resistencia había concluido al fin, en tanto los demás niños se habían separado formando sus habituales grupos de adiestramiento—. ¿Puedo llevarme algunos niños conmigo? —preguntó—. Los necesitaré para enfrentarme con Eric. Aún no estoy segura de cómo manejarme con él... Ya lo pensaré durante el viaje. Tardaremos varias horas en llegar hasta allí, puesto que según parece soy la única capaz de transportarse.

—Llévate a quien más te guste —dijo Heebra—. Estoy convirtiéndote en la líder de los niños.

Heiki sonrió con orgullo y salió volando para seleccionar a su equipo.

Heebra llamó a Calen.

—Has sabido elegir con Heiki. Una niña independiente y con grandes pasiones. Parece como si hubiera estado esperándonos toda la vida, para que le diéramos un sentido. ¿De verdad se ha creído tu promesa de hacer de ella una bruja?

—Desde luego —dijo Calen sonriendo—. Desea creer en ello con todas sus fuerzas.

—Ya me gustaría que los demás niños fueran tan dóciles.

—¿Confías en que Heiki venza a Raquel?

—No confío en nada —repuso Heebra con desdén—. Raquel es demasiado buena como para que se la subestime. Dejemos que Heiki decida sus propias tácticas, pero yo quiero darles mi aprobación. Y cuando Heiki se marche, tú la seguirás sin que te vea. Manténte al margen y llévate a Yemi contigo, pero no dejes que se aleje de ti. Y ten cuidado con él...

—¿Que tenga cuidado? ¿De un bebé?

—No es un niño humano típico.

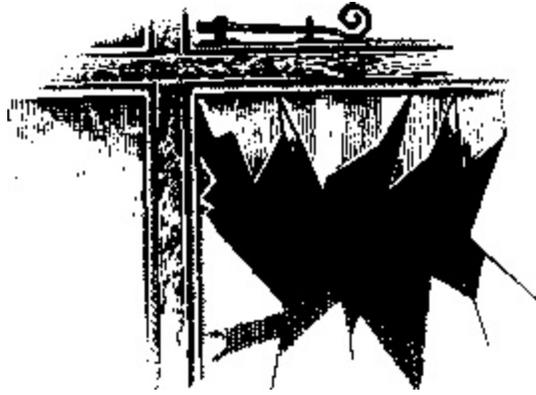
Ambas se volvieron y vieron a Heiki mientras elegía su equipo.

Heiki escogía con cuidado, seleccionando una mezcla de los niños con más talento, junto con aquellos que ella juzgaba que cumplirían sus órdenes sin discutir. Una vez hecha la selección, empezó a transmitirles su plan, con gestos que daban confianza, y sirviéndose de traductores para aquellos niños que no hablaban inglés.

—Ya veo que no hay necesidad de seguir acuciándoles —rió Calen—. ¡La pequeña Heiki será tan buena *capataz* como cualquier bruja!

11

La emboscada



De un pequeño salto, un pequeño pez dorado levantó ondas concéntricas en la oscura superficie del estanque.

—¿Has oído eso? —exclamó con un chirrido uno de los prapsis, estremeciéndose de emoción.

—¡Calla! —gritó el otro—. Vas a despertar a Eric, chico.

—Pero ¿lo has oído o no?

—¡Lo he oído!

Salieron disparados como una exhalación desde el cuarto de baño hacia el dormitorio, vigilando el jardín en la noche. Se posaron mejilla contra mejilla, escudriñando el estanque.

—¡Allí! —gritó uno con gran excitación—. ¡Un demonio subacuático!

—Es un demonio enano. ¿Se lo decimos a Eric?

—¡No seas estúpido, engendro mutante!

—¡Tú sí que eres estúpido! ¡Calla! Un momento.

—¿Qué pasa?

—Sombras.

Ambos sintieron la magia acercándose a la casa.

—¿Qué es eso? Tengo miedo.

—No puedo verlo. No puedo verles. Deben de estar por la parte de atrás. Vamos.

—Yo detrás de ti —dijo su compañero, dedicándole una gentil reverencia.

—No, después de ti —dijo el otro, y los dos alzaron juntos el vuelo.

Desde la sala de estar se asomaron con nerviosismo a la calle principal.

—¿Te das cuenta de como se ocultan de manera insidiosa?

—Nos tienen miedo.

Los grandes ojos de los prapsis parpadearon con fuerza. Uno de ellos se puso a lamer la ventana de la sala de estar, enjugando el vaho de la condensación. El otro aplastó su cara redonda contra el cristal, una vez limpiado. Con un movimiento descontrolado, ambos se pusieron a mirar la calle desierta.

—¿Qué tipo de criaturas son?

—Vuelan. Deben de ser pájaros. Pájaros traviesos, tal vez. A estas horas deberían estar en la cama.

—¡Pájaros traviosos y muy chiflados! —rió nervioso.

—¿Deberíamos hablar con ellos?

—¡Calla y escucha!

—Se acercan a escondidas, ¿los ves?

—¡Los veo!

Los prapsis aletearon tratando de espantar las oscuras sombras.

En el exterior, nueve grandes siluetas furtivas surgieron con sigilo del cielo nocturno. Por un momento pasaron juntas por delante de la luna casi llena. Luego se precipitaron sobre la casa.

—¡Eric! ¡Eric! —gritaron los prapsis, volando escaleras arriba—. ¡Raquel!

Raquel abrió los ojos de par en par. A su lado oyó ruido de cristales rotos... algo invadía la casa. Dos ventanas rotas, le informaron en seguida sus hechizos. Una en la sala de estar, la otra en la cocina.

—Y ahora, ¿qué más?

Oyó el ruido de un objeto de madera al caer sobre la alfombra, seguido por un sonido ahogado de pasos.

Eric parpadeó, desde una cama colocada cerca de la de ella.

—¿Qué sucede?

—Silencio —le dijo Raquel, intentando suponer quién había irrumpido en la casa. Las brujas tenían un cuerpo demasiado grande y pesado, mientras que aquellos aterrizajes habían sido más ligeros.

—Creo que son niños —dijo.

Los prapsis golpeaban la puerta de la habitación con la cabeza. Eric los dejó entrar, metiendo sus temblequeantes cabezas bajo la colcha.

—¡Morpet y mamá están montando guardia abajo! —le recordó a Raquel—. ¡Vamos!

—¡Espera! —Raquel le agarró del brazo.

—¡Déjame! ¡Yo voy a ver!

Ella le retuvo.

—Escúchame, ¿quieres?

Otros cuatro cuerpos habían entrado volando en la casa. Raquel los oyó colarse por los agujeros abiertos y posarse en el suelo. «Unos aterrizajes limpios», pensó Raquel, «con los dos pies a la vez, muy precisos. Son niños que están usando magia... y que ya son pilotos experimentados».

—Es una emboscada —dijo—. Quédate quieto. Puede que no sepan que estamos aquí.

—¿Y Morpet y mamá? —gruñó Eric—. ¡No se les oye!

En el piso de abajo, unos pies pisaron cristales rotos. Incluso los oídos de Eric eran ahora capaces de oír el ruido de muchos pares de pies moviéndose con alboroto en la sala de estar. En su cama, los prapsis se besaron el uno al otro buscando consuelo.

—Sean quienes sean, no pretenden atraparnos por sorpresa —dijo Eric. Se lanzó en dirección a la escalera—. ¡Morpet! ¿Dónde estás?

Sonó la voz recia de Morpet:

—¡Estoy bien! Y también tu madre. Bajad a la cocina.

Eric enrolló con suavidad la colcha alrededor de los cuellos de los prapsis para tranquilizarlos. —Dormid, chicos, dormid —les dijo—. Cerrad los ojos.

Los prapsis cerraron los ojos y fingieron dormirse, porque sabían que eso era lo que quería él.

Eric y Raquel bajaron la escalera a toda prisa.

Encontraron a su madre y a Morpet ilesos, de pie junto a la mesa de la cocina. Tras ellos un chico con los pelos de punta miraba a través de los cristales rotos de la ventana.

—¡Paul! —exclamó Eric con perplejidad.

En la estancia había otros ocho niños, ocupando el pequeño espacio. Las cortinas estaban descorridas. Todos ellos contemplaban la luna reluciente, mirando con intensidad, como si fueran incapaces de apartar los ojos del cielo.

Paul se volvió hacia Raquel, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Oh, eres tú —murmuró—. Nunca pensé que te encontraríamos. No tienes idea de lo que hemos pasado para llegar aquí.

Eric le miró fijamente.

—¿Dónde está tu horripilante bruja, esa Calen?

—Está... —Paul guardó silencio de pronto—. Ha renunciado a mí. Oh, pero no me importa, no pienses que me importa —añadió, pero su rostro era presa de una terrible agitación—. Ya ves, no soy lo bastante bueno. No era lo bastante cruel. —Extendió los brazos, señalando a los que le rodeaban—. Ninguno de nosotros lo era.

Raquel advirtió el aspecto apesadumbrado de los niños. Heiki no estaba con ellos.

—¿Cuántas brujas hay allí? —preguntó. «Una», pensó, «por favor, solo una».

—Cinco —contestó Paul.

Raquel trató de conservar la calma. Morpet no parecía alterado por las noticias, y se agarró a su mano.

—¿Por qué seguís vigilando por la ventana? —preguntó él.

—Nos perseguían.

—¿Las brujas?

Paul soltó una risa amarga.

—¿Crees que las brujas se molestan por alguien como nosotros? Somos los *rechazados*.

—Entonces, ¿quién os perseguía?

—Pues otros niños, claro. Niños mejores que nosotros. Los *elegidos*.

La madre abrió la boca.

—¿Por qué?

—No tenéis la menor idea de lo que pasa, ¿verdad? —dijo Paul—. Las brujas nos hacen luchar entre nosotros, para ver quiénes son los mejores. Y luego eliminan a los que no saben retirarse a tiempo. —Miró a sus compañeros, algunos de los cuales agacharon la cabeza—. Nosotros hemos perdido demasiadas peleas. Nos han convertido en blanco de prácticas de tiro.

Eric preguntó:

—¿Blanco para quién?

—Para los elegidos. Ya nos cogieron una vez. Nos sacudieron un poco y luego nos dieron un poco de ventaja. La próxima vez acabarán con nosotros. No tenemos escapatoria, la mayoría

vuelan mucho más rápido que nosotros. Eh, no tenemos mucho tiempo, ya están...

—Ya están aquí —susurró una niña. Volvió dando tumbos de la ventana.

En el exterior, un grupo de niños recién llegado se mantenía suspendido en formación sobre los tejados. No intentaban ocultarse. De rodillas o sentados cómodamente en el aire, miraban todos con descaro a Raquel.

Morpet examinó a Paul con detenimiento.

—¿Cómo nos habéis encontrado?

—Todos los niños conocen esta dirección —dijo Paul—. Y el olor de la magia de Raquel no es precisamente difícil de seguir. —La miró—. Has dejado tu rastro por todas partes. —Desde la oscuridad exterior, un niño pronunció el nombre de Paul, y este se apartó de la ventana—. Escuchad, ¿vais a ayudarnos o no?

Morpet advirtió que las heridas de Paul y de los otros niños no eran graves... algunas magulladuras y cortes superficiales.

—No veo pruebas de que hayáis participado en ninguna lucha de verdad —dijo.

—¡Eso es porque Ciara los alejó! —gritó Paul.

—Te estoy escuchando —dijo Morpet sin alterar el tono de voz.

—Ciara es una niña lo bastante buena como para enfrentarse a los mejores, pero no quiere. Nos ha ayudado a sacarles algo de ventaja. Las brujas se la tienen jurada por eso. Seguramente ya la habrán matado.

—Deberíamos mantenernos todos alejados de las ventanas —dijo la madre.

—No —dijo Morpet con firmeza—. Nos defenderemos mejor si no perdemos a ninguno de vista. Tanto a los de dentro como a los de fuera.

La madre miró con curiosidad a Morpet.

—¿No has creído lo que cuenta el chico? ¿No es Paul el que le había plantado cara a Calen?

—Ya no sé muy bien qué creer —dijo Morpet. Se volvió hacia Raquel—. Envía tus hechizos de información. Si las brujas están atacando o han atacado a alguien recientemente, tendrá que haber alguna evidencia clara.

Raquel así lo hizo, y percibió que se estaban utilizando algunos poderosos hechizos a distancia. Algunos de ellos procedían de un niño, un niño que erigía todos sus hechizos de defensa contra fuerzas descomunales.

—Dos brujas —susurró Raquel—. Dos brujas contra un niño. Están luchando ahora. Es una niña, no tiene ninguna oportunidad.

—¿A qué distancia? —preguntó Eric.

—A cientos de kilómetros.

Eric dio un golpe en la mesa.

—Si pudiera acercarme, destruiría los hechizos. —Miró a Raquel—. ¿Podrías llegar hasta allí a tiempo para ayudarla?

—Me necesitáis aquí. ¡No puedo dejaros!

—Por favor —suplicó una de las niñas—. ¡No puedes dejar que Ciara se las arregle ella sola!

Raquel podía sentir a lo lejos el dolor de Ciara. Se sentía desgarrada por la indecisión: dejar a una pobre niña desconocida luchando ella sola, o dejar a su madre únicamente con Eric y Morpet

para defenderla contra la magia de los *elegidos*.

—Morpet —dijo de pronto—. Dímelo tú: ¿qué debo hacer?

—Ve —le dijo él—. Ciara no podrá resistir mucho más. Estoy seguro de que nosotros podemos defender la casa durante un tiempo. Confía en mí: si ahí fuera hay cinco brujas que desean nuestra muerte, ni siquiera contigo entre nosotros seríamos capaces de detenerlas. Acude en ayuda de esa niña, antes de que sea demasiado tarde.

Raquel miró a su madre, que a medias asentía, y a medias sacudía su rostro aterrorizado.

—¡Espera! —susurró Morpet al oído de Raquel—. ¿No podrías engancharme una etiqueta de olor? ¿Un rastro que pudieras seguir?

—Sí —dijo ella.

—Hazlo.

Raquel completó con rapidez el hechizo, haciendo que la etiqueta de olor fuera difícil de detectar.

Y entonces sintió de forma repentina como, a una gran distancia, eran destruidas las defensas de un niño.

Con una última mirada agónica a todos, partió.

Tan pronto como Raquel se hubo marchado, Paul se llevó las manos a la cara.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

—Lo has hecho muy bien —dijo otro chico, mayor y de piel pálida, dándole golpecitos a Paul en la espalda. Hasta aquel momento el chico había permanecido en silencio—. Heiki ya sabía que tú eras el que mejor podría convencerles —dijo Reconozco que tenía *razón*, yo pensaba que lo echarías todo a perder, la verdad.

Paul levantó un poco la cabeza.

—Marshall, ninguno de los que hay aquí debe resultar lastimado, es lo que acordamos.

—Como quieras —dijo Marshall con desdén.

Se volvió hacia los chicos del exterior. A una señal suya, volaron hacia la casa, pronunciando algunos de ellos los nombres de los amigos que estaban dentro.

—¿Cómo has podido hacerlo? —le dijo furioso Eric a Paul—. ¿Cómo has podido?

A Paul se le saltaban las lágrimas.

—No podía... yo...

—Oh, cierra el pico —dijo Marshall, llevándoselo aparte.

Morpet hizo que Eric y la madre se juntaran, mientras intentaba con desesperación decidir cuál era la mejor forma de protegerles.

—Supongo que la bruja Calen está contigo —le espetó Eric a Marshall—. Tú no tienes agallas suficientes para hacer todo esto tú solo.

—Ya no necesitamos su ayuda, con Raquel fuera de circulación —dijo Marshall.

Eric levantó las manos.

—¿Acaso piensas que voy a dejarte hacer lo que quieras? Sofocaré todos tus hechizos.

—Inténtalo. —Dos niños, cuya fuerza había sido multiplicada por la magia, agarraron a la madre por las piernas y los brazos—. Ya lo sabemos todo acerca de tu extraño talento —le dijo Marshall a Eric—. Te explicaré lo que va a suceder. Tú y Morpet os vendréis con nosotros. Tu

madre se queda aquí. Si interfieres en cualquiera de nuestros hechizos, tenemos órdenes de matar a Morpet durante el viaje. Y por si acaso se te ocurre intentar alguna tontería, dejaremos aquí algunos niños para que se ocupen de mamaíta.

—¡No te atreverás a hacerle daño! —se encolerizó Eric.

—Haremos lo que nos dé la gana.

—Tu interpretación no es muy cuidada —dijo Morpet, mirando a Marshall a los ojos—.

Cumples órdenes, ¿no es verdad? ¿De quién? ¿Qué os han dicho que hagáis con la madre de Eric?

—¿Y a ti qué más te da? —dijo Marshall—. A Heiki no le importa mucho lo que pueda sucederle a ella, ni tampoco a ti, por lo demás. Es a Eric a quien le tiene reservados planes especiales.

Paul levantó los ojos.

—Su madre no entraba en el trato. ¿Y cuáles son esos planes reservados para Eric? No recuerdo que nadie los mencionara.

—Heiki no te lo confía todo —dijo Marshall.

—Marshall —intentó la madre, mirándole con ojos implorantes—. Escucha, ya sé que... yo no tengo nada que pueda impresionarte... ni en general ningún adulto... Supongo que sin magia no debemos parecer otra cosa que...

—Un estorbo —concluyó Marshall—. Sí, en efecto. Los padres ahora ya no valen nada.

—¿Quién dice eso? —preguntó Eric furioso.

—Heiki.

—¿Quién es esa? ¿Una bruja?

—Una niña. Ya la conocerás.

—¡Parece como si le tuvieras miedo! —dijo Eric con desprecio.

—A lo mejor... —musitó Marshall.

Tras ellos escucharon dos respiraciones jadeantes.

Dos niñas se asomaron a mirar.

—Eh, ¿qué son eso?

Los prapsis, parados en el umbral, se estremecieron. Habían salido de la cama de Eric y habían contemplado la escena presas de temor, dispuestos a lanzarse volando contra el primero que intentara tocarle.

—¡Mordemos! —gritó uno de ellos abriendo su blanda boca sin dientes.

—Oh, pero si hablan —se admiró la niña—. ¡Yo quiero uno!

Se produjo una gran agitación cuando varios de los niños quisieron atraparlos, pero los prapsis eran demasiado rápidos y escaparon.

—¡Dejadlos en paz! —exclamó Eric dirigiéndose a Marshall—. Lucha contra mí, cobarde. ¿O es que tienes miedo?

—Yo no te tengo miedo —rezongó Marshall.

—Por supuesto que tienes miedo —dijo Morpet, asegurándose de que todos los demás niños le oían—. Detrás de todas tus bravatas no hay otra cosa que miedo a las brujas, y a lo que puedan hacer. ¿Están poniéndote a prueba, Marshall? —Percibió cómo los ojos de Marshall se abrían un poco más—. Esta misión es una prueba que te han puesto, ¿no es así? —dijo Morpet—. Tus

movimientos... son vigilados.

Marshall se volvió nervioso para mirar por la ventana, y recuperó la compostura. Olisqueó el aire en torno a Morpet.

—No tienes magia —dijo con sarcasmo—. Y he oído decir que eres un viejo en el cuerpo de un niño. Qué cosa tan curiosa.

—Es posible —replicó Morpet—. Pero yo soy lo que soy. ¿Y tú, Marshall? ¿Qué eres tú?

Marshall se encogió de hombros. A una señal suya, los dos niños que habían cogido a la madre la aferraron con más fuerza, mientras los demás comenzaron a tirar de Eric y Morpet en dirección a la ventana rota.

Eric miró hacia las chimeneas de los tejados.

—¿Adónde nos lleváis?

—A hacer un viajecito —dijo Marshall, como si se tratara de un picnic.

—¿Adónde?

—No os gustaría saberlo. Es un viaje frío y largo.

—Entonces será mejor que dejes que nos vistamos mejor —dijo Morpet, señalando el pijama de Eric y la ropa ligera que él mismo llevaba puesta.

Sin esperar respuesta de Marshall, se dirigió con paso decidido hacia la habitación de invitados. La madre fue con él. Le temblaban las manos mientras le ayudaba a buscar unos pantalones y unos zapatos. Encontró un abrigo de la talla de Morpet, y luego se abrió paso entre los niños para ir al piso de arriba a buscar otro lo bastante grueso para Eric.

—Ya has tenido bastante tiempo —le dijo Marshall al verla regresar con las manos vacías.

—¡Pero es que no he podido encontrar nada! —exclamó ella—. ¿Cómo te atreves...? Escucha, déjame que busque bajo la escalera, por favor... Me parece que...

—Vamos, acaba ya —le dijo Marshall con voz susurrante.

Morpet se tomó su tiempo para vestirse, sin dejar de mirar con firmeza a Marshall.

—No te han dicho lo que tenías que hacer si encontrabas resistencia, ¿verdad? ¿Cuáles son las instrucciones de tu bruja, o de Heiki? ¿Que te deshagas de mí o de mamá si nos ponemos difíciles? Bien, pues adelante, entonces. ¿Vas a matarnos por coger algo de ropa?

Marshall no dijo nada, y la madre, tras encontrar por fin el abrigo tres cuartos de su marido, se lo echó a Eric sobre los hombros. También le puso lo mejor que pudo unos guantes suyos, los únicos que había podido encontrar, tratando de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora.

—¡Venga! —rugió Marshall por fin—. ¡Nos vamos!

—Aún no —dijo Morpet—. No llevamos bastante ropa si es que tenemos que volar muy lejos. Y también necesitaremos magia para mantenernos calientes.

—No tendréis ningún tipo de protección especial de mi parte —gruñó Marshall—. Ya os he escuchado bastante. —Miró a los demás niños—. Ya sabéis lo que nos harán Heiki y las brujas si fallamos —dijo—. ¡Llevadlos a la ventana!

Los niños, así espoleados, arrastraron a Eric y a Morpet por la habitación, mientras los dos que se ocupaban de la madre tiraban de ella hacia atrás.

Morpet vio la aterrorizada expresión de su rostro. Esta vez se daba cuenta de que no podía prometerle nada.

—No dejaré que le hagan daño a Eric —dijo a pesar de todo—. Tenlo por seguro.

Los niños habían conseguido ya arrastrar a Eric y a Morpet hasta la ventana. A una señal de Marshall, salieron volando, remontando las paredes de la casa hasta el tejado en pendiente, en medio del frío aire de la noche. Los prapsis les seguían a corta distancia. Querían permanecer cerca de Eric, pero los niños los espantaban cada vez que se acercaban demasiado, de modo que permanecieron todo lo cerca que pudieron, profiriendo insultos contra los niños que sostenían los brazos y las piernas de Eric.

Cuando la madre aún podía oírle, Eric dobló el cuello hacia ella y gritó con fuerza:

—¡Espera a Raquel! ¡Pronto estará de regreso!

Marshall se puso a su altura.

—No lo creo —dijo—. Ahora está en poder de Heiki.

Raquel estaba sin aliento cuando llegó hasta un denso bosque de robles.

Al percibir dos brujas que partían, hizo un giro descendente, buscando entre el monte bajo. ¿Llegaba demasiado tarde?

Ante ella yacía una niña, enredada entre las raíces de un árbol. Tenía el pelo rubio, rizado, y estaba empapada de sangre... pero aún le quedaban restos de vida. Raquel se arrodilló junto a ella. Extrayendo sus hechizos de curación, cosió la piel de la espalda de la niña, rasgada por las brujas. Reparó el fémur de su pierna rota. Hizo bajar la hinchazón de la garganta, de donde la había agarrado la *zarpa* de una bruja. Cualquiera duda que albergara Raquel acerca de la posibilidad de haber sido atraída hacia una trampa se disipó al comprobar el lamentable estado de aquellas heridas.

La niña por fin logró incorporarse. Se inclinó hacia un lado, mareada.

—Estás a salvo —le dijo Raquel con dulzura—. No tengas miedo, Ciara.

—¿Adónde se han ido las brujas?

—No estoy muy segura, pero ya no andan cerca. No percibo su presencia. —Sonrió—. Soy Raquel.

—Lo sabemos todo de ti. ¡Eres la niña que derrotó a una bruja!

—Me ayudaron —dijo Raquel distraídamente. Sus hechizos de información exploraban el terreno para advertir la presencia de cualquier peligro que se acercara—. ¿Por qué no han acabado las brujas contigo? Han tenido tiempo suficiente.

—¿Quién sabe? —dijo la niña, con los ojos brillantes—. ¿Sabías que las brujas están adiestrando a una niña mala para que te derrote? Yo la conozco. Da miedo. Es capaz de arrancarte la cabeza de un mordisco.

Raquel asintió.

—¿Dónde han ocultado las brujas a los niños durante todo este tiempo?

—La mayoría, en el ecuador. Allí es donde los entrenan.

¿El ecuador? Extraña elección, pensó Raquel. Y comenzó a hacerse preguntas acerca de aquella niña desconocida. No le preguntaba por Paul ni por los niños rechazados ni una sola vez. ¿Estaba conmocionada por el ataque de las brujas? Era posible, pero aun así, parecía muy recuperada. Sí, pensó Raquel. Aquella niña parecía a la espera de algo, como si estuviera preparada para actuar.

—Tenemos que volver a mi casa —dijo Raquel apremiante, explicándole lo que había sucedido—. ¿Puedes volar?

—Por supuesto. —La niña se levantó con rigidez—. Por cierto, soy tu mayor admiradora. ¡Matarás a esa Heiki!

Raquel envió sus hechizos de información en busca de la etiqueta de olor que le había puesto a Morpet. Por alguna razón, él se había ido de la casa.

—Tenemos problemas —dijo—. Démonos prisa.

—De camino te enseñaré todos mis hechizos —dijo la niña con afán—. ¿Y tú a mí?

—Ya veremos.

La niña dio una palmada de alborozo.

—¡Amigas! ¡Eso es lo que somos!

Raquel voló con rapidez en dirección a casa. La niña era capaz de igualar su velocidad.

—Eres muy buena —alabó Raquel.

—Soy una inútil. No soy capaz de cambiar de aspecto como ni de cualquier otra cosa. — Cuando Raquel se preparó para transportarse, la niña gritó—. Lo siento, eso me duele mucho. Por favor, no lo hagas.

—Pero tenemos que volver de inmediato. ¡Tardaremos una hora si solo podemos volar!

—No, por favor —suplicó la niña, echándose a sus brazos—. ¡Sujétame! Aún me siento muy débil.

Raquel la abrazó con fuerza y voló todo lo deprisa que pudo, mientras esperaba que la niña se recuperara del todo.

Heiki se sonreía. Al final parecía que todo iba a resultar hasta demasiado sencillo. Raquel era muy buena, pero muy fácil de engañar, como todos los demás. Era increíblemente confiada. Desde luego, había ido muy lejos para estar completamente segura de convencerla. Fiándose de la habilidad de Raquel para curar heridas, se había dejado atacar por las brujas, permitiendo que le hicieran heridas graves de verdad.

«Esta es la diferencia entre tú y yo, Raquel», pensó Heiki. «Yo soy capaz de resistir el dolor que haga falta con tal de conseguir lo que quiero. ¿Cuánto dolor eres *capaz* de soportar tú?»

—Por favor, ve más despacio —le suplicaba a Raquel con voz débil, mientras atravesaban una nube dispersa y fina—. Tengo mucho miedo.

12

El océano



Morpet contó un grupo de veintisiete niños.

Diez de ellos los llevaban a él y a Eric agarrados de piernas y brazos, separados el uno del otro. El resto formaba un anillo de vigilancia. Marshall iba al frente, era obvio que ejercía de líder. Paul volaba junto a él, aunque de vez en cuando volvía la vista con aprehensión en dirección a Eric. No había señal alguna de la presencia de ninguna bruja... ni tampoco de Raquel.

Durante un tiempo viajaron hacia el este, sobrevolando terrenos cultivados, iluminados por las estrellas y por la luna menguante. Luego, Marshall hizo que el grupo virara hacia el Ártico. Dejando la tierra atrás, surcaban el cielo sobre las espumosas olas del mar del Norte. El aire soplaba con un frío intenso y parecía penetrar en el cuerpo de los niños. El grupo contaba con la magia para resguardarse de la inclemencia de los vientos, pero la única protección de Eric y Morpet eran sus jerséis, guantes y abrigos. Morpet sabía, desde Itrea, cómo mantener los miembros en continuo movimiento para evitar la congelación, pero Eric carecía de tal conocimiento. Contra el crudo viento el grueso abrigo de su padre no era suficiente. En cuestión de minutos Morpet sintió que Eric estaba empezando a perder la conciencia. ¿Era este el destino que Heiki había planeado para Eric?, se preguntaba, ¿matarle lentamente durante el vuelo?

«No mientras yo siga con vida», pensó Morpet.

—¡Eric necesita más protección! —aulló contra el viento.

Marshall le oyó, pero no dijo nada.

—Supongo que Heiki querrá que le llevéis la mercancía con vida —gritó Morpet—. Si se la estropeáis, Marshall, si morimos por permanecer a la intemperie durante el viaje, ella no se va a poner muy contenta.

—Los aislaré —oyó que Paul le decía a Marshall—. Ya lo hago yo.

Marshall dudó unos segundos y dijo con enfado:

—Para Eric, el mínimo de calor necesario. Lo imprescindible para estar seguros de que no se congela. A Morpet no le des nada. ¿Me has oído? Nada.

Paul extendió una fina capa de aire caliente alrededor del cuello y del rostro de Eric. Su mirada se detuvo en Morpet, pero era evidente que tenía demasiado miedo como para desobedecer las órdenes de Marshall.

Abandonado completamente a la intemperie, Morpet apretó los dientes y se preparó lo mejor que pudo para aguantar el sufrimiento. Flexionaba y extendía los dedos, intentando conservar en la mente la imagen de Raquel mientras dirigía su atención hacia los niños que lo portaban. No estaban cómodos. Se le hizo evidente que Heiki y las brujas les habían presentado aquella tarea como una especie de aventura, o de juego para valientes. Pero la mayoría no se había dejado engañar. Morpet les habló. Mientras volaban cada vez más alto, hacia una zona de aire más fría, les hizo a los niños preguntas acerca de sus familias y amigos, para recordarles lo que habían dejado atrás. Aunque ellos no le respondieron, obedeciendo órdenes, estaba claro, soltaron un poco su férreo apretón y acercaron sus cuerpos para resguardarle de los vientos ululantes. Al cabo de poco, Morpet comprobó cómo se inclinaban para escuchar su voz recia.

La capa de calor desplegada por Paul mantenía a Eric con vida, pero su cuerpo seguía azotado por las cortantes rachas de aire. A medida que pasaba el tiempo, su conciencia fue apagándose hasta que la perdió. Los prapsis les seguían de cerca, intentando convencerse a sí mismos de que Eric estaba bien, mientras las lágrimas se les congelaban en las mejillas.

—¡Despierta, preciosidad!

—Eh, despierta, ¿quieres?

—Tengo miedo, chico. Eric está enfermo.

—No, está durmiendo.

—Ah, ¿sí? ¿Solo está dormido?

Ellos seguían tratando de vez en cuando de arrojar las desnudas mejillas de Eric con sus alas, pero los niños que le llevaban no dejaban de intentar agarrarles. Los prapsis nunca conseguirían acercarse lo suficiente para tocarle.

En determinado momento Eric despertó unos breves instantes.

—¡Marchaos, chicos! —les espetó—. Vosotros voláis más deprisa que estos niños. Escondeos. No serán capaces de encontraros.

Los prapsis sacudieron con terquedad la cabeza y siguieron mostrándose determinados a no abandonarle, parpadeando, agitándose y volando contra el viento, tratando de utilizar sus propios cuerpos para proteger a Eric de los más violentos.

Durante la mayor parte del tiempo, los niños mantenían a Morpet y a Eric demasiado separados como para poder hablar entre ellos, pero en una ocasión los grupos que los llevaban se acercaron lo suficiente como para que pudieran intercambiar unas breves palabras.

—¿Adónde nos llevan? —consiguió susurrar Eric.

—No lo sé.

—¿Dónde está Raquel?

—No muy lejos detrás de nosotros, estoy seguro. Vendrá. Mantente alerta, y no dejes de mover las manos.

Eric levantó la vista con rabia.

—Morpet, ¡no dejes que les hagan daño a los prapsis! ¡Prométemelo!

—Yo... —Morpet no pudo encontrar palabras. Sabía que si aquellos niños querían hacerles daño a los prapsis, él no podría impedirselo.

Marshall profirió un gruñido a modo de orden y los dos grupos se separaron de nuevo. Durante

una hora más volaron directamente hacia el norte. Morpet empezaba a sentirse desesperadamente cansado, y le habían entrado unas irresistibles ganas de dormir. Comprendió lo que esto significaba... En Itrea había visto a miles de niños sucumbir a una somnolencia beatífica final antes de morir congelados en la nieve.

Sintió que los niños que le llevaban se apiadaban de él. Era evidente que deseaban ayudarlo, pero que tenían miedo. ¿Miedo de quién? No de Marshall. Morpet se había dado cuenta de su creciente inquietud al frente del grupo. Se trataba de otra persona. Morpet miró la bóveda celeste, pero no vio nada.

Al cabo de un rato oyó que Paul se quejaba:

—¡Llevémosles al menos más abajo, hacia un aire más en calma!

Todos los niños que les sostenían prorrumpieron en exclamaciones de apoyo, pero solo recibieron de Marshall su pétreo silencio.

Las fuerzas abandonaban a Morpet paulatinamente. Su rostro se hundía cada vez más, hasta que sus ojos quedaron inmóviles, mirando fijamente las olas negras y plateadas. Aunque sin aportar calor alguno, el amanecer apuntó al fin, tiñendo las crestas de las olas de una tonalidad rosada. Durante un rato que Morpet no habría sabido determinar, los niños descendieron. Luego percibió un fuerte olor a sal, y oyó el lúgubre y persistente grito de las gaviotas. Una blancura cegadora le hirió los ojos.

Sobrevolaban tierra firme.

Ante ellos, un gigantesco continente de nieve se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

¿Dónde se encontraban? ¿En Groenlandia? ¿En el Ártico? Morpet hizo un esfuerzo por mover los rígidos músculos del cuello y vio como el grupo de niños que llevaba a Eric lo depositaba sobre una espesa capa de nieve. Eric yacía boca abajo, sin moverse. Los prapsis, temblando también de frío, aterrizaron sobre su cabeza y se pusieron a mordisquearle las orejas con las encías, para tratar de despertarle. Al cabo de unos momentos Morpet era también depositado junto a él. Se desplazó a rastras sobre la nieve y le buscó el pulso a Eric. Notó un latido... solo uno. Los labios y las manos de Eric mostraban graves síntomas de congelación... Los guantes de su madre no habían sido suficiente. Morpet apartó la cara de Eric de la nieve y, tras haberle quitado los guantes, le frotó los intersticios de los dedos y los tendones.

—¡Despierta! —gritó, golpeándole con fuerza—. ¡Tienes que despertarte!

Los prapsis revoloteaban alrededor de la cabeza de Eric, instando a Morpet a que se diera prisa.

—¡Eric ya ha dormido bastante!

—¡Está como un témpano!

Todos los niños que habían llevado a Eric y a Morpet ascendieron hasta alcanzar un alto punto en el cielo, donde se mantuvieron suspendidos, observando con seriedad, mientras los incesantes vientos árticos les azotaban el rostro. Finalmente Marshall, Paul y los niños que habían llevado a Morpet se enzarzaron en una discusión.

—¡Bajad a ver en qué estado nos encontramos! —les gritó Morpet, mientras seguía debatiéndose por despertar a Eric—. ¡Venid a comprobar lo que habéis hecho! ¿O es que tienes miedo, Marshall?

—Yo no tengo miedo.

Dubitativo, Marshall descendió con Paul. Cuando vio la piel magullada de Eric, sus labios partidos e hinchados y sus dedos deformados, volvió la cabeza.

—No es tan fácil dejar que alguien se muera, ¿verdad? —dijo Morpet—. A una bruja le cuesta su tiempo convencer a un niño para que disfrute haciéndolo.

Paul no podía soportar el aspecto de Eric. Se acercó para ayudarlo.

—¡No le toques, idiota! —gritó Marshall—. Nos vas a meter a todos en un buen lío.

—No podemos dejarle así. ¡Mira cómo tiene los dedos!

—No nos está permitido ayudarlo.

—Eres tú el que detenta el control sobre el grupo —le dijo Morpet a Marshall—. ¿Qué te detiene?

Marshall miró hacia arriba con nerviosismo.

—¿Acaso estás ciego? No soy yo el que manda aquí.

Morpet siguió su mirada y sus sentidos percibieron algo que debía de permanecer oculto en el cielo: una bruja, que se mantenía demasiado alejada para ser vista, pero que no obstante estaba allí, vigilando el comportamiento de cada uno de los niños. Miedo, pensó Morpet, quien sabía por larga experiencia la influencia que la mera presencia de una bruja podía ejercer sobre los niños. De repente se acordó de sus amigos de antes, y se preguntó si las brujas también habrían descubierto Itrea. No: no soportaba considerar tal posibilidad.

—Solo los más fuertes sobrevivirán —dijo Paul con una voz que parecía venir de muy lejos—. Eso es lo que dijo Calen.

—¿Qué os han dicho que hagáis? —le preguntó Morpet a Marshall—. ¿Dejarnos morir aquí?

—No. Llevaros a los dos al Polo, si es que podéis sobrevivir al viaje. Eso es lo que quiere Heiki. No le importa particularmente si conseguís llegar o no.

Morpet se inclinó sobre él y le susurró:

—¿Y es eso lo que también quieres tú, Marshall? Supongo que esperas que la bruja que te ha adiestrado se conformará con nuestras dos insignificantes muertes. Deja que te diga una cosa: no se conformará. Esto no es más que el principio. Querrá que sigas matando, una y otra vez. No te dejará en paz. No estará *nunca* satisfecha, por mucho que mates.

Desde lo alto se oyó gritar a una niña:

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí abajo?

—Tengo que irme —dijo Marshall—. No pueden verme hablando contigo.

—¡Dame tiempo para reanimar a Eric! —le pidió Morpet.

—Demasiado peligroso. —Los ojos de Marshall estaban clavados en el cielo—. Tendrá que viajar como está.

—Eric es un niño como tú —le imploró Morpet—. Está asustado y solo intenta sobrevivir. ¿Vas a dejar que se muera a la intemperie?

Sin dar respuesta, Marshall despegó los pies de la nieve, arrastrando consigo a Paul en dirección a los demás niños.

—¡Podéis luchar! —les gritó Morpet—. ¡Mirad cuántos sois! ¿No veis la fuerza que tenéis?

Si le habían oído, ninguno de los niños respondió, y Morpet volvió a dirigir su atención hacia

Eric. Intentó excavar un agujero que les protegiera del viento, pero unos centímetros por debajo de la superficie, la nieve estaba demasiado compacta como para que pudiera atravesarla. De modo que se desprendió de su propio abrigo, arrojó a Eric con él y se le acercó en busca de calor.

Finalmente, Eric entreabrió los ojos. Los prapsis chillaron de alegría y se pusieron a hacerle arrullos al oído, como dos palomas. Morpet le enjugó el hielo de los labios.

—Solo los más fuertes sobreviven —musitó Eric—. ¿No es eso lo que ha dicho Paul?

—Nosotros somos los más fuertes —le dijo Morpet.

Eric había perdido por completo la sensibilidad en los dedos de los pies. Por alguna razón esto le asustó más que cualquier otra de las cosas que habían sucedido.

—Habla... Dime algo, ancianito.

—Estoy aquí —dijo Morpet—. No pienso abandonarte.

—¿Dónde están los prapsis?

—Echándote su aliento en las manos.

Eric consiguió incorporarse con esfuerzo y miró con afecto a los pájaros-niños.

—No... no os había visto, chicos. —Tosió—. Eh, no me encuentro muy bien.

—No pasa nada —le tranquilizó Morpet—. Raquel pronto estará aquí.

Eric asintió con la cabeza, tratando de creerle, y observó los relucientes uniformes verdes de los niños.

—¿A qué... a qué están esperando, allá arriba? ¿Por qué no acaban con nosotros de una vez?

—Porque no quieren —dijo Morpet con seriedad—. Quieren detener todo esto.

La pelea que se había iniciado hacía unos minutos se había extendido a todo el grupo. Paul y los niños que habían escuchado a Morpet discutían con gran pasión. Cuando la discusión acabó, los chicos miraron hacia abajo y Eric y Morpet percibieron un hechizo.

Todos los vientos que soplaban a su alrededor se calmaron, y al frío cortante le sucedió una cálida brisa.

—¡No! —gritó una voz furibunda, y Calen apareció surcando el cielo desde su ubicación oculta. Se dirigió directa hacia el grupo, con las garras preparadas, de forma que al principio Morpet pensó que venía con la intención de hacerlos trizas. Pero se contuvo, y en lugar de atacarles fue volando sobre los niños, uno por uno, ofreciéndoles su duro entrecejo, prometiéndoles inminentes castigos y transmitiéndoles nuevas órdenes.

Los vientos glaciales azotaron de nuevo a Eric y Morpet.

—Aún no han acabado con nosotros, viejo —dijo Eric con voz ronca—. No pienso esperar a Raquel. —Mostró sus dedos hinchados—. Aún me queda esto. Si los niños que se han quedado en casa querían hacerle algo a mamá, ya se lo habrán hecho. No pienso quedarme aquí esperando a que nos rematen. Ayúdame a levantarme.

Morpet incorporó a Eric hasta colocarlo sentado. Eric levantó sus manos entumecidas.

—Vamos —dijo con voz persuasiva, soplando sobre las puntas de los dedos—. No me abandonéis ahora.

Por encima de ellos, Calen repartía instrucciones a cuatro de los niños. Separándose del grupo, se lanzaron hacia abajo.

Eric apuntó con los dedos... y los cuatro cayeron sin remisión sobre la nieve. Llamaron a los

demás, perplejos por la súbita pérdida de su capacidad para volar.

—¡No les hagáis caso! —dijo Calen.

Dio una nueva orden y la mitad del grupo se lanzó hacia el suelo. Esta vez se presentaban desde varias direcciones a la vez, por delante y por detrás, zigzagueando de forma esquiva.

Eric derribó a dos más.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Dame la vuelta!

Pero antes de que Morpet pudiera girarle, el resto de los atacantes estaba ya sobre ellos. Morpet le aplastó la nariz al primero de ellos con los nudillos, pero los demás le propinaron un fuerte empujón, enviando a Eric y Morpet de bruces sobre la nieve. Deshaciendo la formación, los miembros del grupo volaron a niveles superiores, donde no pudieran alcanzarles los poderes de Eric.

Eric y Morpet se reagruparon y se sentaron espalda contra espalda, mientras los prapsis volaban sin descanso de Eric al grupo, lanzándoles improperios.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eric, mirando hacia el cielo.

Siguiendo una nueva orden de Calen, el grupo se había reunido en un mismo punto. Eric, que los tenía a contraluz del sol, pudo oír a algunos niños llorar.

—Van a lanzarse contra nosotros en un solo ataque —comprendió Eric—. Todos juntos. Espera. ¿Qué es eso?

Era Yemi.

Desde la nieve que había ocultado a Calen, acudía flotando serenamente en dirección a los niños. Venía rodeado de sus fieles mariposas, que eran ahora enormes, del tamaño de un gato.

—¡Atrás! —gritó Calen—. ¡Atrás!

Yemi se tambaleó dubitativo, pero luego continuó adelante, atraído por las voces asustadas que salían del grupo. Sus Bellezas de Camberwell volaban despacio hacia el frente como una bandada de inmensos pájaros. Se mezclaron entre los niños, acariciando a aquellos cuyo rostro mostraba señales de haber llorado, como si por una especie de instinto intentaran consolarlos. Misteriosas y desconcertantes, las mariposas llenaban el cielo, tan grandes y en tan gran número que el grupo prácticamente se perdía de vista entre el batir de sus alas.

Finalmente Calen se abrió paso a duras penas hasta llegar hasta Yemi y tiró de él apartándolo a un lado. Las mariposas le siguieron con desgana, con las antenas arqueadas hacia abajo.

—Ese debe de ser el bebé del que habló Raquel —dijo Eric maravillado—. ¿No sientes su poder?

Morpet asintió con la cabeza, mirando con asombro cómo Yemi se agitaba con incomodidad entre las garras de Calen, molesto por ser alejado de allí.

Una vez Calen hubo puesto a Yemi bajo control, se volvió para increpar a los niños, quienes esta vez estaban demasiado aterrorizados para discutir. El grupo entero se apretujó de tal modo que habrían cabido en un puño. Se precipitaron todos a una, directos hacia Eric y Morpet.

Eric cerró los ojos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Sobrevivir —dijo Morpet, preparándose para encajar los primeros golpes.

Los niños se precipitaron sobre ellos como una exhalación.

13

La batalla



Raquel volvió a casa llevando a Heiki inerte en sus brazos.

Durante el trayecto, Heiki se había abandonado dejándose caer de manera deliberada. Cada vez que Raquel intentaba transportarse, fingía sentir dolor. Y cada vez que Raquel intentaba volar más deprisa, se ponía a llorar con desesperación, simulando que estaba conmocionada por el ataque de las brujas. Raquel reaccionaba sosteniéndola con más fuerza y volando con suavidad en medio de los vientos nocturnos.

Durante el viaje Heiki le transmitió algunos hechizos, ninguno de gran utilidad, solo para ganarse la confianza de Raquel. Esta, precavida, había hecho lo propio, pero a Heiki le pareció que no le revelaba sus armas o defensas más sutiles. Perfecto, pensó, pues tampoco deseaba que se lo pusieran fácil. Hizo todo lo posible por que el viaje de vuelta durara el tiempo suficiente como para permitir que el grupo de niños que llevaban a Eric y a Morpet alcanzaran su objetivo. Los últimos kilómetros fueron difíciles...

Heiki estaba impaciente por ver la reacción de Raquel a la sorpresa que le tenía preparada.

El frío aire del amanecer penetraba a través de las ventanas rotas de la casa.

La madre estaba dentro, hablando con el niño y la niña que la custodiaban.

—¿Qué hacéis? —les gritó Heiki—. ¿Es que no habéis puesto en práctica los castigos? ¡Se os había dicho que los aplicarais tan pronto desaparecieran Eric y Morpet!

—Han cambiado de idea —dijo la madre marcando las palabras. Llevándose a los niños con ella, se lanzó en dirección a Raquel, quien miraba fijamente a Heiki. El niño y la niña temblaban, intentando esconderse tras la espalda de la madre.

—Está claro que esta es Heiki —dijo esta sin consideración—. He oído todo tipo de cosas horribles acerca de ella. Ten cuidado, Raquel.

Heiki sonrió con una mueca... y su pelo gris rizado, así como sus pecas y su incesante lloriqueo se evaporaron, siendo sustituidos por unos inexpresivos ojos azules.

—La niña del cementerio —dijo Raquel con asombro. Se volvió hacia su madre—. ¿Dónde están...?

—¡No le quites los ojos de encima! —la previno su madre—. Se han llevado a Morpet y a Eric. Y estos pobres niños... —Cogió al niño y a la niña—. Yo no sé adonde se los han llevado,

pero *ella sí*. —Miró a Heiki—. Ella lo ha planeado todo.

Raquel le dijo furiosa a Heiki:

—Si les has hecho daño...

—¡Por supuesto que les he hecho daño!

Raquel olisqueó el aire. La etiqueta de olor que le había puesto a Morpet conducía a la cocina, pero terminaba de forma brusca justo encima de la casa.

—¡Dime adónde se los han llevado!

—¿Crees que voy a darte esa información así como así? —dijo Heiki con sorna—. Tendrás que pelear conmigo si quieres obtenerla. Vamos: una batalla. Tú y yo solas. Las mejores. Sin brujas, te lo prometo.

Raquel examinó la zona. No había brujas, en eso Heiki no le mentía. Ello demostraba lo segura que estaba de su éxito. Escrutó los feroces ojos de Heiki, adiestrados por las brujas, y sintió miedo.

—Deja ya de jugar —dijo Raquel—. No puedo creer que de verdad quieras todo esto que está pasando. Son las brujas las que hacen que te comportes de este modo.

—Eso no es verdad —replicó Heiki—. Las brujas desean tu muerte, sí, pero yo estoy impaciente por luchar contigo de todas formas.

—¿Por qué? —Raquel la miraba con incredulidad—. ¿Qué te he hecho yo?

—Nada. Es solo que tengo que saber cuál de nosotras es la mejor. —Ante la confusión de Raquel, Heiki sacudió la cabeza y añadió—: Será mejor para ti que estés a la altura, pequeña. El futuro es un mundo mágico. Olvídate de los adultos. Madres, maestros y abuelas no cuentan ya. Calen me ha dicho que las brujas harán que todos los niños libren una gran batalla entre ellos... y que solo a los mejores se les permitirá luchar contra los magos.

Por un momento, mientras miraba aquel anguloso rostro sobreexcitado, Raquel se formó una imagen probable del futuro: los adultos totalmente aniquilados, los niños más débiles marginados, los más dotados modelados para integrar una elite adiestrada en el odio a los magos... y liderada por un puñado de niños, los más crueles, como Heiki.

«No», se dijo Raquel, pensando en su padre. «Eso no tiene que suceder».

—Es mejor que te hagas a la idea —dijo Heiki—. Puede que Morpet y Eric sigan con vida, pero no durarán mucho.

—¡Dime dónde están!

—No.

—¡Lo harás!

—¡Oblígame!

Los hechizos de ataque se ofrecieron al instante por sí mismos. Raquel los ignoró. Tenía que alejar a Heiki de su madre y encontrar el rastro de Morpet. Tal vez pudiera descubrir su etiqueta de olor en las inmediaciones de la casa.

Dirigió una breve mirada agónica a su madre... y lanzó un hechizo de transporte.

No sucedió nada. Al ver el desconcierto de Raquel, Heiki se rió. Raquel lo intentó de nuevo, pero de repente percibió la presencia de un hechizo que nunca había experimentado antes. Era un *contrahechizo* de transporte. Heiki la retenía en el lugar.

Raquel cambió a un hechizo de vuelo más sencillo y escapó a través de la ventana de la cocina. Voló hacia el cielo del amanecer con celeridad, pero no demasiado deprisa hasta haber comprobado que Heiki la seguía. Una vez sobrevoladas las calles de la ciudad, y viéndose en campo abierto, Raquel decidió poner a prueba de verdad la velocidad de Heiki. Sus hechizos más veloces se hicieron con el control, pero por rápido que ella fuera Heiki se mantenía a su altura sin esfuerzo.

—No escaparás tan fácilmente —dijo Heiki, sonriendo—. Tengo un hechizo particularmente asqueroso que me encantaría probar contigo. Sería una pena no aprovechar la ocasión, Raquel, ya que Calen y yo lo ideamos especialmente para ti. Lo llamamos la *babosa cazadora de multiseñales*. Es capaz de detectar lo que piensas.

—Oh, no. No...

Heiki entreabrió sus finos labios y escupió el cazador hacia Raquel.

El cazador era una criatura viva. Tenía la forma de una babosa, negra y moteada, y se alejaba de la boca de Heiki con movimientos convulsos extrañamente metódicos. Raquel no necesitó pedirles a sus hechizos que la protegieran, ya que saltaron de inmediato, formando un complejo entramado de defensas. Buscaban frenéticos las combinaciones que pudieran reducir la amenaza del cazador.

—No puedes detenerlo —dijo Heiki—. Al menos no a tiempo. ¿Qué harás ahora, Raquel?

Los hechizos de información de Raquel investigaron al cazador. Mientras volaba hacia su cabeza, ella se dio cuenta de que no podía defenderse de aquella arma, ni eludirla ni huir de ella, ni siquiera transportarse lo suficientemente deprisa como para evitar su mordedura. «Solo hay una elección», le dijeron sus hechizos: «conviértete en nada. Un cazador necesita una víctima».

«¿Convertirme en nada?», se preguntó Raquel. ¿Qué significaba eso exactamente? Ella estaba hecha de carne y de músculos; respiraba, sudaba. ¿Cómo podía convertirse en nada?

El cazador avanzaba hacia ella sacudiendo la cola. Ya estaba muy cerca.

Raquel, que aún llevaba a Heiki volando a su lado, se paró en seco en el cielo. Heiki y su arma se detuvieron también. Los tres estaban anclados en medio de las nubes dispersas, inmóviles. Por un momento el cazador quedó perplejo, pero al cabo de un segundo se lanzó al corazón de Raquel.

«¡Ocúltate!», le gritaron sus hechizos.

Tratando de no dejarse llevar por el pánico, Raquel camufló sus señales más evidentes. Dispersó su olor mágico. Disimuló su blanco y jadeante aliento congelado. Hizo palidecer todo color de su cuerpo, incluso el de la ropa, hasta quedar prácticamente transparente. El pálido cielo azul era visible a través de su rostro.

Pero el cazador seguía con su ataque contra ella.

«¿Cómo puede seguir detectándome?», se preguntó Raquel, y entonces se percató de la cantidad de alternativas entre las que todavía podía escoger.

Como su corazón, por ejemplo, su pobre corazón que no dejaba de latir. Raquel no podía evitar que latiera, pero sí podía suprimir las casi imperceptibles vibraciones que cada latido producía. Así lo hizo. La brisa le levantó la ropa y el pelo. Raquel mantuvo rígidas todas las fibras de su cuerpo, hasta los más finos pelos de las manos. Sus ojos abiertos, secos, necesitaban parpadear. No parpadeó. En sus ojos las nubes que pasaban arrojaban multiformes efectos de luz. Raquel los

congeló.

El cazador fue aminorando su carrera paulatinamente. Abrió la boca, caliente, justo al lado de su ojo izquierdo... y esperó.

La quietud era total, sin el menor movimiento ni sonido.

El cazador miró a derecha e izquierda, desconcertado. ¿Dónde estaban sus señales? Se volvió al percibir una sensación de calor. Allí mismo, tras él, había una piel pigmentada, y un aliento húmedo, y movimiento.

—¡No! —gritó Heiki, comprendiendo de pronto.

El cazador estaba ideado para que atacara sin piedad, y el grito de Heiki no hizo sino atraerlo con mayor rapidez. Antes de que pudiera defenderse, el cazador se precipitó por entre sus piernas. Mordió profundamente, atravesando la carne y el hueso hasta masticarle por completo los dos delgados tobillos a la vez. Para cuando Heiki había podido rechazar su ataque, toda la mitad inferior de su cuerpo estaba carbonizada y humeaba en el cielo frío.

Raquel observaba, abrumada. Luego vio cómo la increíble Heiki tenía la parte más afectada por las quemaduras bajo control... Pronto estaría lo suficientemente en forma como para continuar elaborando hechizos. Raquel se transportó con rapidez, deslizándose sobre los mares árticos. Ampliando el espacio que la separaba de Heiki, extendió sus aletas de olor, tratando de percibir cualquier posible rastro de la etiqueta de Morpet.

Al final lo encontró: una señal muy débil... pero suficiente para poder seguirla.

Raquel siguió la pista hacia el norte, sobrevolando las profundas aguas del océano. Si era capaz de oler el rastro, ¿significaba eso que Morpet seguía con vida? Comprendió que, al margen de que él respirara o no, la señal duraría un tiempo. Pensó en Eric... y le asaltó la mente una imagen de su rostro, pálida y mortal. ¡No!

Surcaba el océano a toda velocidad.

Heiki no estaba muy lejos. Mientras que Raquel seguía un vago olor, Heiki conocía con exactitud el lugar en que habían sido atrapados Morpet y Eric. La flanqueaba ya, a distancia, en amplios y precisos giros sobre el mar de Noruega, limitándose a esperar. No se molestó en disimular su presencia.

Raquel estuvo a punto de chocar contra Heiki. Al verla, con el tiempo justo para eludir el golpe, adoptó una posición favorable por encima de las olas para poder observar los movimientos de su oponente. Las piernas quemadas de Heiki crujían y chasqueaban al contraerse en el aire helado, pero las heridas sanaban con rapidez. Heiki parecía estar a sus anchas, y los mechones de su fino cabello blanco ondeaban al viento en todas direcciones. Abrió las palmas de las manos, y Raquel vio nuevas armas en ellas. Hechizos mortales.

Heiki los sostenía como a preciados cachorrillos.

—¿Estás preparada para esto?

Raquel observó a Heiki. Se le retorció el rostro de agitación. Era un rostro brutal... aterrador, casi inhumano. «Pero es humana», se recordó Raquel a sí misma. Sabía que si quería seguir contando con alguna posibilidad de encontrar a Eric con vida, tenía que eludir aquellos hechizos. Aunque fuera capaz de luchar contra ellos y derrotarlos a todos, eso le llevaría demasiado tiempo. Pensó: «Antes de que una bruja se apodere de ti, Heiki, deberías comportarte de otro modo. Tiene

que haber una manera de llegar hasta ti».

Raquel, con cautela, giró en dirección hacia Heiki mientras abría las manos y la boca para mostrar que no ocultaba armas.

—¿Ya te rindes? —preguntó Heiki.

—No, solo vengo a hablar.

Heiki se rió.

—Habla entonces.

—¿Qué premio te han ofrecido las brujas por derrotarme?

—Algo especial.

—Lo dudo —dijo Raquel—. Pero apuesto a que podría adivinarlo. Prometieron cambiarte, ¿no es así? Prometieron que transformarían a la vulgar Heiki en una bruja.

La boca de Heiki se abrió como por un resorte.

—¿Cómo... cómo sabes eso?

—A mí me ofrecieron lo mismo, en otro mundo.

—¿Y tú no quisiste? —Heiki estaba atónita—. ¿Lo rechazaste?

—No me gustó que tuviera que matar a cambio.

Heiki se encogió de hombros.

—Únicamente sobreviven los mejores. No puedes andarte con remilgos.

Raquel la escrutaba con atención.

—¿Por qué has ordenado a aquellos niños que castigaran a mi mamá? Ella no es una rival. ¿Qué mérito tiene?

—Los padres son asquerosos —dijo Heiki con vehemencia.

—A ti no te gustan los padres, ¿verdad? —Raquel se acercó más a ella—. ¿Por qué no te gustan? ¿Por qué les tienes tanta manía a los padres?

—No son mágicos. Las brujas...

Raquel la cortó en seco.

—No. No es por eso. Hay algo más, ¿verdad que sí? ¿Qué quieres esconderme? —Heiki parecía de pronto incómoda—. Ese odio a los adultos —dijo Raquel—, no... no tiene nada que ver con las brujas, ¿verdad? —Dio un salto en la oscuridad—. ¡Tú ya odiabas a los padres *antes* de que vinieran las brujas!

Heiki no decía nada.

—¿Qué sucedió? —insistió Raquel—. Algo horrible tuvieron que hacerte tus padres, ¿qué fue?

—No pienso decirte nada.

—¿Te hicieron daño? —Raquel hizo un movimiento de aproximación, hasta que ambas casi se tocaban—. No, tampoco es eso. ¿Qué sucedió? ¿No puedes decírmelo? ¿Es demasiado doloroso?

—¡Cállate!

—Te abandonaron, ¿no es eso?

Heiki se dobló en dos, como si le hubieran propinado un golpe.

—¡Cállate! —gritó.

—¿Es eso lo que te prometieron las brujas? —le preguntó Raquel—. Poder vengarte de los adultos. ¿Es eso la causa de todo?

El rostro de Heiki se ensombreció, le temblaban los labios de la emoción. Fue entonces, por primera vez, cuando Raquel vio a Heiki tal como era: una muchacha adolescente no deseada, instigada por Calen a que se vengara de todo el mundo.

—Tú no quieres a nadie, ¿verdad que no? —le dijo Raquel en un susurro—. Porque nadie te quiere a ti.

—¡Cómo te atreves...! —empezó Heiki, pero las lágrimas se le saltaron de los ojos enojados y rencorosos. Las lágrimas surgieron de forma tan inopinada y enérgica que Raquel alargó instintivamente la mano para consolarla.

Heiki la apartó de sí encogiéndose de hombros, mientras se tapaba la cara para mantener ocultos sus sentimientos.

—Las brujas me quieren... —murmuró por fin—. A Calen le gusto.

—No —dijo Raquel—. A ella no le gustas. Calen lo único que hace es jugar contigo.

Heiki cerró los párpados con fuerza, aguantándose las lágrimas que le quedaban.

—¡No quiero tu compasión! —dijo en voz baja—. Yo soy especial, mejor que los demás niños. ¡Calen me lo dijo!

Raquel buscaba un atisbo de esperanza en la expresión resentida de Heiki... pero el breve momento de fragilidad había pasado.

—Ellas nunca te aceptarán como una bruja de verdad —le dijo Raquel—. Calen te ha mentado.

—Estás equivocada. ¡Yo *ya* soy una bruja! —Heiki se acarició la garganta y bajó la mirada con orgullo. Contra su cuello descansaba una delgada serpiente gris—. ¡Mira!

Raquel examinó la cría de serpiente y se dio cuenta al instante de que se trataba de un engaño. Apenas podía respirar ni mantener abiertos sus amarillos ojos, como si la escasa vida que poseía estuviera ya desvaneciéndose. Levantó su flácida cabeza, y la serpiente ni siquiera trató de impedirselo.

—Fíjate en ella con un poco de atención —dijo Raquel—... ¿De verdad crees que la serpiente compañera de Calen podría tener este aspecto? Te han dado un juguete raquíico, para que te quedes contenta. Una broma de brujas.

—¡Eso no es verdad! —chilló Heiki, con las mejillas encendidas—. Si es pequeña y débil es solo porque... porque no es más que una cría y porque mi magia aún no es lo suficientemente poderosa.

—Tu magia no tiene nada que ver con este artilugio mecánico. Y voy a demostrártelo.

Raquel le propinó una bofetada a la serpiente. Esta abrió las mandíbulas, que se quedaron colgando en el aire, y todo su color de serpiente se difuminó de inmediato. Blanca y semirrígida, se quedó inmóvil sobre la palma de la mano de Heiki.

Heiki dio un salto hacia atrás, reprimiendo un chillido. Examinó su serpiente con gran ternura, acariciándole con delicadeza las escamas. Le insufló aire por las ventanas de la nariz, con la esperanza de que ello pudiera devolverla a la vida. Al ver que la serpiente no reaccionaba, miró fijamente a Raquel.

—¡La has matado!

—No, yo no la he matado —dijo Raquel con gran seriedad—. Tú misma has visto que apenas si la he tocado. Una serpiente de compañía de verdad habría sabido defenderse. Ninguna criatura

viva se muere por una simple bofetada. ¿Por qué eres incapaz de comprenderlo?

—Estás dispuesta a decir cualquier cosa para convencerme, ¿no es verdad? —rezongó Heiki—. Habías conseguido confundirme, pero ahora ya veo qué era lo que pretendías. ¡Lo que te pasa es que tienes miedo de luchar contra mí!

—No, créeme —le imploró Raquel—. No es eso...

—¡No era más que una cría! Necesitaba aprender, igual que yo, ¡eso es todo! —Heiki acariciaba con ansiedad el flácido cuello de la serpiente—. Ahora... quizá nunca consiga que vuelvan a darme otra... —Guardó silencio, y luego su rostro se ensombreció con ira controlada—. Será mejor que te des prisa, Raquel. Trata de encontrar a Eric. ¡Vamos! ¡Vete! Pero no te servirá de mucho. Aunque consigas llegar hasta él antes que yo, el grupo te encontrará de todas formas. Conocen tu aspecto exterior, y tu olor mágico. Les he adiestrado para matar a simple vista. —Esbozó una sonrisa feroz—. Y ellos hacen exactamente lo que yo les digo.

—Pero...

—¡No! ¡Ya no te escucho! Te daré algunos segundos de ventaja.

Raquel dijo:

—¿Estás segura de que quieres luchar, Heiki? Si es así, será mejor que te asegures de no perder. No cometas errores. Calen no lo aceptaría.

Heiki dobló la rígida serpiente formando un arco y, apretándola con fuerza contra su propio cuello, profirió unas dulces palabras ante su rostro inexpresivo. Al ver aquel gesto, Raquel se dio cuenta de que cualquier posibilidad de influir sobre Heiki se había evaporado. «Si disfruta acariciando su cuerpo sin vida», pensó Raquel, «es muy probable que nunca nadie pueda convencerla».

—Dos segundos —dijo Heiki.

Raquel tiró de Heiki hacia sí... y abrió los ojos de par en par.

Una luz plateada y cegadora salió de ellos. Apenas por un momento, Heiki se vio sorprendida y desarmada. Raquel le arrancó la serpiente del cuello y la arrojó al mar. Mientras Heiki se zambullía en su búsqueda, Raquel salió disparada.

Unos segundos preciosos.

Una percepción dolorosa le decía que Morpet estaba ya muy cerca. *Pero ¿dónde?*

De repente, un sonido solitario... el chillido de una gaviota... seguido del rugir de las olas rompiendo contra la costa.

Tierra.

Raquel se precipitó sobre la superficie del océano. Ante ella se extendía una estrecha playa de piedras. Tras las rompientes se elevaban los acantilados de hielo. Raquel los sobrevoló en toda su inconmensurabilidad y descubrió la existencia de nieve, el principio de un vasto continente que se extendía hacia el norte. Al principio no pudo ver nada más que una inclemente blancura. Pero luego distinguió puntos verdes. A medida que Raquel se acercaba, los puntos verdes se hacían más grandes, hasta convertirse en brazos y piernas, los de decenas de niños que caían del cielo, atacando a otros dos que se encontraban en el suelo.

—¡Morpet! ¡Eric! —gritó.

Precipitándose sobre ellos, Raquel atravesó una fina nube. Heiki venía ya tras ella,

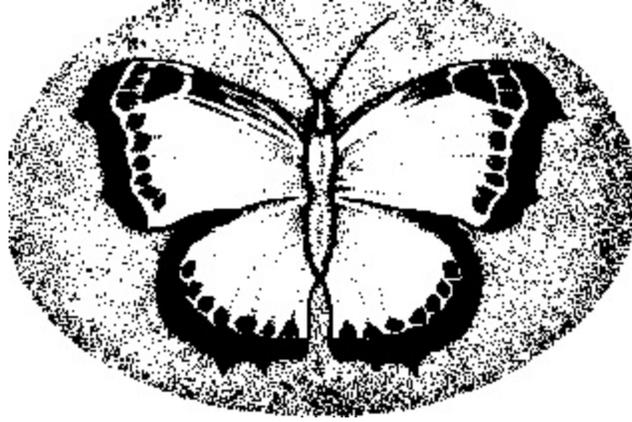
acercándose con rapidez y repitiendo los movimientos de Raquel. Cayeron ambas juntas en picado, con tal rapidez que ningún ojo humano habría sido capaz de seguirlas.

Raquel se abrió paso entre la multitud de niños.

Pero fue Heiki la que aterrizó primero.

14

La víctima



Una niña de aspecto familiar, con el pelo negro y largo, caminaba con decisión hacia Morpet.

—¡Raquel!

Lleno de alborozo, se dirigió hacia ella tambaleante.

Otra niña aterrizó a poca distancia tras él. Esta era delgada y tenía el pelo blanco, idéntico a la fantasmal descripción de Marshall acerca de Heiki. Morpet gritó:

—¡Raquel! ¿Es que no ves que la tienes detrás?

Sin hacerle caso, la muchacha de pelo negro se dirigió al grupo:

—¡Atacadla! ¡Yo ya os enseñé cómo!

Los niños no se decidían, mirándose unos a otros dubitativos. Entonces saltaron sobre la propia chica del pelo negro.

—Pero ¿cómo? —jadeó ella, tratando de huir. Marshall fue uno de los primeros en alcanzarla. Se lanzó contra sus piernas, derribándola contra el suelo. En cuanto cayó sobre la nieve, el grupo entero se abalanzó desde todos los ángulos, agarrándola de los brazos.

—¡No! —gritó Morpet—. ¡Dejadla en paz!

Incapaz casi de seguir andando, tropezó y cayó cuando intentaba apartarlos.

—¡Eric! —suplicó—. ¡Ayúdame!

Eric se levantó de la nieve. Una vez en pie, consiguió dar unos pasos... alejándose de la pelea.

—¿Qué estás haciendo? —rugió Morpet—. ¡Ven aquí!

Eric no le hizo caso. Apartando con energía la nieve con los pies, encontró a los prapsis. Yacían juntos convertidos en un amasijo de plumas y nieve, atónitos e inmóviles... aunque no lastimados gravemente.

—¡No te preocupes por los pájaros! —le gritó Morpet—. ¡Haz algo! ¡Es tu hermana!

Eric prosiguió con su minuciosa inspección de los pájaros-niño. Juntó algunas plumas desplazadas de su lugar, comprobó los daños sufridos en los músculos, pellizcó sus sonrosadas mejillas.

—¡Eric! ¿Qué estás...?

—No es Raquel —le susurró Eric—. Estáte tranquilo, ¿quieres?

A Morpet la chica le parecía enteramente Raquel, incluso poseía aquel particular olor mágico

suyo.

—¿Seguro que...?

—Confía en mí —le dijo Eric en un murmullo.

La chica del pelo blanco permanecía sentada en la nieve con las piernas cruzadas, al margen de la pelea.

Morpet la observó con atención por vez primera. Ella le devolvió la mirada, con una media sonrisa forzada. La cara no se correspondía, pero Morpet conocía aquella sonrisa. Se volvió atónito hacia la chica de pelo negro. No es Raquel, cayó en la cuenta... Heiki.

Un cambio de aspecto.

El grupo había caído en el engaño por completo. Tenían a Heiki rodeada. Morpet vio cómo, durante un extraordinario momento, ella conseguía mantenerlos a raya. Debatándose por mantenerse en pie, propinando patadas a las manos que se aferraban a ella, Heiki se abrió paso a través de la nieve e intentó escapar. Pero antes de que su mente confusa pudiera concretar un hechizo, o incluso antes de que pudiera comprender lo que Raquel había hecho, el grupo saltó de nuevo sobre ella y la derribó contra el suelo. No se detuvieron a pensar en el daño que estaban haciendo. El terror los impulsaba. En algún lugar cercano, en el cielo por encima de ellos, Calen observaba, preparada para castigar cualquier titubeo. Y Heiki también observaba.

Podían verla no lejos de ellos, esperando con tranquilidad sus órdenes para ser cumplidas. ¿No les había pedido que no tuvieran piedad? Los niños cumplían sus órdenes con exactitud, usando puños, pies y hechizos. En medio de la nieve que se convertía en un fango gris, proseguían con una incesante batería de golpes mecánicos, a la espera de que Heiki o Calen les dijeran que pararan.

Morpet le suplicaba a la chica del pelo blanco:

—¡Ya es suficiente, Raquel!

De sus claros y azules ojos se escapaban las lágrimas, y aquellas lágrimas en medio de aquel rostro duro pero quebradizo resultaban un extraño espectáculo.

—No tengo alternativa —susurró ella—. No tienes idea de lo fuerte que es Heiki.

Al cabo de varios segundos durante los que no se oyó otra cosa más que la lluvia de puñetazos, Raquel deshizo el hechizo de intercambio y gritó:

—¡Ya basta!

La verdadera Raquel, con su negra cabellera ondeando al viento, apareció sentada en la nieve. Al principio el grupo no podía entender lo que veía. Sus mentes se negaban a creerlo. Finalmente, la verdad caló en ellos y sus brazos dejaron de subir y bajar contra la chica que estaba en el suelo. Tambaleándose, arrastrándose, desesperados por escapar, se apartaron de Heiki.

Raquel bajó la cara, sin querer presenciar lo que habían hecho.

Los niños formaron un amplio círculo, rodeando a Heiki. Ella no necesitaba todo el espacio que le ofrecían. Convertida en un pequeño amasijo sobre la nieve enrojecida, yacía sobre el suelo ofreciendo un aspecto lastimoso.

—¿Está... viva? —preguntó Paul.

—¡Sí! —gimió Heiki, con voz estrangulada. Sacó fuerzas sin saber de dónde para hundir un codo en el barro e incorporarse parcialmente. Todos los niños se retiraron más aún... A pesar de las terribles heridas de Heiki, aún le tenían miedo.

—Levantadme —exigió.

Los niños no sabían qué hacer, mirando muchos de ellos hacia Raquel buscando su aprobación.

—Si... no... lo hacéis... —dijo Heiki con la respiración entrecortada—, haré que... las brujas... os maten... a todos... —Cayó de bruces sobre la nieve—. Ayudadme —suplicó, con una voz que sonaba de pronto lastimera. Algunos niños, liderados por Paul, se pusieron a caminar en dirección a Raquel.

Tan pronto se apercibió de ello, Calen se precipitó desde el cielo. De un solo golpe asió a Marshall y a otros dos niños del cuello y los izó en el aire.

—¡Gusanos cobardes! —les gritó a los niños—. ¡Seguidme! —Señaló a Heiki—. Excepto ella. Dejadla ahí.

Los miembros más mayores del grupo, muchos de ellos mirando con desesperación hacia Raquel, levantaron los brazos y salieron volando. Poco a poco fueron alineándose detrás de Calen, a la que siguieron en dirección hacia el norte.

—¿No podemos hacer nada por evitar que se los lleve? —le gritó Eric a Raquel.

—Dejad que se vayan —contestó ella con desánimo—. Ahora estoy demasiado débil como para intentar nada. Y vosotros también.

—Yo no me siento demasiado débil.

—Apenas puedes sostenerte en pie, Eric.

Él intentó levantarse... y cayó al suelo cuando sus rodillas congeladas se negaron a aguantar su peso. Los prapsis cubrieron sus manos, tratando de calentárselas con sus vellosas plumas suaves.

Por pequeños grupos, los niños que quedaban fueron levantándose de la nieve. Reunieron a los cuatro niños cuyos hechizos de vuelo había destruido Eric y formaron una triste y desaliñada línea en el cielo. Los más pequeños eran los más reacios a marcharse. Apretujándose unos contra otros, se arremolinaron al lado de Raquel, sin soltarse de entre sus piernas. Pero al final, incluso aquellos desistieron de su empeño. Cogiéndose de las manos, partieron juntos, con sus tristes ojos señalando hacia el Polo.

—¿Y por qué no has hecho que se queden? —musitó Eric frustrado—. ¡Seguro que hasta ellos se dan cuenta de que no les espera nada bueno!

—Desde luego que se dan cuenta —dijo Raquel—. Pero también saben que yo no soy lo suficientemente fuerte como para desafiar cara a cara a todas las brujas a la vez. ¿Qué otra cosa pueden hacer, más que seguir a Calen y esperar que no les castigue con demasiada severidad?

Ninguno de los niños se había quedado para atender a Heiki. Con gestos espasmódicos, como un pájaro que tratara de volver al nido con una única y lastimada ala, consiguió volar de forma penosa con su brazo izquierdo. El brazo derecho estaba dislocado, y le colgaba por completo del costado.

«Una víctima fácil», pensó Raquel. «Un simple hechizo bastaría para acabar con su vuelo para siempre».

—¿Y bien? —preguntó Eric—. ¿Vas a dejar que Heiki escape también, después de lo que ha hecho?

Raquel contestó con voz temblorosa por la emoción:

—Siempre habrá otra Heiki en alguna otra parte —dijo en un susurro—. ¿Tengo que matar a todo aquel que me persiga? ¿Y todos los niños que han entrado ya en contacto con las brujas? Ellos también suponen un peligro. ¿O no? ¿No es eso lo que haría Heiki, cazarlos por si acaso pudieran suponer una amenaza?

Eric no replicó.

Morpet se acercó hasta Raquel y la abrazó con fuerza. Juntos vieron pasar a Heiki sobre ellos como una sombra rota.

—¡Te ayudaré! —le gritó Raquel—. ¡Déjame que te ayude!

—¡No! —repuso Heiki con voz ronca—. No quiero tu ayuda. Volveré por mis propios medios.

—Aunque lo consigas, ¿qué tipo de recibimiento crees que va a darte Calen?

Heiki no dijo nada, mientras trataba de conseguir que su cuerpo siguiera elevándose hacia el cielo. El grupo le sacaba ya un buen trecho, dejándola cada vez más rezagada mientras se les veía cada vez más pequeños en la lejanía, hasta diluirse entre el brillo de la mañana ártica.

—No puedo creer que Heiki quiera volver con el grupo —dijo Eric—. Después de que Calen no hiciera nada por ayudarla...

—Nunca ha tenido que enfrentarse a un castigo de las brujas —dijo Morpet con tranquilidad—. No tiene ni idea de lo que Calen va a hacerle.

Y entonces, por encima de su cabeza, oyó un batir de alas.

—¡Un bebé giratorio! —se maravilló un prapsi.

Era Yemi, agarrado a sus mariposas. Había esperado pacientemente a Calen durante todo aquel tiempo. ¿Adónde iba ahora, con todos aquellos niños que gritaban tanto? A él le asustaban, y estaba preocupado por que pudieran hacerle daño a Calen. Mientras Calen huía, él permanecía quietecito y callado, como había prometido, pero estaba asustado. Hasta que notó en el suelo a sus pies una magia que le resultaba familiar y que le llenaba con el más feliz de los sentimientos. Bajó flotando para saludarla.

Raquel permanecía en medio de la nieve, rodeada por las Bellezas de Camberwell de Yemi. Volaron en círculos en torno a ella hasta que se le posaron en la cabeza, haciendo que los prapsis se pusieran nerviosos. Dos de las más grandes, cuyas alas giraban como las aspas de un helicóptero, depositaron a Yemi con suavidad en el suelo.

Raquel extendió los brazos.

Pero antes de que Yemi llegara hasta ella, un grito de alarma hizo que las mariposas se taparan los ojos. Era Calen. Tras dejar al resto de los niños, se precipitaba a través del cielo, pronunciando en voz alta una y otra vez el nombre de Yemi. Algunas de las mariposas movieron las antenas con excitación al resonar la voz de Calen. La mayoría se acercaron más a Raquel.

—¡Ven aquí, Yemi! —gritaba Calen—. No me hagas enfadar.

Él se mantenía con dificultad pendido justo fuera del alcance de las manos de Raquel. Algunas de sus Bellezas de Camberwell tiraban de los dedos de sus pies hacia ella, mientras que otras trataban de arrastrarle hacia Calen. Yemi miraba con ansiedad a las dos.

—No luches por él —advirtió Morpet a Raquel—. Estás demasiado débil para enfrentarte a Calen.

—Ya lo sé —susurró Raquel, pero no podía reprimirse. Abrió más los brazos, invitando a

Yemi a que se cobijara en ellos. Él descendió un poco más, con mayor seguridad, dirigiendo risitas a sus mariposas.

Al tocar los dedos extendidos de Raquel, el viento trajo un olor procedente de Calen. Era un olor femenino, dulzón, ligeramente picante, y palpablemente humano: el olor de su madre.

Profundamente confuso, Yemi miró primero a Raquel y luego a Calen, mientras sus mariposas aleteaban inseguras en el cielo.

—Ven, Yemi. —Era la firme voz de su madre la que surgía de las cuatro mandíbulas de Calen.

—Ella no es tu madre —le dijo Raquel.

Calen se marchó. Reapareció como un punto lejano al frente del grupo de niños, dejando el poderoso olor a madre tras ella.

—¡Sígueme! —gritó.

—¡Mamá! —chilló Yemi—. ¡Mamá!

—¡No! —gritó Raquel. Proyectó un nuevo olor, el de Fola, mezclado con otros aromas que ella recordaba del hogar de Yemi—. Ven con tu hermana —insistió—. ¡Recuérdalo, Yemi! ¡Vuelve a tu hogar de verdad! ¡Vuelve a casa!

Durante algunos segundos los ojos marrón claro de Yemi parpadearon al mirar a Raquel. Luego, sin mirar siquiera hacia Calen, partió. De un solo movimiento fue a parar al instante a miles de kilómetros al sur. Raquel dio una palmada de júbilo, pues sabía adonde había ido, y miró desafiante a Calen, a lo lejos.

—¡Una victoria pírrica! —concedió Calen—. ¿Cuánto tiempo crees que la aburrida familia de Yemi podrá mantenerle ocupado? No tardará en volver a mí.

Le volvió la espalda a Raquel y siguió conduciendo el maltrecho grupo hacia el norte.

Eric seguía asombrado por la magnitud del hechizo de vuelo de Yemi. Nunca había sentido tan sorprendente poder de control, ni siquiera el de Dragwena.

—No ha sido un vuelo corriente —dijo—. Yemi no ha utilizado su propia magia. Le ha ayudado la magia del grupo de niños.

Raquel sacudió la cabeza en señal de negación.

—No, eso no es posible. Ni siquiera una bruja puede hacerlo.

—Bueno, pues él lo ha hecho —insistió Eric—. Ha tomado lo que ha querido, un poco de cada niño, no demasiado. No ha sido codicioso, solo ha tomado lo necesario.

—Yemi está particularmente dotado, ¿verdad? —dijo Morpet—. Su magia parece distinta por completo, diferente a la de los demás niños.

—En todos los sentidos —dijo Eric—. Sus hechizos son raros. No son como los tuyos, o como los de Raquel, ni siquiera como los de las brujas.

Durante un glorioso segundo Raquel pensó en Larpskendya. Se estremeció, era una posibilidad demasiado maravillosa.

—¿Más bien como un mago? —dijo, sin atreverse casi a preguntarlo—. ¿Su magia es como la de Larpskendya?

—No —suspiró Eric—. No es como la de Larpskendya, Raquel. La magia de ese bebé no se parece a nada que hayamos visto.

Cuando el último de los niños desapareció en el horizonte con Calen, Eric rebuscó en su atestado abrigo.

—¡Yu-hu, chicos!

Los prapsis salieron felices de sus bolsillos.

Eric tenía las manos demasiado entumecidas para notar el tacto de las plumas. Un prapsi se frotó un lado de su delicada cabeza contra los dedos del niño.

—¡Diantre de chico! —dijo, lamiéndole los dedos con desagrado.

El otro prapsi hizo rodar los ojos.

—Oh, no te enfades. Es el mismo Eric de siempre.

—Ya lo sé, pero está congelado. ¡Mira que eres antipático!

—¡Cállate, voz de pito!

—¡Feo! ¡Labios cortados!

—¿Tengo los labios cortados? —Sus ojos apenados se volvieron hacia Eric buscando consuelo.

Acarició las mejillas de los dos prapsis con la manga del abrigo, evitando tocarlos con sus dedos fríos.

—Estáis magullados —dijo—, pero tenéis buen aspecto, chicos. La verdad es que los dos tenéis un aspecto magnífico. Parecéis dos águilas.

Los prapsis se pusieron a canturrear encantados.

—Ya va siendo hora de que nos ocupemos de los daños de la congelación, rubito —dijo Raquel.

Eric sonrió.

—Primero el más viejo. La edad por delante de la belleza.

—¿No te duelen? —Raquel examinaba sus dedos hinchados.

El sonrió con una mueca.

—No siento nada.

—Supongo que es porque debes de ser un tipo duro.

—Tú lo has dicho.

Raquel curó lo más urgente de los daños de Eric. Los hechizos requeridos eran bastante sencillos, pero estaba cansada, por lo que le costó un buen rato realizar toda la labor. Luego atendió a Morpet.

—Ahorra fuerzas —protestó él.

—¿Para qué? —dijo ella con sequedad—. ¿Qué hay más importante que esto?

Morpet tenía la espalda muy magullada, sobre todo las zonas en que había caído la mayor parte de los golpes destinados a Eric. Raquel anestesió el escozor y reparó con cuidado los vasos sanguíneos más maltrechos. Finalmente envolvió a ambos dentro de un calor aislante que ni siquiera los penetrantes vientos árticos pudieran atravesar.

Se quedaron un rato quietos, sin hacer otra cosa que mirar fijamente hacia el norte, invadidos por las sensaciones de hambre, cansancio y ansiedad.

—Qué lugar tan horroroso, este en que nos encontramos —dijo Eric. Entornó los ojos, intentando percibir el más mínimo detalle en aquella blancura que se extendía hasta el infinito—.

Apuesto a que a las brujas les encanta.

Raquel explicó lo que había sucedido en la casa.

—Si queréis, puedo llevaros de vuelta a casa —concluyó con seriedad—. Allí estaríais más a salvo.

Eric sacudió la cabeza en señal de negación.

—De ningún modo. No quiero darles a las brujas ni a nadie una excusa para que vuelvan a acosar a mamá.

Dio una patada en la nieve, con un gesto de frustración.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está Larpskendya?

—Ya vendrá —dijo Raquel, tensa—. Vendrá.

—Si queremos encontrar el campamento base de las brujas, tendríamos que darnos prisa y seguir a los niños —les dijo Morpet—. Antes de que sus olores desaparezcan, o se mezclen con los de otras cosas.

—Estupendo —masculló Eric con resignación—. ¡Estoy ansioso por conocer a las cinco brujas!

Morpet se quedó mirando a los dos.

—Hay una alternativa. Podríamos intentar encontrar un lugar tranquilo donde escondernos y sobrevivir, hasta que llegue Larpskendya.

—No —dijo Raquel—. Entonces dejaríamos a todos los niños a merced de las brujas. —Pensó en Paul, y se preguntó cuánto tardaría Calen en someterle—. No pienso volver a permitir que las brujas hagan lo que les dé la gana —añadió—. Debemos al menos tratar de averiguar dónde está el campamento base.

Los tres se quedaron de nuevo mirando hacia el norte, tratando de cobrar ánimos para seguir adelante. Se había levantado aire, y con él empezó a caer una fina nevada que les azotaba el rostro.

—Aún puedo percibir el olor de Heiki —señaló Eric—. Está herida y deja tras de sí un gran rastro de magia. Es como si, bueno, como si se le *derramara*.

Raquel envió sus hechizos de información. Cuando estos regresaron, comprobó como de sus ojos se escapaban unas inesperadas lágrimas.

—Heiki está cayendo y quedándose cada vez más rezagada —dijo—. Intenta mantenerse en el aire con todas sus fuerzas, pero no lo consigue. Esta vez sus heridas son demasiado graves como para curarse.

—¿Cree que vamos tras ella? —preguntó Eric.

—No tiene nada que ver con nosotros —murmuró Raquel—. Sigue tratando de impresionar a las brujas. Heiki hace todo lo posible por ocultar su debilidad, sobre todo por ocultársela a Calen.

Eric frunció el ceño.

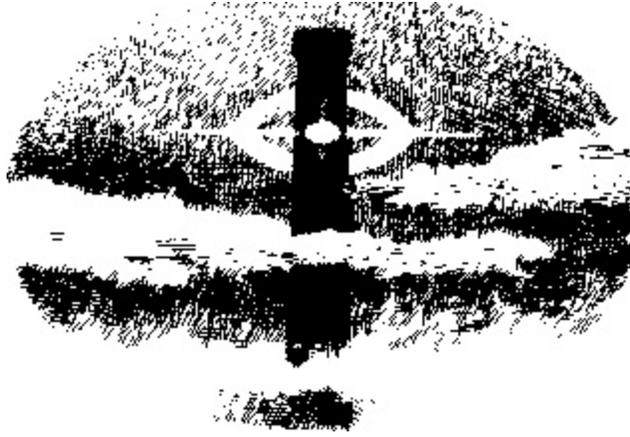
—¿Por qué preocuparse? ¿Acaso esa bruja no ha renunciado ya a ella?

Raquel intercambió con Morpet una mirada de complicidad. En Itrea había precisado de toda su fuerza de voluntad para resistirse al atractivo de Dragwena. Y solo había necesitado resistirse unos pocos días. Heiki había pasado mucho más tiempo con las brujas, quienes habían hecho que se sintiera alguien especial.

La pobre Heiki se había medio enamorado del encanto de Calen.

15

La llegada



Heiki arrastraba su frágil cuerpo en dirección hacia el Polo.

Estaba demasiado débil para transportarse. Mientras había tenido fuerzas, había volado. Cuando las fuerzas la habían abandonado, había avanzado a trompicones, sobre unos tobillos que todavía no se habían recuperado por completo de la cacería. Finalmente se había puesto a caminar a gatas. Había tardado más de una hora en recorrer, en medio de la ventisca, los últimos escasos metros que la separaban del perímetro del campamento base de las brujas.

La recibió Calen, quien se quedó contemplándola con desdén.

—¿Por qué has vuelto? Aquí solo encontrarás más castigos.

Heiki permanecía de rodillas sobre la nieve, avergonzada.

—Por favor, ayúdame. Por favor. Me duele mucho...

—Has fallado —dijo Calen—. No hay segunda oportunidad para una bruja que falla.

—Haré lo que sea —prometió Heiki—. Yo sigo dispuesta a todo. No renuncies a mí.

—Te pedí que me dieras motivos para estar orgullosa de ti. No has sido capaz de hacer ni siquiera eso.

—Por favor. Dame otra oportunidad.

—No. Ya ha pasado tu oportunidad.

Calen agarró a Heiki por la cabellera y la arrastró como un saco indeseado entre las torres.

—¿Qué es lo que me espera?

Calen no contestó. Al ver que Heiki seguía conservando la cría de serpiente, se la arrancó de un manotazo del cuello y arrojó su rígido cuerpo al suelo. Heiki se puso a llorar. Intentaba contenerse, pero no pudo reprimir el torrente de lágrimas, y estaba, además, demasiado cansada para enjugárselas.

Levantó la mirada hacia Calen.

—¿Me vais a... matar?

—¿Y aún necesitas preguntarlo?

Calen voló hasta su torre atalaya y abandonó a Heiki en su interior.

Más tarde, Calen recibió la llamada de su madre.

Se dirigió con nerviosismo a la gran torre de Heebra, pensando que iba a ser severamente

castigada por el fracaso de Heiki. Nylo se retorció contra su cuello.

Heebra estaba de pie, mirando a través de la ventana de vigilancia. Durante varios minutos ignoró la presencia de Calen. Finalmente dijo:

—Heiki, tu favorita, la niña a la que tú adiestraste personalmente, ha sido derrotada.

Calen bajó la cabeza con gesto de humillación.

—Y también te has equivocado acerca de los demás niños de este mundo —dijo Heebra—. Se les puede instruir, pero muchos de ellos son desafiantes, o impredecibles.

—Si tuviera más tiempo...

—¡Más tiempo! —gritó Heebra. Se volvió para mirar a su hija cara a cara—. ¡Harían falta siglos para forjar a los niños y que formaran un ejército lo suficientemente leal para suponer una amenaza para los magos!

—Entonces... —balbució Calen, sosteniendo a Nylo pegado a ella—, ¿nos recomiendas... que abandonemos?

Las cuatro mandíbulas de Heebra pasaron de una expresión de ira a otra de diversión.

—¿Abandonar este maravilloso mundo a los magos? Creo que no. No. Tengo un nuevo plan: ¡atraeremos a Larpskendya hasta aquí lo antes posible!

—No comprendo.

—Larpskendya ha sido siempre la pieza de caza mayor —dijo Heebra—. Siempre he sabido que si éramos capaces de matarle, podríamos aplastar rápidamente a toda la Orden de los Magos. Por vez primera estoy en situación de ventaja. Cuando las dos muchachas se enfrentaron, volví a abrir el canal entre Raquel y Larpskendya. Él no puede comunicarse, pero ve todo lo que asusta a su niña preferida. Ve con los ojos de ella. —Heebra sonrió—. Heiki ha cumplido su misión. Yo siempre he sabido que Raquel la derrotaría. Sin embargo, hasta sus pequeñas escaramuzas habrán horrorizado al amable Larpskendya.

—Pero seguramente será lo bastante cauteloso como para no venir.

—No —dijo Heebra—. Vendrá por su Raquel, tenlo por seguro. Un mensajero me ha informado ya de que se dirige a toda velocidad hacia aquí para proteger a su querida cazadora de brujas.

Las bocas de Calen se abrieron de par en par.

—¿Estamos preparadas? Larpskendya no vendrá solo.

—¡Viene solo! —dijo Heebra exultante—. Las gridas han conseguido mucho más de lo que yo había esperado, Calen. Las enviamos a que cubrieran un área muy extensa. Los magos han tenido que disgregarse para poder enfrentarse a todos ellas. Larpskendya está ahora aislado, sin compañeros que puedan tenderle una mano. —Se llevó a Mak hasta sus narices y aspiró su intensa fragancia—. Y lo mejor de todo, Calen, Larpskendya está herido. ¡Una grida consiguió abrirle un corte en el mundo de los Lepos! Me he asegurado de hacerles llegar a otras de la misma zona la orden de que le persigan y le acosen durante todo el viaje a la Tierra. Nuestras gridas no permitirán que se recupere. Cuando Larpskendya llegue, estará exhausto.

—¿De verdad? —dijo Calen dubitativa—. Su poder es inmenso. Aunque contemos entre nosotras con tus capacidades, ¿seremos suficientes, con solo otras cuatro brujas, para...?

—¿Solo cuatro? —rió Heebra—. Bien. Entonces es que no has detectado la llegada de las

demás. En ese caso estoy segura de que Larpskendya tampoco.

—¿Las demás? —Calen lanzó una mirada a su alrededor.

—Las hice llamar tan pronto concebí cómo tender la trampa.

A un gesto de Heebra, cientos de Brujas Superiores aparecieron de improviso. Cubrían el cielo en toda su magnificencia, con sus vestidos negros ondeando al viento. La mayoría de ellas se rieron al ver el asombro de Calen.

—¿Cuántas hay? —dijo Calen dejando escapar el aliento.

—Setecientas cincuenta y seis, de las mejores que tenemos. Acaban de llegar, frescas y con ganas de guerra. Toma el control sobre ellas, Calen. Deja que las que quieran comiencen a construirse sus propias atalayas, pero asegúrate de que todas nuestras nuevas hermanas permanecen ocultas. Raquel espera encontrar tan solo a cinco brujas. Debe seguir creyéndolo. Ahora no podemos cometer errores.

—Larpskendya sospechará alguna trampa —dijo Calen—. Actuará con cautela, primero vigilará la posición, y no se dejará ver hasta que esté preparado.

—De acuerdo. Entonces tenemos que hacer algo para que se sienta desesperado. Cuando Raquel vea las diversiones que les tenemos preparadas a los demás niños que tenemos aquí, Larpskendya se precipitará sobre nosotras.

—¿Qué diversiones? —preguntó Calen, intrigada.

—Quiero que montes una prisión separada, que aisles a los niños en ella y que los aterrorices mientras Raquel observe.

—¿Que los aterrorice? ¿Cómo?

—Comienza por ejecutar a Heiki —dijo Heebra—. Quiero que sea un ejemplo especial para los demás. Si su muerte no es suficiente para traernos a Larpskendya, coge a otro niño... a uno cualquiera, no me importa quién.

Calen asintió con la cabeza.

—¿Cómo quieres que ejecute a Heiki?

—Como tú prefieras —dijo Heebra—. Espera. Tengo una idea mejor. Elige algo... algún tipo de artefacto... que todos los niños reconozcan, procedan de donde procedan.

—¿Alguna de sus propias máquinas de matar?

—O algo más sencillo aún, tal vez. Habla con los niños más pequeños. Averigua qué tipo de juegos les gustan y luego utilízalos para asustarles. Es miedo lo que queremos infundirles, Calen. Génralo tú. Aterroriza a todos esos niños, y haz que Raquel sea testigo. Consigue que Larpskendya recorra lo que le quede de su viaje a toda velocidad.

—¿Y después? ¿Qué hacemos con Raquel?

—Después de que me haya servido para capturar a Larpskendya, nos las veremos con ella, cada una a nuestro modo.

Calen abandonó la torre atalaya para llevar a cabo sus órdenes.

Heebra se deslizó por la habitación y se sentó. Desde las alturas de su atalaya, meticulosamente camuflada, podía observar todo lo que sucedía a decenas de kilómetros de distancia. Raquel, Eric y Morpet se aproximaban llevados por un hechizo primitivo. Heebra sabía con exactitud dónde se encontraban. Había conducido deliberadamente a las brujas y a todos los

osos polares fuera del perímetro para asegurarse de que los niños llegarían a la base. La trampa estaba casi completada.

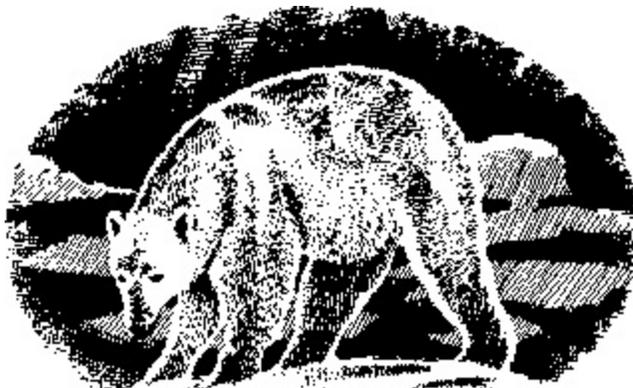
Por primera vez desde que llegara a la Tierra, Heebra se permitió unos momentos de completa relajación. La vista exterior la complacía cada vez más. Las nevadas eran raras en aquella parte del mundo, pero la nieve caída no se deshacía. Sus brujas podrían construirse allí un hogar sin muchas dificultades. La primera etapa sería sustituir la desagradable luz del sol por una sensual oscuridad de Ool. A continuación, harían que la nieve cayera perpetuamente.

Pero estos asuntos podían esperar. Con enorme regocijo, Heebra se imaginaba a Larpskendya surcando el espacio a toda velocidad, consumido por el cansancio y las heridas, viendo a través de los ojos de Raquel, tratando de llegar a tiempo para detener la batalla.

Pero no conseguiría detenerla. Esta vez no. Esta vez, tanto ella como cientos de sus más soberbias Brujas Superiores estaban preparadas para enfrentarse a él.

16

La prisión



Envueltos en un hechizo de ocultamiento, Raquel, Morpet, Eric y los prapsis habían seguido a Heiki. Habían observado su encuentro con Calen. Sin apercibirse de ello, habían penetrado en el perímetro de las brujas observados por cientos de pares de ojos tatuados.

—Esto podría ser Itrea —dijo Eric. Su voz era apenas audible.

—No tienes por qué hablar tan bajo —le dijo Raquel—. Nuestras voces no pueden ser escuchadas.

—Prefiero seguir hablando así de todas formas.

Los prapsis no se estaban quietos un segundo. Revoloteando constantemente, hacían rodar los ojos y probaban la nieve que caía con sus sonrosadas lenguas recelosas.

—¿Por qué no paran de moverse? —le preguntó Raquel a Eric.

—Están nerviosos, eso es todo.

Uno de los prapsis olisqueó el aire.

—Una bruja, puede ser.

El otro estiró los labios hacia delante.

—¡Bajos fondos!

—Silencio, chicos, yo cuidaré de vosotros —les prometió Eric, acariciándoles las plumas.

—No, escúchales —dijo Morpet—. Recuerda que se pasaron cientos de años en Itrea como mascotas de Dragwena. —Les acarició las plumas del cuello—. ¿Cuántas brujas? ¿Sabríaís decirlo?

—¡Cuestan horrores de ver!

Morpet asintió con impaciencia.

—Pero ¿cuántas?

—¡Muchas!

—¿Demasiadas para contarlas?

Los dos prapsis elevaron sus ojos astutos.

—¡Allí! ¡Mirad! —Se taparon la cara.

Enfrente habían aparecido las torres de las brujas. Había cinco, cada una de ellas de más de cien metros de altura, dispuestas en un círculo perfecto. Sus ventanas de vigilancia irradiaban una cruda luz esmeralda, que atravesaba con facilidad la débil nevada.

—Aquí no tenemos dónde buscar abrigo —dijo Morpet—. No debemos osar acercarnos más.

—Si queremos ver lo que está sucediendo, debemos hacerlo —insistió Raquel.

Los condujo con cautela hacia la torre más próxima. Sus hechizos le suplicaban que no lo hiciera. Querían que viviera. Le decían que se transportara. Le rogaban que se disfrazara, que abandonara a Eric y a Morpet, y que huyera sin más. Raquel persistió en su avance, haciendo caso omiso de sus advertencias cada vez más frenéticas.

Al llegar a una zona en que la nieve estaba lisa y sin pisar, se detuvieron.

—¡Bajos fondos!

Las brujas se dejaron ver por vez primera. Ataviadas con sus vestidos negros de tersa piel, tres de ellas salieron volando de entre las ventanas de vigilancia, entrando y saliendo con tal rapidez que sus cuerpos parecían estar en todas partes a la vez. Una de las brujas, Calen, pasó directamente por encima de Raquel, sin mirar hacia abajo.

—No pueden vernos —dijo Raquel, tratando de tranquilizarse.

—O quizá lo fingen —sugirió Morpet.

Eric distinguió una nueva estructura.

—¿Qué es aquello? No estaba ahí hace un momento.

Una tosca construcción fabricada de hielo estaba comenzando a formarse en el interior del anillo que constituían las torres atalaya. Tenía una altura de tres pisos... aunque seguía creciendo. Dos de las brujas pasaron en corto vuelo alrededor de la estructura, transmitiendo órdenes. A medida que los pisos, uno tras otro, iban tomando forma, Morpet era incapaz de entender el modo en que el edificio estaba siendo construido. Luego comprendió el significado de las confusas formas que se movían entre los bloques de hielo.

—¡Son los niños los que lo están construyendo!

Había decenas de ellos trabajando. Vigilados por las brujas, los niños utilizaban sus manos y su magia para compactar la nieve formando bloques de hielo. Operaban a gran velocidad, dando forma a paredes y techos, acuciados por las brujas, quienes no les concedían tregua. Morpet, Eric y Raquel contemplaron con admirado asombro cómo el edificio entero estaba finalizado en menos de una hora.

—¿Para qué será? —preguntó Eric.

Morpet dijo:

—Es evidente que lo han construido para alguna finalidad concreta, no está hecho para que viva nadie en él. Parece una especie de... prisión. ¿Os habéis fijado en lo estrecho que es? En cada una de las habitaciones no cabría más que un niño de pie, y tienen una única ventana. Y fijaos: todas las ventanas apuntan en una misma dirección... *hacia nosotros*.

Raquel se estremeció. ¿Era casualidad? Tenía que serlo.

—Ya han acabado —dijo Eric—. Y ahora, ¿qué?

—Esperaremos —contestó Raquel.

Las brujas condujeron a los niños a las habitaciones que les habían sido asignadas. Permanecieron de pie, tras los huecos vacíos de sus ventanas de hielo, mirando hacia abajo con tristeza.

A Raquel le pareció en un primer momento que los niños la miraban directamente a ella.

Luego se dio cuenta de que miraban hacia el pie de las paredes. En la base de la prisión de hielo, dos de las brujas montaban guardia a cada uno de los lados de un pequeño pasillo. Una de ellas era Calen, quien abrió la puerta... y una figura se deslizó al exterior.

Era una niña, todavía gravemente herida: Heiki.

Salió trastabillando, arrastrando numerosas piezas de madera y un pedazo de cuerda sobre la nieve.

—¿De qué va todo esto? —Eric se esforzaba por distinguir las formas.

—No lo sé. —Raquel se debatía tratando de averiguar cuál era el propósito de aquella escena

—. Todo eso que lleva pesa mucho. Apenas si puede cargar con ello, ni siquiera por medio de su magia.

Morpet escrutaba los rostros crispados y nerviosos de los niños.

—Les han advertido de lo que va a suceder —dijo, comprendiendo de súbito—. Todos y cada uno de los niños gozan de una visión perfecta desde sus posiciones respectivas.

Eric frunció el entrecejo.

—¿Una visión perfecta para qué?

—Para que sean testigos de lo que han planeado hacer con Heiki. Para que presencien el espectáculo.

En una o dos ocasiones Heiki dejó caer su carga o intentó descansar. Cada una de las veces, Calen voló hasta ella y la golpeó en los tobillos, obligándola a continuar. Al final se elevó lo suficientemente lejos del pie de la prisión para que todos los niños tuvieran una clara visión. Calen le susurró instrucciones al oído.

Heiki asintió y, pieza por pieza, erigió una estructura.

—Oh, no —dijo Eric, reconociendo la forma—. No, por favor.

Era el juego del Ahorcado.

Raquel se estremeció y estuvo a punto de desvanecerse. Se había preparado para muchas eventualidades, pero no para aquello. La invadió un sentimiento de piedad hacia Heiki... y de miedo. En aquel mismo instante sus hechizos de alejamiento dieron un salto al frente de forma automática... y se quedaron esperando una orden para ejecutarse.

Heiki acabó de construir la base y el marco angulares. Haciendo una breve pausa, recogió el pedazo de cuerda de la nieve y la ató al tablón superior. Calen comprobó la resistencia de la cuerda haciendo que Heiki tirara de ella varias veces. A continuación, Calen cogió ella misma la cuerda y le dio forma de lazo corredizo, e izó a Heiki del suelo para calcular la altura precisa. Raquel trataba en medio de la confusión de su cerebro de imaginar una defensa, pero contra cinco Brujas Superiores sus hechizos no ofrecían nada que pudiera funcionar.

«¡Huye! ¡Huye!», le gritaban.

La estructura del Ahorcado estaba concluida. Heiki se inclinaba con pesadez sobre la base, y mientras miraba la nudosa soga sintió que se evaporaba cualquier resto de coraje que pudiera quedarle. Se tapó la cara con las manos y lloró. Incluso durante aquellos últimos instantes había seguido esforzándose por impresionar a Calen. Sabiendo que las brujas nunca respondían a la compasión, levantó la barbilla, con la esperanza de que aquella actitud de desafío que tanto le había gustado a Calen sirviera de algo. Pero Calen no le dio motivo alguno para cobrar ánimos, y,

ahora que el Ahorcado la esperaba ya, Heiki cayó de rodillas. Apretó sus labios contra el ribete negro del vestido de Calen y le suplicó:

—Por favor. Por favor, no...

—No hay segundas oportunidades —le recordó Calen.

Levantó a Heiki tirándole del cabello, mostrándosela a los niños que miraban desde el edificio de hielo. Al debatirse Heiki por liberarse, Calen se limitó a apretar con mayor fuerza.

Morpet miraba a los demás niños. Sus ojos contemplaban a Heiki desde las ventanas, incluso los de los más pequeños. Era evidente que los obligaban a mirar. Paul y Marshall ocupaban habitaciones contiguas. Sus rostros estaban petrificados.

—Deten todo esto —susurró Morpet—. Raquel, no sé cómo... pero tenemos que...

Raquel asintió con un convulso movimiento de cabeza. No tenía idea de cómo hacerlo.

Calen elevó el delgado cuello de Heiki hacia el lazo.

—Escúchame —musitó Eric—. Calen está utilizando dos hechizos para controlar la cuerda. Lo he descubierto. Creo que puedo destruirlos los dos. Raquel, si tú intentas...

Morpet le dio a Eric unos golpecitos en el hombro.

—Raquel —prosiguió Eric—, si tú atacas a Calen al mismo tiempo, yo...

Morpet le golpeó de nuevo en el hombro.

—¡Qué pasa!

Eric sintió que se le erizaban los pelos del cuello.

Por encima de ellos, titilando en el cielo, acababan de llegar los magos.

La trampa



Habían llegado formando una procesión imponente: veinte magos.

Llegaban de uno en uno, desplegándose de entre las nubes con sus majestuosos ropajes carmesí, turquesa y oro reluciente. A medida que iban llegando, anunciaban sus nombres con júbilo:

«¡Areglion! ¡Tournalat! ¡Hensult! ¡Serpanta!»

Aquellos nombres carecían de significado para los niños, pero las brujas se arredraron y retrocedieron al escucharlos. Calen, estupefacta, se apartó del Ahorcado.

—¡Madre! —gritó al cielo—. ¡Me prometiste que solo vendría Larpskendya!

Hensult y Serpanta tomaron posiciones en el epicentro del cielo. Tenían forma humana, solo que eran más altos, tan altos como las brujas. Esperaron impasibles, hasta que el aire cantó de un modo que torturó las apocadas orejas de las brujas.

Acababa de llegar un último mago, ataviado con una túnica blanca. Sus ojos de múltiples colores no reposaban sobre ningún objeto.

—¡Larpskendya! —gritó Raquel llena de alegría. Nada más verle, su corazón había saltado de alborozo.

Por un breve instante el Gran Mago le dirigió un grave gesto de reconocimiento. Luego, él y el resto de los magos se precipitaron, desplegándose en la nieve junto a Heiki.

Larpskendya recogió su convulso cuerpo del Ahorcado. Le enjugó las lágrimas.

Heiki había esperado un castigo. Cuando Larpskendya se limitó a levantarla en sus fuertes brazos, se dio cuenta de que era incapaz de pensar con claridad. Él la sostuvo, sin pronunciar palabra, hasta que ella dejó de temblar. Él le tocó el brazo lastimado y se lo curó. Por fin Heiki levantó los ojos hacia él, pero no pudo mirarle a los ojos. Apenas era capaz de hablar.

—¿Por qué... por qué me ayudas?

Larpskendya pareció sorprendido.

—¿Por qué no iba a ayudarte?

—Después de lo que he hecho...

—¿No has recibido ya bastante castigo? ¿Quieres más?

—No —susurró ella—. Oh... Pero yo... he hecho algunas cosas terribles.

—Y podrías haber hecho cosas aún peores —replicó él con firmeza—. Nos espera una prueba mucho más dura, por causa tuya. ¿Estarás dispuesta a ayudarme, Heiki?

Antes de que ella pudiera decir nada, resonó la voz de Calen. Se había recuperado de la entrada de los magos, aunque Nylo seguía acurrucado contra su cuello.

—Veinte magos —gritó—. Veinte magos no serán suficientes. ¿A cuántas brujas eres capaz de derrotar en un combate personal, Larpskendya? ¿A cinco? ¿A cincuenta?

Levantó una zarpa... y cien torres de vigilancia recién construidas se recortaron relucientes contra el cielo. Las brujas salían de ellas, sacándose de sus vestidos negros sendos puñales de hoja corta y curvada.

Si los magos de Larpskendya sintieron algún temor, no lo demostraron.

—¿No te impresionan? —dijo Calen—. Unas pocas más, entonces.

Aparecieron entonces exactamente otras seiscientos cincuenta y seis torres.

Las brujas salían en racimos de las ventanas de vigilancia, en tan gran número que sus cuerpos en movimiento cubrieron de sombras la mitad de la nieve. Morpet estiraba el cuello. No podía ver más allá de las brujas. Se multiplicaban a su alrededor y por encima de él, bañadas en una brillante luz verde.

Eric jadeaba con desesperación mirando hacia el cielo.

—No creo que ni siquiera Larpskendya sea capaz de vencer a tantas —dijo en un susurro de voz, introduciendo a los prapsis en el fondo de su abrigo—. Tendremos que luchar también nosotros.

—Espera alguna señal —dijo Raquel, apretando el puño—. Larpskendya nos mostrará lo que tenemos que hacer.

Las brujas ocuparon posiciones de combate acordadas en el cielo, arremolinándose en grupos hasta rodear a los magos. Cada uno de los grupos estaba integrado únicamente por hermanas con afinidad sanguínea... la combinación de combate más feroz posible. Una vez dispuestas, cada una de las serpientes compañeras de las brujas les lamieron el rostro en sentido diagonal... la tradicional señal de disposición para la batalla.

Pero no atacaron.

Larpskendya no había perdido la serenidad.

—Haz lo peor que se te ocurra, bruja —le dijo a Calen—. que es lo que siempre hace tu especie. Estamos preparados.

Se dio la mano con el resto de magos, colocando a Heiki en el interior del círculo así formado.

—A lo mejor a Raquel y a sus amigos les gustaría unirse a esa —dijo Calen con descaro.

El hechizo de ocultamiento había quedado al desnudo, dejando a Raquel, Eric y Morpet a la vista de todos. Los niños del edificio de hielo miraban con los ojos muy abiertos, atónitos. Las brujas parecían simplemente divertidas.

—Quedaos donde estáis —le advirtió Larpskendya a Raquel.

Consultó con sus compañeros magos y dirigió unas palabras perentorias a Heiki. Ella discutió con él brevemente. Luego dirigió una angustiosa mirada hacia Raquel y se puso a caminar sobre la nieve en dirección a ella.

—¡No puedo creerlo! —espetó Eric—. Larpskendya nos envía aquí a Heiki. ¡A que venga con

nosotros!

—Dejadla que venga —dijo Raquel, intercambiando una mirada con los firmes ojos de Larpskendya—. Es obvio que él no puede protegerla, si tiene que luchar contra tantas.

—¿Es que vamos a protegerla? —preguntó Eric desafiante—. ¡Después de lo que ha hecho!

Heiki se deslizó sobre la nieve, con la cabeza gacha. Incapaz de cobrar ánimos para permanecer junto a Raquel, adoptó una incómoda posición cerca de Morpet. Raquel hizo un seco asentimiento con la cabeza, dándole a entender que aceptaba la presencia de Heiki, pero nada más. La invadían sentimientos contradictorios. Larpskendya quería que fuera así, pero ¿hasta qué punto podía confiar en Heiki?

Los magos se acercaron unos a otros, espalda contra espalda.

—¿Estás segura de que quieres entablar esta batalla? —tronó Larpskendya dirigiéndose a Calen—. La mayoría de tus Brujas Superiores están aquí presentes. Aun si conseguís derrotarnos, ¿cuántas de vosotras quedarán con vida para defender Ool contra las gridas? No puedo creer que Heebra haya sido tan tonta como para dejar que pierdan.

Calen se rió.

—Díselo tú mismo. ¡Sorpresa final!

Todas las brujas se unieron a su regocijo, al tiempo que se dispersaban para dejar un espacio libre en el aire.

En el interior de los bolsillos del abrigo de Eric, los prapsis se pusieron a gimotear. Nunca antes habían emitido aquel tipo de sonido.

—¿Qué es eso? —dijo Raquel, mientras trataba de idear una manera de ayudar a los magos.

Eric se había quedado sin respiración.

—¿Es que no puedes... no puedes sentirlo?

Los gemidos de los prapsis se hicieron más agudos, hasta convertirse en un chillido.

Raquel comprendió por fin el motivo: una enorme emanación de magia.

—Ya llega —dijo Eric, apretando con fuerza los dientes.

En un único movimiento, magos, brujas y niños alzaron la mirada.

Había aparecido una nueva torre, que parecía elevarse hasta la mitad del cielo. Era tan inmensa que todos los niños se vieron obligados a girar la cabeza para poder abarcarla entera con la mirada. Raquel se vio impulsada a mirar hacia la ventana de vigilancia. Una voluminosa sombra se movía tras el cristal. Por un momento la sombra se volvió hacia ella. Primero se desplazó... luego se detuvo... hasta que miró directamente a Raquel, que se sentía incapaz de respirar bajo aquella meticulosa inspección. Había sabido enfrentarse a los hechizos de muerte de Dragwena con mayor integridad de lo que era ahora capaz de encararse con aquella sombra. Percibía que podía matarla sin esfuerzo alguno. Y era lo que deseaba. ¡Qué intensa era su voluntad de hacerle daño!

Consiguió volver la cabeza.

De forma sigilosa, casi imperceptible, vio cómo se estremecía el cuerpo entero de Larpskendya. Raquel se dio cuenta entonces de que, fuera quien fuera el ser al que pertenecía aquella sombra, él no había esperado encontrárselo.

Heebra, líder de la hermandad de Ool, irrumpió desde la torre. De un solo salto cubrió la

distancia que la separaba de los magos. Durante unos pocos segundos se limitó a situarse al lado de Larpskendya, disfrutando con la incomodidad que le producía a este. A continuación hizo una reverencia y dijo, con cortesía:

—Se os saluda, Larpskendya. Cuerpo a cuerpo, por fin. He estado esperando este momento. —Examinó su reluciente indumentaria, así como la del resto de los magos—. ¿No deberíamos prescindir de todas estas ilusiones?

Ella le tocó en el hombro y todos los demás magos se desvanecieron. Larpskendya estaba solo en medio de la nieve, con la túnica hecha jirones. Heebra aspiró por las narices:

—¿Esto es todo lo que queda del famoso Larpskendya, este montón de harapos, esta piltrafa? Yo esperaba algo mejor. ¿De verdad habías esperado poder impresionar y someter a mis brujas con tus triquiñuelas? ¿O al menos desviar sus ataques, quizá?

Larpskendya permanecía en silencio, con los hombros hundidos. Por vez primera, Raquel se percató de la gravedad de sus heridas. Tres profundos tajos le cruzaban el cuello. Era evidente que se los habían producido las garras de una bruja, solo que unas garras mucho mayores que las que Raquel hubiera visto jamás. Las heridas eran aún recientes, todavía sangraban.

—Veo que mis gridas se han ocupado muy bien de ti —dijo Heebra—. Pero sabía que sobrevivirías. Siempre has sido un rival de peso, Larpskendya.

—Yo no soy tu enemigo —repuso él.

—Has matado a muchas brujas —dijo Heebra—. ¿Lo niegas acaso?

—Solo cuando no me dejaron otra opción. Jamás sentí ningún placer en ello.

—Una lástima —dijo Heebra, entre risas—. Deberías habértelo permitido. Yo sí voy a sentir un gran placer con tu muerte. —Le tocó la herida del cuello—. Le arrebataste la vida a mi hija. ¿Cuánto tiempo mereces sufrir por ello?

Larpskendya calló, sabedor de que no había palabra alguna que fuera a servir de nada.

—No encontrarás ningún cobijo en tu silencio —le dijo Heebra—. Ya he permanecido ociosa bastante tiempo en este mundo. Siento deseos de cometer algún acto de violencia, y de que tú seas testigo.

—Es mi muerte lo que quieres —replicó Larpskendya sin alterar la voz—. Deja que los niños se vayan.

—Necesito algo más que tu muerte para satisfacer mis deseos. Creo que voy a matar a todos los niños aquí mismo. Sus vidas no significan nada para mí.

—Ahórrate sus vidas —dijo Larpskendya—. Si lo haces, me someto a ti.

—¿Te rendirías? ¿Sin lucha? —Parecía asombrada.

—Si prometes no hacerles daño a los niños.

Eric gritó:

—¡No la creas! Larpskendya, ¿qué vas a hacer? ¡Nos matará igualmente!

—Confía en él —susurró Raquel, sin apartar en ningún momento los ojos de Larpskendya.

Heebra parecía dudar. Veía palpablemente que Larpskendya trataba de proteger a los niños, cosa que ya había previsto, pero no había esperado que se rindiera con tanta facilidad. Le miró con curiosidad. A pesar de su debilidad actual, sabía que Larpskendya era capaz a buen seguro de acabar con cientos de sus mejores brujas antes de sucumbir a ellas. «Por mucho que los

escuadrones de brujas se murieran de ganas de entrar en combate, a Heebra le convenía evitar el conflicto. Pon a prueba su determinación», pensó. «Si se trata de otra estratagema como la de los falsos magos, desenmáscala».

—Está bien —dijo—. Acepto tus términos. La venganza por la sangre de Dragwena será satisfecha en primer lugar, por supuesto. De modo que les perdonaré la vida a todos los niños excepto a dos. Entrégame a Eric y a Raquel. Esta es mi condición.

Se hizo el silencio. El rostro de Larpskendya era inescrutable.

—Sí —dijo al fin en voz muy baja—. Haz lo que quieras con Raquel y Eric.

La mayoría de los niños no podían dar crédito a aquella respuesta. Le miraban atónitos. Varios de los que seguían encerrados en la prisión de hielo se pusieron a llorar. Eric comenzó a proferir insultos contra Larpskendya con toda la fuerza de sus pulmones, y los prapsis le hicieron coro. Morpet estaba pasmado, incapaz de aceptar lo que acababa de escuchar. Incluso Heiki sacudía la cabeza, presa de un confuso torbellino de emociones. Al final, si Heebra cumplía su promesa, iba a salir con vida de aquello.

Solo Raquel mantenía su mirada posada en Larpskendya. Le miraba fijamente, con fe incommovible, y él la miró a su vez, con unos ojos llenos de determinación y que le pedían que tuviera valor.

—¿Prometes que obedecerás a mis brujas? —preguntó Heebra, con una uña verde colocada bajo la barbilla de Larpskendya—. ¿No opondrás resistencia?

—No opondré resistencia.

Heebra dirigió un gesto a las brujas que vigilaban a los niños prisioneros para que vaciaran la estructura de hielo, y Larpskendya se dejó meter luego en el interior. Heebra no dejaba de otear el cielo, recelosa de que pudiera tratarse de una trampa. ¿Habría omitido algo?

—Llevadlo hasta lo más alto —ordenó—. Daos prisa. Y atadlo bien fuerte.

Un tercio de las brujas escoltaron a Larpskendya hasta el interior de la prisión. Al principio, la mayor parte de ellas estaba demasiado nerviosa para tocarle. A medida que se cercioraban de que él no opondría resistencia, las brujas se volvían más osadas. Le ataron puños y tobillos. Le amordazaron la boca con hilo mágico, para evitar que pudiera proferir hechizos. Tan pronto hubieron cumplido su cometido, las estáticas brujas perdieron cualquier atisbo de miedo que pudiera quedarles. Entre gruñidos de alborozo, se llevaron a Larpskendya escaleras arriba, arrastrándole sobre los escalones de hielo hasta la cúspide. Cada vez subían la escalera más deprisa, y según iban avanzando, le apretaban con más fuerza las ataduras mágicas, hasta que Larpskendya sangró.

Raquel era incapaz de seguir mirando.

—Oh, Larpskendya —dijo Eric, una vez pasado su enojo, que había sido reemplazado por un sentimiento de completa desolación y vacío—. ¿Qué has hecho?

Calen voló hasta la ventana del Gran Mago y le puso el filo de su daga en la garganta. Temblaba de excitación.

—¡Déjame a mí! —gritó.

—No —dijo Heebra—. Primero que vea morir a sus favoritos. Empezad por la niña.

Morpet buscaba algo con lo que poder defender a Eric y Raquel. Miró hacia la congregación de

niños. Convertidos en una muchedumbre harapienta, se apelonaban desconsoladamente unos contra otros en la nieve. Morpet atrajo con gestos la atención de Paul y Marshall quienes, al verle, apartaron los ojos. Morpet comprendió que estaban avergonzados, y demasiado temerosos como para arriesgarse a sufrir el castigo de las brujas.

—Tenemos entre nosotras a una cazadora de brujas —dijo Heebra—. ¿Quién quiere luchar contra Raquel?

Cientos de brujas elevaron un clamor para ser las elegidas. Heebra escogió a las diez primeras al azar. Las designadas formaron un semicírculo, a la espera de que Heebra les diera la señal para empezar.

Morpet se interpuso de inmediato delante de Raquel. Eric buscó una posición a sus espaldas, para proteger la retaguardia. Intentó asustar a los prapsis para que se alejaran de allí, pero estos se quedaron en los bolsillos de su abrigo, apuntando con sus blandas bocas en dirección a Heebra.

—¡Vamos, acercaos, brujas horripilantes! —exclamó Eric—. ¡Venid todas las que queráis!

—Esperad —dijo una voz.

Era Heiki. Mientras cubría la corta distancia que la separaba de Raquel, su rostro delgado y ceniciento le temblaba de miedo. Una vez se hubo colocado al lado de Raquel, se volvió para mirar a Heebra. Era incapaz de conservar la calma, pero la miró. Buscó con las manos una muñeca a la que agarrarse, y Raquel se la cogió a ella.

Morpet hizo que todos se cogieran de las manos, formando una estrecho círculo de cuatro: un frágil escudo.

Heebra levantó una de sus zarpas para iniciar el ataque, pero un ligero ruido en la brisa la distrajo. Era un sonido tan extraño en medio de aquella atmósfera henchida de miedo, que todo el mundo lo advirtió.

Era una risita.

Yemi había llegado. Flotando entre las torres de las brujas, pasó zumbando de un lado para otro, como si no pudiera haber nada más delicioso. Mientras se aproximaba a los niños vigilados por las brujas, les enseñó un nuevo baile que había aprendido: ponerse erguido y saltar sobre la punta de los dedos de los pies, moviendo los brazos. Sus Bellezas de Camberwell saltaban con él.

—¿Qué hace este aquí? —rezongó Heebra dirigiéndose a su hija.

—Yo... no entiendo nada —se disculpó Calen—. Yo no traje a ese niño. Debería estar con su familia. Dejé incontables hechizos para que se quedara allí.

—¡Llévatelo de mi vista! —dijo Heebra, al tiempo que lanzaba una mirada de sospecha a Larpskendya.

Calen salió volando de la prisión para interceptar a Yemi, pero no pudo cogerle. Cada vez que alargaba las garras, él se escabullía, burlándose de ella.

—Nada de juegos —insistió ella—. Ven aquí.

Yemi continuaba eludiendo a Calen, de cuyas garras escapaba una y otra vez.

Heebra asintió con admiración.

—Su vuelo ha alcanzado una destreza y una precisión que ni siquiera tú has llegado a conseguir, Calen.

Raquel agarraba a Morpet, sin poder apenas controlar sus sentimientos. Desde que había

llegado Yemi, le había estado ignorando deliberadamente. Si bien su alegre magia la había inundado con un torrente de calor, ella la había rechazado con órdenes frías y taxativas. Por mucho que ansiara estrecharlo entre sus brazos, si las brujas iban a lanzar su asalto sobre ella, él no debía estar cerca.

—Déjale —le dijo Heebra a Calen, cuando se dio cuenta con claridad de que su hija nunca conseguiría apresar a Yemi a no ser que este quisiera—. No te muestres como un rival ante el niño. —Se irguió en toda su envergadura, bajando la mirada hacia Raquel—. ¿Estás preparada para defenderte?

Raquel no contestó. Seguía mirando fijamente a Larpskendya. Y el Gran Mago le devolvía la mirada. Hacía enormes esfuerzos para que ella no dejara de mirarle.

—Es inútil que esperes ayuda de su parte —dijo Heebra con tono triunfal—. Atado con hilo mágico, es tan inofensivo como uno de vuestros adultos.

Raquel escrutaba los ojos multicolores de Larpskendya. En su interior vio una imagen: Yemi. Un movimiento le mostró a Raquel qué era lo que Larpskendya quería que hiciera. Ella parpadeó. No. Eso no podía ser lo acertado. Debía de haberlo entendido mal. Entornó los ojos, escrutando con mayor detenimiento.

—¡No! —gritó Raquel—. ¡No lo haré!

Los ojos de Larpskendya estaban rebosantes de lágrimas.

Pero al mismo tiempo tenían una expresión dura, insistente, que conminaba a Raquel a que confiara en él.

A una señal de Heebra, las brujas designadas para matar a Raquel abrieron sus fauces. Los hechizos de muerte emanaron de sus bocas interconectadas.

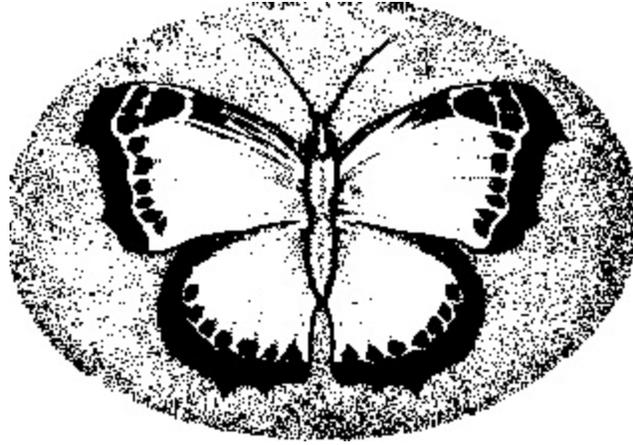
Eric tuvo tiempo de destruir los dos primeros, pero la onda de choque del tercero les lanzó a él y a Heiki por los aires. Fueron a parar a varios metros de distancia y se quedaron tumbados en la nieve, inmóviles. Al cabo de unos instantes los atónitos prapsis cayeron como piedras inanimadas de los bolsillos de Eric.

Morpet obligó a Raquel a tumbarse y la cubrió con su propio cuerpo, tratando de encajar el impacto de todos los golpes que le fuera posible. Pero los hechizos de muerte le apartaron furiosamente a un lado... y cayeron sobre Raquel.

En el mismo instante en que el primer hechizo alcanzó a Raquel, esta rompió en llantos, pero no por el dolor. No sentía dolor alguno. Tan pronto como el hechizo tocó su cuerpo, ella lo desvió de su blanco.

Sin apartar sus ojos de Larpskendya, desvió todos los ataques de las brujas, letales todos y cada uno de ellos, sobre Yemi.

El niño mariposa



Al primer toque de los hechizos de muerte, las mariposas de Yemi se transformaron.

Las delicadas alas amarillas que hacía apenas un momento revoloteaban con despreocupación, se habían convertido en un duro escudo protector extendido alrededor del cuerpo entero del niño: no sintió nada.

La mayoría de las brujas interrumpió de inmediato sus ataques. Dos de ellas no se detuvieron. Llevaban mucho tiempo esperando entrar en combate, fuera el que fuera, y poco les preocupaba si era Yemi o Raquel contra quien cargaban. Entonces una de ellas se vio empujada hacia atrás. Profiriendo un aullido, sus ojos humeantes se hundieron en la nieve. La segunda bruja cayó de rodillas, con un pulmón perforado.

—¡Dejadle, insensatas! —ordenó Heebra—. ¿Es que no veis lo que está haciendo ese niño? Calen observaba con asombro.

—¡Devuelve contra ellas sus propios hechizos!

Los ataques cesaron y todos miraron hacia el espacio que contenía a Yemi.

Durante unos momentos este permaneció sin poder ser visto. A su alrededor se elevaba un vapor emitido por la nieve que hervía a causa de los hechizos de muerte. Cuando el vapor se disipó, todos pudieron comprobar que no tenía herida alguna. Los ataques no habían hecho mella ni siquiera en el ánimo de Yemi. Parecía intentar agarrar, por mera curiosidad, las volutas de aire caliente que ascendían. Su escudo amarillo había desaparecido, había pasado a integrar de nuevo las múltiples y delicadas alas de las mariposas, algunas de las cuales sufrían rasguños, pero nada más.

La mayor parte de las brujas, al ver a sus dos hermanas heridas, esperaban a que Heebra diera su aprobación para reiniciar el asalto.

—¡Esperad! —dijo ella—. ¡No toquéis al bebé! —No había muerto ninguna bruja, comprobó con alivio. Solo una bruja ciega, humillada, pero con heridas demasiado graves como para lanzar cualquier nuevo ataque—. Ninguna hermana ha resultado muerta —clamó Heebra—. Conteneos. ¡Destruiré a cualquiera que intente lanzar un hechizo contra Yemi o Raquel!

Sus brujas obedecieron sin poder controlar apenas su impaciencia, murmurando entre ellas palabras asesinas.

—¿Qué tipo de criatura es, madre? —preguntó Calen, emprendiendo el vuelo y manteniéndose a distancia de Yemi—. ¿Es una creación de Larpskendya? Seguro que no es humano.

—Sí lo es —repuso Heebra—. El resultado de una evolución excepcional de la magia. Debe tratarse de un ejemplar único, un salvaje, aun para su especie.

Lanzó a Larpskendya una mirada penetrante. A pesar de estar embrujado, ella sabía que de alguna manera se las había arreglado para hacer venir al niño. ¿Qué otra cosa estaría planeando? Advirtió un intercambio de miradas entre él y Raquel.

—¡Tapadle los ojos al mago! —rugió dirigiéndose a las brujas que tenía más cerca—. ¡Envolvedlo entero, con la cara contra el suelo!

Empujaron la cabeza de Larpskendya por debajo del nivel de la ventana. Raquel se estremeció, sin saber cuál era el siguiente paso a dar... Él no había tenido tiempo de enseñárselo. Al escuchar su propia y laboriosa respiración, se dio cuenta de lo apaciguada que sonaba. Se oía la voz de bebé de Yemi refunfuñándole a Calen... un sonido de lo más extraño en aquel lugar invadido por la desesperación. Aparte de este, el único otro sonido que se escuchaba era el del roce de los vestidos producido por centenares de brujas sobrevolando en círculo, silenciosas, y observándola a ella.

Eric y Heiki yacían sin sentido separados uno del otro sobre la nieve. Los prapsis, semiinconscientes también, temblaban junto al cuello de Eric, intentando consolarle con su inarticulado parloteo. Morpet se había acercado. Como por instinto, Raquel se movió en dirección a él.

Heebra se dio cuenta, pero estaba más interesada en Yemi. Los intentos de Calen de encantarlo para que acabara en sus brazos habían fracasado. En determinado momento había conseguido arrancarle una mariposa de la nariz... pero Yemi la había recuperado de inmediato, frunciéndole el ceño.

—Parece como si ya no le gustara —dijo Calen.

—Nunca le has gustado —replicó Heebra—. Era tu magia lo que le interesaba, pero al parecer ha dejado de impresionarle.

Calen observaba con recelo las Bellezas de Camberwell.

—¿Qué son esos extraños insectos, madre?

—Simples mariposas, nada más —dijo Heebra—. La magia de Yemi las transforma en lo que a él le gusta o necesita.

—Pero si solo es un bebé. ¿Cómo puede hacerlo?

—Tiene la magia mucho más desarrollada que su entendimiento humano —dijo Heebra—. La mente de bebé de Yemi no siente el miedo, pero su magia lo reconoce. Quiero que te lo lleves de aquí, Calen. Hay un estrecho vínculo entre Yemi y Raquel que podría resultarnos peligroso, y algunas de las hermanas siguen albergando deseos de atacarle. Alejémosles esa tentación.

Calen asintió y alargó los brazos en dirección a Yemi. Con gran pericia, él realizó un corto y rápido movimiento de retroceso.

—Deja de intentar agarrarle —le dijo Heebra—. Ya sabes que anhela gestos de tipo más humano. Ofrécele los afectos sencillos que quiere. Compórtate más bien como una madre. Trata de acariciarle. Posa tus labios en su mejilla.

—¿Un beso?

—Sí. Lo más parecido a un beso que puedas remedar.

Resultaba un espectáculo lastimoso. Las mandíbulas de Calen no estaban hechas para tales muestras de ternura. Cuando las acercó a la carita de Yemi, se abrieron de forma alarmante. El cálido olor y el tacto del niño, unidos a los propios jugos salivales de Calen, hacían enloquecer a las fauces de esta.

—Apresúrate —dijo Heebra—. Quiero acabar de una vez con Raquel.

Yemi se apartó con repulsión. Retrocediendo para alejarse de Calen, inició un titubeante movimiento de acercamiento hacia Raquel, a la que ofreció la mejor de sus sonrisas, pero ella no le hizo caso. ¿Por qué? Confuso, él seguía enviándole mágicos y esperanzados requerimientos solicitando su compañía, al tiempo que le mostraba toda su amistad.

Solo manteniéndose firme en su resolución de no querer mirar a Yemi consiguió Raquel seguir enviándole sus quisquillosos rechazos. Lo único que quería era mantenerle apartado, lejos de aquel terrible lugar. Pero eso no era posible.

Posando sus manos sobre Morpet, comprobó sus heridas. Con suavidad, con el mayor cuidado, le palpó la espalda. Tenía la columna vertebral seccionada en varios lugares, le dijeron sus hechizos. Podría intentar reparar el daño, pensó con amargura, pero las brujas nunca la dejarían completar la curación. Mientras pensaba esto, sus lágrimas cayeron sobre el rostro de Morpet y este abrió sus ojos brillantes.

—Aún no han acabado con nosotros —dijo él con voz áspera—. Yo no estoy muerto, ni tú tampoco. Levántame.

—No puedo —dijo Raquel en un susurro—. Tienes rota la espina dorsal.

Manteniéndose en silencio para no atraer la atención de las brujas, utilizó su magia para hacer que él se sintiera un poco más aliviado.

—No lo hagas —dijo Morpet—. Necesito permanecer consciente, y el dolor me ayuda a conseguirlo. Dime lo que ha pasado.

Ella le explicó cómo las mariposas de Yemi habían reaccionado a los hechizos de muerte.

—Claro, eso es —dijo él, sacudido por una convulsión. Luchaba con furia por mantenerse consciente y su cuerpo temblaba por el esfuerzo—. Hay que hacer que los ataques de las brujas sigan apuntando a Yemi —dijo apremiante—. Haz que continúen. Es una posibilidad.

—No puedo —protestó Raquel—. Morpet, ¿no lo comprendes? Heebra ha llamado a retirada a sus brujas. A él ya no le tocarán.

Morpet se quedó mirando hacia el cielo. El grueso principal de las brujas le miraron a su vez, sobrevolándole como bandadas de pájaros gigantes. La mayoría se limitaban a observarle, pero algunas descendieron en su vuelo, profiriendo insultos y lanzándole zarpazos a la cara.

—Están impacientes por continuar la batalla —dijo Morpet, con voz casi inaudible—. Bien. Eso es lo que queremos también nosotros. Acercaos más.

Raquel acercó la oreja a sus labios. Al cabo de unos instantes, levantó su cabellera de las mejillas de él. Había perdido la conciencia.

Raquel no intentó despertarle. Se levantó de inmediato y se dirigió hacia Eric. De camino se detuvo brevemente junto a Heiki e hizo lo que pudo por ayudarla a respirar... Eso al menos tenía que hacerlo.

El cuerpo de Eric había caído en un pequeño hueco. Para entonces ya debería haber estado cubierto de nieve, pero los prapsis, ya más recuperados, habían ido apartándole los copos. Cuando Raquel se acercó, estaban entregados a la tarea de acariciarle la cara con sus carnosas barbillas, tratando de devolverle la conciencia.

Raquel los apartó con suavidad y utilizó un rápido hechizo de curación para reanimar a Eric.

—¿Qué sucede? —preguntó él, buscando a los prapsis con las manos para cerciorarse de que estaban sanos y salvos.

—Estamos bien —susurró Raquel—. Escucha, no tenemos mucho tiempo...

Mientras Eric se incorporaba con grandes dificultades, Raquel trataba de endurecer su corazón con respecto a Yemi. Era la única forma.

—¿Estás preparado?

Eric asintió.

Muy cerca, Heebra observaba cómo su hija seguía intentando atraer a Yemi, que no dejaba ya que Calen se le acercara. La magia del niño había hecho que él olvidara su interés por ella, advirtió Heebra. A partir de aquel momento, necesitaría instruir a Yemi ella misma... De pronto notó que a sus espaldas se preparaba un hechizo de muerte.

Se volvió. Era la bruja ciega. Tambaleándose sobre la nieve, olisqueaba el aire en busca de Yemi, tratando de identificar su olor a través del hedor de su propia piel quemada. A cada movimiento cobraba más y más fuerzas.

«Es Raquel la responsable», comprendió Heebra de súbito. «Raquel la está curando».

La bruja ciega abrió sus cuatro fauces lanzándose al ataque.

—¡Deténte! —profirió Heebra, formulando un hechizo para matar a su propia bruja.

—¡Ahora! —gritó Raquel.

Eric levantó el dedo... y el hechizo de Heebra se desvaneció. Ella trató de rehacerlo... pero no pudo. Heebra, que nunca había tenido que enfrentarse a una situación similar, se quedó confusa por un breve instante.

La bruja ciega lanzó su hechizo.

Jamás llegó a alcanzar a Yemi. Esta vez sus mariposas estaban preparadas. Una de ellas se tragó el hechizo. Otra lo devolvió hacia la bruja ciega, que cayó muerta al momento.

Seis hermanas de sangre de la bruja muerta acudieron a ella al instante. Ninguna de las demás brujas se inmiscuyó. Se trataba ahora de un caso de justo castigo, y tenían todo el derecho de vengar aquella muerte. Las hermanas mostraron sus dientes y se juntaron, precipitándose en vertical desde el cielo.

Heebra formó a toda prisa alrededor de Yemi un escudo que no pudiera ser atravesado por ningún hechizo

Una vez más, Eric intervino y lo destruyó.

Las hermanas caían sobre Yemi. A medida que se acercaban, alteraron su formación. Separaron el compacto grupo y se lanzaron de dos en dos... el clásico ataque triangular. Las guiaba la hermana más vieja, una luchadora experimentada, que sabía aplazar hasta el último

momento la decisión acerca de cuál era el hechizo de muerte que debían utilizar. Finalmente lo dijo su serpiente... y las bocas de todas las hermanas se inflamaron de llamas.

Pero al instante las llamas rasgaron sus propias gargantas. Las demás brujas observaban sin dar crédito a lo que veían: la familia de hermanas al completo caía del cielo sin ruido, con sus vestidos negros ardiendo como harapos al viento.

Se hizo un silencio, un silencio absoluto. Y entonces, de entre los grupos de brujas restantes, se elevó un ultrajado clamor de ira vengativa. Heebra vio cómo todas sus brujas se disponían para unirse en combate contra Yemi. Con tantas hermanas muertas cuyos cuerpos yacían sobre la nieve ante sus ojos, nada podía detenerlas.

—Apártate —le dijo a Calen, mientras avanzaba a grandes zancadas—. Yemi es demasiado peligroso como para dejar que siga con vida. Me ocuparé de él yo misma. —Hizo emanar todo el poder de su magia para atraer a Yemi—. Ven aquí, niño —dijo Heebra, sonriendo—. Sé que quieres venir conmigo.

—¡No! —chilló una voz.

Era Paul. Profiriendo un grito penetrante voló sobre la nieve. No iba solo. Iba con Marshall y todos los demás niños, formando una tremenda y veloz formación de vuelo. Las brujas guardianas contuvieron a unos pocos, pero la mayoría consiguió salvar la corta distancia que la separaba de Heebra.

Paul llegó el primero. Se abalanzó sobre su rostro. Heebra lo apartó de un golpe, pero no pudo detener a todos los demás. Los niños se precipitaron sobre ella, alejándola de Yemi. Durante unos breves momentos, Heebra cayó bajo sus pequeñas manos, importunada por aquellos dedos sin garras y aquellos hechizos tan simples.

Luego, con un fácil movimiento, se los sacudió de encima a todos, se lanzó a una acometida final sobre Yemi... y exhaló su aliento en la boca del niño.

Las palabras penetraron en su cuerpo.

—Oh, no —exclamó Eric.

Yemi gimió. Se oyó un grito muy agudo, seguido por decenas de otros chillidos: eran sus Bellezas de Camberwell. Yemi se aferraba a ellas con desesperación. Tosía, flaqueaba, se agarraba la garganta. Algo le hacía daño por dentro. Trató de cogerse al vestido de Heebra, sin comprender que ella era la causa de todo aquello. Heebra lo apartó de sí de una patada y se alejó.

—¿Por qué no detienes el hechizo? —recreminó Raquel a Eric—. ¡Yemi no puede con Heebra! ¿Por qué no lo detienes? ¿Por qué, Eric?

—No lo he visto —murmuró él—. Ella... ella... me ha camuflado el hechizo.

Yemi fue a rastras unos metros tras Heebra. Luego cayó de bruces. Al mismo tiempo sus mariposas se encogieron hasta adoptar su tamaño natural... En su dolor, Yemi se había olvidado de ellas. Las Bellezas de Camberwell habían perdido sus propiedades mágicas. Se elevaron formando una nube amarilla, abandonándole.

—¡No! —gritó Raquel.

Precipitándose sobre la nieve, incorporó a Yemi, se lo puso en el regazo y le acunó la cabeza. Abriendo con dulzura la boca del niño, introdujo en su cuerpo sus hechizos de información para descubrir el tipo de arma de que se había servido Heebra. Y entonces lo sintió... muy dentro de

Yemi... Un extraordinario hechizo del propio Yemi trataba de cobrar forma. Inclino la cabeza sobre la del niño, y la boca de este se abrió.

Heebra advirtió el peligro.

—¡Matad a Raquel! —ordenó a sus brujas—. El niño no podrá hacer nada sin ella.

La respiración de Yemi no era más que un murmullo apenas audible. Raquel posó sus labios en los de él. El nuevo hechizo subió con dificultad por su garganta, tratando de llegar hasta ella y así cobrar vida. Ella lo extrajo, y lo mantuvo en su propia boca.

—¡Detenedla! —aulló Heebra.

Mientras Raquel profería el hechizo, Heebra voló sobre la nieve e intentó capturarlo. Pero el hechizo se le escurrió entre las garras. Deslizándose en ondas circulares, transportándose a través de una trémula brisa, se expandió en todas direcciones desde el Polo.

Raquel miraba fijamente a Eric, como fuera de sí.

—¿Qué tipo de hechizo es este?

—Una especie de despertar —gritó él—. Y creo saber lo que busca. —Los ojos de Eric brillaron—. Niños, Raquel. ¡Busca niños!

El despertar



El hechizo de Yemi partió del Polo, expandiéndose con rapidez a través del hielo y la nieve.

El primer niño hasta el que llegó vivía en la ciudad pesquera noruega de Hammerfest, en el extremo norte del mundo. Era tarde, pasada la medianoche, pero lucía el sol de verano propio de estas latitudes, difundiendo su calor sobre los niños que dormían. Como un suspiro, el hechizo del despertar entró por las ventanas abiertas. Allá donde encontraba las ventanas cerradas, se colaba por la chimenea. Si no había chimenea, se introducía por las rendijas más pequeñas entre la madera o los ladrillos. Nada podía detenerle.

Recorría las camas. Un ligero toque, tan solo un aliento, y el niño despertaba al instante. Niños que vivían en decenas de hogares diferentes cogieron sus juguetes. Los bebés mecían ruidosamente sus cunas siguiendo un mismo ritmo. Los niños mayores saltaron de los colchones y corrieron hacia las ventanas, mientras que la magia que siempre habían poseído era liberada.

El hechizo apresuraba el paso. No había tiempo que perder. Expandiéndose en un gran anillo sobre los mares árticos, prosiguió en su avance: cruzó la bahía de Baffin en dirección a Canadá, sobrevoló el mar de Kara hasta alcanzar las llanuras occidentales de Siberia, descendió por el norte de Finlandia, siguiendo el olor de los niños hasta Ivalo y más allá. Y desde sus habitaciones, en países separados por cientos de kilómetros, niños que hasta entonces jamás se habían visto, empezaron a tomar conciencia unos de otros.

El hechizo siguió avanzando. Sobrevoló el curso del río Mackenzie hasta Fort Good Hope, en Alaska. Atajó por los grandes lagos canadienses y estadounidenses: el Michigan, el Ontario, el Erie. Pero Yemi necesitaba más aún. De modo que envió el hechizo hasta la zona en sombras del hemisferio norte. En Nápoles, Italia, descubrió a dos chicos robando ruedas de coche. Cambiaron de idea. Sopló sobre niños que soñaban en Tashkent y Toulouse. Cuando abrieron los ojos, estos tenían un brillo plateado.

El hechizo cruzó el ecuador. Escudriñó buhardillas, patios de colegio, chozas. Siguió a niños que hacían novillos en Perú y los atrapó. Encontró en Australia a unas niñas que se habían escapado de casa, y las hizo volver. Buscó en los subterráneos, en talleres inmundos y lugares inhumanos de donde los niños esclavizados no pueden escapar. Los niños dejaron caer sus herramientas y unieron sus manos, concedores de que todo había cambiado para siempre.

El hechizo viajó hasta lo más profundo de África, hacia un destino especial: Fiditi. Allí encontró a Fola y la despertó. Lloró en su lecho al reconocer la voz de su hermano.

El hechizo fluyó por todo el orbe. No se detuvo, ni descansó, ni aminoró su marcha hasta que todos los niños del mundo entero, ya fuera de noche o de día, sintieron su toque radiante.

Pero, en el Polo, Raquel permanecía arrodillada sobre la nieve, con Yemi temblando entre sus brazos.

Al niño apenas le quedaba un hálito de vida. El hechizo de muerte de Heebra lo atenazaba cada vez más con regocijo salvaje, y la magia de Raquel tan solo podía aplazar su ataque mortal. Los cálidos ojos castaños de Yemi aparecían vacíos, semicerrados.

Pero él seguía ordenando su hechizo del despertar. Lo transformó. La dulzura se había acabado. La intención de Yemi no había sido en ningún momento la de despertar sin más la magia en los niños. Él necesitaba su magia. Era la única forma que él conocía de luchar contra el hechizo de muerte de Heebra.

Su hechizo del despertar se convirtió en un hechizo de alimento.

Solo los niños del Polo quedaron libres de él. Sin previo aviso, Yemi hizo acopio de la nueva magia de todos los demás niños... y la tomó. No era momento para amabilidades. Yemi solo sabía de su gran dolor, de su acuciante necesidad. De modo que le arrebató la magia a todos y cada uno de los niños de la Tierra, sin dejarles nada, y la atrajo como una gran ola hacia su cuerpo dolorido.

Se produjo entonces un sonido que despojó de sosiego al mundo.

Era un grito, el sonido de todos los niños del mundo, de millones de ellos, gritando al unísono. No podían soportar perder su magia. Durante breves momentos, todos y cada uno de ellos habían advertido lo vacías que habían sido sus vidas sin la magia. Ahora aquel vacío volvía de nuevo, y no querían aceptarlo. Reaccionaron con furia. Siguiendo a la magia que les habían arrebatado, la rabia de todos los niños se precipitó en dirección al Polo.

Raquel acunaba la cabeza de Yemi cuando penetraron en él los primeros rastros de la magia de los niños. Al principio la magia no era más que un goteo que se colaba bajo sus párpados. Luego abrió por completo los ojos y la magia se vertió en su interior, hasta que su pequeño cuerpo parecía a punto de reventar, emitiendo un brillo insoportable. Suspiró, se relajó, respiró de nuevo. Raquel sintió que la magia le bajaba a Yemi por la garganta, hasta henchirle los pulmones, y que llegaba hasta sus venas envenenadas y hasta su corazón moribundo, y atacaba la maldad de Heebra.

Y le curaba.

Pero a muy corta distancia de la magia llegaba la rabia. Ya casi había alcanzado el Polo.

Raquel no tenía la menor idea acerca de lo que aquella rabia significaba. Las brujas, que habían perdido su organizada disposición para la batalla, la sintieron y miraron a Heebra con perplejidad. ¡Cuánto necesitaban ahora de su liderazgo!

Heebra reconoció la naturaleza de aquello que estaba llegando. Sabía que nada podría oponerse a la ira que Yemi había desatado de manera inconsciente. Era demasiado grande y generalizada. Era como un puñetazo demoledor nacido de la desesperación. Ningún ser vivo en el Polo sería

capaz de sobrevivir a aquella ira: ni ella, ni Larpskendya, ni ninguna de las brujas; ni tampoco ninguno de los niños. Incluso Yemi perecería. Lo arrasaría todo.

Apenas había tiempo para decidir qué era lo que había que hacer. Heebra se quedó mirando a Yemi. ¡Cuánto detestaba a aquel niño incivilizado, incapaz de sentir siquiera el menor placer por las brujas a las que había matado! A Raquel la había subestimado. «Ahora me doy cuenta», pensó, «de lo magníficamente que has luchado contra Dragwena». Con respecto a Larpskendya únicamente era capaz de sentir el mismo viejo odio de siempre. Ahora ya no había tiempo de matarle y poder disfrutar de su muerte. No sabía cómo, pero incluso atado, ella se había dejado engañar por él. Eso era lo que le producía mayor dolor.

Heebra quería presenciar la muerte de sus enemigos, ver cómo agonizaban, pero sabía que en aquellas circunstancias no podía darse aquel placer. Tenía que salvar a sus Brujas Superiores. Allí estaban las mejores. Si ellas morían, el reino de Ool moriría con ellas.

Susurró unas tiernas palabras a Mak. Esta levantó su pesada cabeza dorada, dispuesto a protegerla por última vez.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Calen alzando el vuelo—. ¿Qué está sucediendo?

—No tengo tiempo para explicártelo —dijo Heebra—. Llévate a las hermanas de aquí, a todas. Volad juntas en una misma dirección, yo me encargaré de mantener una vía abierta a salvo todo el tiempo que pueda.

Calen temblaba.

—Madre, no, no puede ser. No me iré sin ti. ¡Nos quedaremos a luchar todas juntas!

—No puedo vencer en este combate, ni con vuestra ayuda ni sin ella —dijo Heebra—. Llévate a mis brujas de este mundo miserable. ¡Tú eres ahora su líder!

—Yo no... no estoy preparada para asumir el mando —suplicó Calen—. No puedo...

—¡Huid! —clamó Heebra, y su voz de alarma cruzó los cielos.

Las brujas, repartidas en pequeños grupos, se elevaron de la nieve, nerviosas e inseguras. Calen las condujo hacia el sur, mientras Heebra abría con desmesura sus cuatro fauces. Un estrecho cono de luz verde emanó de entre sus labios. Las brujas comprendieron y se juntaron en el interior del haz de luz. Volaron hacia arriba, introduciéndose entre las espesas nubes y lanzando continuas miradas a sus espaldas, buscando a Heebra.

—¡Deprisa! —rugió Heebra, y repitió su rugido.

La rabia de los niños había alcanzado el Polo.

Heebra se preparó. Se había enfrentado a las Brujas Superiores dotadas de las mayores capacidades intelectuales y de imaginación. Había derrotado innumerables hechizos malignos. Pero aquello era peor: era como mil furibundos hechizos malignos. Izó a Mak en lo alto, atrayendo la rabia hacia ella.

Y la rabia acudió con toda su violencia. Mak tragó toda la que pudo. Cuando ya no pudo asimilar más, Heebra abrió sus propias fauces. La rabia entró a raudales en su interior. Ella mantenía los brazos separados, y a medida que la rabia iba llenándola, se retorció y doblegaba, presa de convulsiones.

Los niños del Polo no miraban, o lo hacían hasta donde podían soportarlo.

Heebra contuvo la rabia todo el tiempo que pudo, pero finalmente, cuando solo quedaban muy

pocas de sus brujas en el Polo, fue cediendo. La rabia irrumpió como el fuego a través de las ventanas de sus narices, le salía por entre las fauces y los ojos... No se trataba de pequeñas lenguas de fuego, sino de enormes torrentes inflamados que saltaban en todas direcciones. Heebra sacudía su cabeza incandescente de un lado a otro, vomitando las arañas limpiadoras de sus fauces. Mak se adhirió a su cuello, tratando desesperadamente de protegerla todavía.

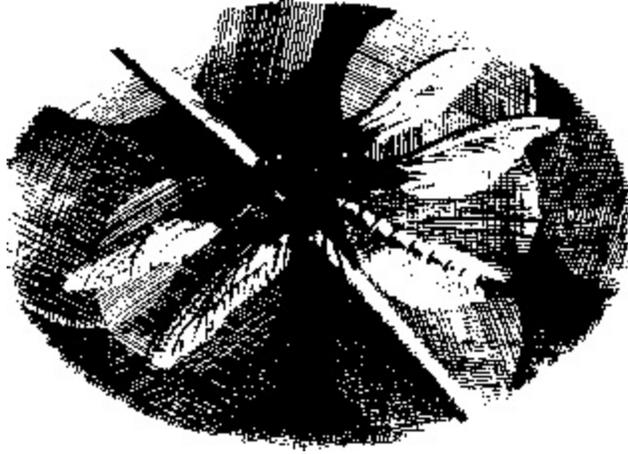
Heebra tuvo tiempo de darse cuenta de una última y amarga constatación: las gridas; jamás debió liberarlas. Solo ella había sido capaz de contener su ferocidad. Cuando ella ya no estuviera, ellas se apoderarían de Ool, y su primera acción sería matar a Calen, la nueva jefa de las brujas. Calen intentaría erigir una defensa, pero Heebra sabía que su hija era demasiado joven e inexperta como para liderar a las Brujas Superiores. Cuando Calen más necesitara a la hermandad, ellas la abandonarían.

En su mente que se apagaba, mientras sus bocas se cerraban por última vez, Heebra se imaginó lo que iba a suceder. Calen no se ocultaría. Esperaría desafiante en la gran torre mientras las gridas escalaban jubilosas las paredes. A Calen le llegaría su final sola: sin madre, sin hermana, con la insolente Nylo como única compañía para defenderla.

Heebra dejó reposar su cabeza ardiente sobre la nieve, y murió.

20

El vuelo



Los niños se quedaron observando inexpresivos los restos humeantes de Heebra.

La rabia se desvaneció con los últimos vapores que se elevaban de su cuerpo, pero unas pocas brujas aún ardían sobre la nieve. Nadie hablaba. Era una escena difícilmente soportable, y durante un buen rato los niños fueron incapaces de hacer otra cosa que estarse quietos, unos junto a otros, intentando darle un sentido a lo que acababan de presenciar.

Raquel dejó a Yemi al cuidado de Eric y pasó de puntillas entre las brujas muertas hasta que encontró a Morpet. Este yacía de espaldas en la misma posición exacta en que ella le había dejado, con los ojos cerrados. Temerosa de que el menor contacto pudiera empeorar sus heridas, se arrodilló junto a él, pidiéndoles a sus hechizos que le señalaran cuáles eran los lugares idóneos por los que empezar a curarle. Con un cuidado y una delicadeza que ni la propia Raquel conocía poseer, hechizos mayores y menores se combinaron para soldar los huesos y cortar las hemorragias internas.

Finalmente, los ojos de Morpet se abrieron.

—Parece que al final no me he muerto —murmuró, logrando esbozar una media sonrisa.

Raquel le dio un beso y se dirigió hacia Heiki. Sus heridas eran menos graves, y no había que temer por su garganta, pero durante todo el proceso de curación Heiki permaneció en silencio. Sus ojos azul claro mostraban una expresión tensa, incapaces de cruzarse con los de Raquel.

Por fin, con una voz quebradiza, preguntó:

—¿Podrás...?

Se interrumpió, pero Raquel pudo leer la palabra que Heiki trataba de decir: perdonarme.

Por toda respuesta Raquel se limitó a levantar la mano y acariciar la pálida mejilla de Heiki. Apenas la tocó, la rozó mínimamente, pero Heiki reaccionó como si la hubiera alcanzado un hechizo. Rompió a llorar y, al verlo, Raquel se dio cuenta de que ella también estaba llorando. Por múltiples motivos, más de los que nadie habría sido capaz de enumerar, se abrazaron la una a la otra y lloraron sin parar, y sus cálidas lágrimas producían diminutos hoyuelos en la nieve. Finalmente, Raquel volvió la cabeza hacia la prisión de hielo que seguía encerrando a Larpskendya.

—¿Vamos juntas a buscarle?

—¡Sí!

Heiki cogió a Raquel de la mano. Con los brazos entrelazados, volaron en busca del mago. A mitad de camino ascendente de las blancas y relucientes paredes de la prisión, Heiki flaqueó. Retorciéndose de dolor, comenzó a caer, pero Raquel la agarró y tiró de ella hasta recorrer los últimos pisos hasta lo más alto.

Larpskendya estaba tumbado de costado sobre el duro hielo. Las brujas, en su apresurada huida, le habían dejado los brazos, las piernas y la cabeza atados de forma grotesca con hilo mágico. El hilo era impermeable a la magia, de modo que Raquel y Heiki tuvieron que deshacer los nudos con los dedos y las uñas. Poco a poco, con sumo cuidado, fueron aflojando y quitando las hebras gruesas y cortantes.

Larpskendya, una vez liberado, se volvió hacia Raquel y Heiki. Se puso de pie con inestabilidad, observando desde su gran altura a las dos muchachas, a las que acogió en un amplio abrazo. Durante los segundos que permanecieron en el seno de aquel cálido abrazo, sintieron una paz que nunca habían conocido.

—Bien —dijo Larpskendya al fin—, no hemos hecho más que comenzar.

Se deslizaron hasta el suelo cubierto de nieve del exterior, y Raquel, una vez más, cogió a Yemi en brazos, arrebatándoselo a Eric.

Larpskendya se dirigió directamente hacia Morpet. Acabó de curar sus heridas y luego, mientras Morpet se debatía por sostenerse en pie, Larpskendya se arrodilló. Se había arrodillado ante Morpet y le había agarrado del brazo, y por un momento, cuando sus ojos se encontraron, Morpet vio a Trimak, a Fenagel y a los sarrenos que había dejado en Itrea. Todos aquellos viejos amigos estaban allí, jugando a hacer magia en los claros del bosque.

—Sanos y salvos —le dijo Larpskendya con calma—. Te deben tanto... Pero me pregunto si no te debo yo aún más. Ahora ya son dos los mundos que has salvaguardado para mí. ¿Cómo podré pagarte tal deuda?

Morpet se encogió de hombros con timidez.

—Hay algo que echo en falta. Yo...

Larpskendya sabía lo que quería. Morpet jadeó al notar que su magia volvía a llenarle. Los viejos y familiares hechizos se introdujeron ruidosamente en él, buscando los lugares de siempre en que les gustaba estar. Morpet intentó darle las gracias a Larpskendya, pero se sentía abrumado e incapaz de hablar.

Larpskendya le dejó y fue a atender a los demás niños. Estaban todos juntos, aunque en diferentes estados de ánimo: trastornados, aliviados, temerosos y cansados, muy cansados por la tremenda prueba a la que habían sido sometidos. La mayoría de ellos seguía mirando hacia el cielo, como si no acabara de creer que las brujas se habían marchado. Larpskendya iba de uno a otro, tranquilizando a todos, en especial a los más pequeños, a los que daba todo el tiempo que necesitasen o que ellos quisiesen. Se llevó aparte a un chico de pelo erizado y le habló largo rato. Paul no podía apartar sus ojos del mago. Eric también quería acercarse, pero los prapsis seguían asomando sus cabezas por la abertura del abrigo y sacándole la lengua a Larpskendya.

—¿Queréis estaros quietos? —les previno Eric—. ¿Es que no le reconocéis?

Ellos se dieron la vuelta y agitaron sus traseros plumosos en dirección al mago. Este miró

hacia arriba y los pilló in fraganti.

Los prapsis tragaron saliva, escondiéndose bajo sus alas mientras Larpskendya se dirigía a grandes zancadas hacia ellos.

—Ahora veréis lo que es bueno —dijo Eric—. Se os va a caer el pelo, y a mí también, probablemente. Será mejor que hagáis una reverencia, y rápido.

Los dos prapsis le hicieron una reverencia a Eric.

—A mí no —suspiró este—. Diantre de...

Trató de darles la vuelta para colocarlos de cara a Larpskendya, mientras este se aproximaba, pero el mago había llegado ya hasta ellos. Cogió a los dos prapsis y se los llevó a la cara. Uno de ellos sacó la lengua y se puso a lamerle la oreja.

—¡Agh! —exclamó.

Larpskendya se rió y posó los dos prapsis sobre los hombros de Eric. Luego se inclinó sobre este intercambiando con él palabras que Eric jamás olvidaría, ni diría a nadie.

Finalmente Larpskendya reunió a Yemi, Raquel, Heiki, Eric y Morpet. Raquel se puso a Yemi en el regazo. El niño desprendía una belleza asombrosa. Sus ojos eran un hervidero de colores insoportablemente vibrantes que le rebosaban por las comisuras; ni siquiera él era capaz de contenerlos, aunque trataba de tapárselos con sus pequeñas manitas, como si no quisiera que se le escaparan.

—Dentro de él atesora la magia de todos los niños del mundo —dijo Larpskendya—. Nuestro pequeño ladronzuelo no quiere devolverla. Tenemos que ayudarle.

—Déjame a mí —dijo Raquel.

Se arrodilló junto a Yemi, obligándole a que retirara los dedos de los párpados. Le dio un beso.

Dejando escapar un gritito casi imperceptible, el niño rompió a llorar de improviso.

Rodeó el cuello de Raquel con los brazos... y sus ojos se abrieron. Los hechizos manaron con ímpetu al instante, y no uno solo, sino por decenas, por miles, todos querían ser el primero. Fluían del niño con todos los colores imaginables, y abandonaron el Polo, dirigiéndose con firme determinación hacia sus originarios dueños. Al cabo de unos minutos la transformación se había completado. Morpet escuchó con detenimiento... y oyó un sonido.

Era un sonido de sorpresa: la beatífica inspiración de aliento de todos los niños a la vez.

Una vez liberada la magia, Yemi volvía a ser él mismo de nuevo y sus Bellezas de Camberwell regresaron. Cubrieron el cuerpo de Raquel, mientras con sus delgadas patas negras trataban de atraerla hacia el niño. Paul y Marshall se acercaron con cautela, junto con los demás niños, y las mariposas revolotearon por encima de todos ellos, posándose de una en una o por parejas sobre sus cabezas.

—A su casa —suplicó Raquel a Larpskendya—. ¿Podemos llevarle a casa? ¿Podemos?

Larpskendya los transportó a todos de inmediato, de un modo tan suave que ninguno de los niños sintió nada.

Reinaba la oscuridad. Era de noche en Fiditi. Permanecían en el exterior de la casa de Yemi, a una hora en que normalmente todo debería haber estado en silencio. Pero el pueblo entero era un bullicio de vida. Todos los niños estaban despiertos... y ajetreados. Una niña se deslizaba por encima del río Odooba sobrevolándolo como una libélula. Sus ojos plateados iluminaban la

superficie, atrayendo a los mosquitos. De entre la espesura de la selva tropical surgieron los gritos de un grupo de monos colobos chillones, a los que dos niños habían despertado. Tumbados sobre las frágiles ramas superiores de un árbol, se reían y respondían con gritos similares a los de los monos. Eric vio a un niño en edad de aprender a caminar tratando de volar por encima de un matorral. No consiguió salvarlo, y luego se frotaba apesadumbrado las piernas arañadas. Dos chicas adolescentes estaban de rodillas, cara a cara, a la entrada de una choza, peinándose la una a la otra y probándose diferentes estilos. Un muchacho de aspecto desaliñado estaba sentado en el alféizar de una ventana, mirando con despreocupación pasar las nubes en el cielo.

Morpet observaba a Raquel, pensativo

—¿Puedes creer lo que estás viendo? Y este tipo de cosas deben de estar sucediendo esta noche por todo el mundo. ¡Por todas partes!

—Lo sé.

Pensó en aquel niño francés que hacía tan poco tiempo había llorado por su adorado arco iris que se deshacía. ¿Estaría corriendo ahora hacia sus montañas? O quizá ya habría aprendido a volar...

Un pájaro pasó con rapidez por delante de Morpet, posándose en tierra como el más domesticado de los halcones sobre el delgado puño de un niño. Una muchacha yacía en el suelo, contemplando soñadora cómo un matojo de hierba crecía hasta rozar el cuello de su hermano con un cosquilleo.

—Me gustaría —le dijo Eric a Paul— poder estar en todas partes al mismo tiempo esta noche. Para poder verlo todo.

—¿No te da envidia? —le preguntó Paul—. Me refiero a que eres el único niño en todo el mundo desprovisto de magia.

—No hay nadie más que pueda hacer lo que yo hago —se limitó a decir Eric.

Los dos prapsis asintieron con tal vehemencia que casi se les parte el cuello.

La puerta principal de casa de Yemi se abrió... tan solo una rendija. Dentro se oían murmullos. Finalmente salió Fola. Sus ojos relucían con un brillo plateado, como los de todos los demás, y cuando vio a Larpskendya se puso a hacerle reverencias, sin saber muy bien cómo debía comportarse.

—Ya está bien —la tranquilizó Raquel—. Ven con nosotros. ¿Pasa algo malo?

Fola permanecía en la puerta, en actitud evidente de estar esperando algo. Entonces apareció la madre de Yemi, escondiéndose. Parecía horrorizada por lo que había sucedido, como si le diera miedo incluso mirar a cualquiera de los niños del poblado... como si sus ojos pudieran quemar. Yemi se lanzó a sus brazos. Ella retrocedió. Como Yemi insistió y la siguió, su madre aceptó por fin de mala gana que se le acurrucara contra el pecho. Con el contacto del niño se tranquilizó un poco, pero seguía acariciándole la cabeza como si se tratara de un objeto extraño y quebradizo.

Fola se encogió de hombros mirando a Raquel.

—Mamá aún no está preparada. Tenemos que ser amables con ella, y con todos los demás. — Señaló hacia un pequeño grupo de adultos.

Hasta aquel momento Raquel no se había percatado de la presencia de adultos. En comparación con la animación de los niños, cuyos ojos resplandecían, parecían sombras que se

resistían a salir al primer plano. Tenían todos una expresión irremediabilmente perpleja, y algunos no sabían si acercarse o no a sus propios hijos. Un padre se agazapó bajo su hija, suspendida en el aire, esperando que cayera de un momento a otro. Algunos padres se habían quedado dentro de sus casas, pues tenían miedo incluso de salir al exterior.

Raquel pensó en su madre, y de pronto sintió la necesidad de estar cerca de ella. Y luego pensó en su padre y le entró un sentimiento de ansiedad. Habló con Larpskendya, y se trasladaron de nuevo a casa de Raquel.

Sus padres estaban en el porche delantero, mirando hacia fuera. Al ver llegar a Raquel y Eric, sus rostros se mudaron en una expresión de alivio. Raquel observó a su padre con un sentimiento de felicidad. Estaba bien, aunque con los ojos rebosantes de lágrimas, y al abrazarla casi la aplasta con uno de los brazos, mientras hacía lo mismo con Eric con el otro. Luego, al ver a Larpskendya, el padre dejó un momento a un lado sus efusiones y, con una actitud casi formal, le dio la mano.

Finalmente todos se volvieron a mirar el mundo más allá del porche. Había tanto que ver. Vieron a unas niñas bailando sobre un tejado. Más arriba, un grupo de niños a los que Eric reconoció volaban dando vueltas en espiral como moscas alrededor de un bloque de pisos de protección oficial, mientras sus risas se propagaban varios kilómetros en el cálido aire del verano. Unos muchachos jugaban al criquet en las nubes. Otros niños se habían ido a volar solos, escoltaban a los aviones, perseguían a los pájaros, o hacían cientos de otras cosas que se les habían ocurrido al despertar durante la noche. Un chico en una silla de ruedas perseguía a un perro gris. Una niña pequeña leía tranquilamente un libro a la luz que emanaba de sus propios ojos incandescentes. Y por todas partes, allá donde los niños estuvieran, corrieran o volaran, dejaban tras de sí sus reveladores rastros individuales: olores nuevos en la Tierra... los olores de la magia.

—Sabía que estaríais bien —les dijo la madre a sus hijos en un susurro, mirándolos a todos—. En cuanto vi lo que estaba sucediendo —los abarcó con los brazos—, lo supe. —Se volvió hacia Larpskendya—. Las cosas ya no volverán a ser como antes, ¿verdad?

Larpskendya sacudió la cabeza en señal de negación.

Morpet contemplaba maravillado la actividad que se desplegaba a su alrededor.

—¿Habéis visto toda esa magia que están practicando? —exclamó—. En Itrea vimos algunas cosas asombrosas, después de todo, pero aquella gente llevaba siglos ejercitándose. ¿Cómo es posible que estos niños hayan adquirido habilidades parecidas en tan escaso tiempo?

—En ningún mundo se había producido una retención tan larga como en el vuestro —explicó Larpskendya—. Ni se había liberado su magia de una forma tan repentina. —Su voz se había vuelto humilde—. No tengo la menor idea de qué más puede suceder esta noche. ¡Nunca se había dado un florecimiento como este! Esto... —señalaba al cielo, a la hierba, a la luna, y a los niños que se movían con tanta gracia entre todo ello— es vuestro futuro, el comienzo de una aventura indescriptible para todos los niños. Pronto hacer magia será para vosotros una actividad tan sencilla como respirar. —Sonrió—. Y entonces, por supuesto, ya no parecerá siquiera magia.

Todos miraban calle abajo, donde un padre asustado alzaba suplicante la vista al cielo. Su hijo pequeño se precipitaba incauto a través de las estrechas callejuelas, demasiado excitado para advertir peligro alguno.

Raquel dio un paso para colocarse junto a Morpet.

—Este mundo nuevo será peligroso para los adultos, ¿no crees? También para ellos todo será diferente.

Morpet asintió con la cabeza.

—La mayoría sentirá envidia de sus hijos. Y los niños ya no harán caso de forma automática de lo que se les diga. Si los padres intentan hacerles... bueno...

—Puede pasar cualquier cosa —susurró Raquel, deslizándose hacia su padre y su madre. La asaltó una imagen inquietante: la de los niños haciéndose con el control, y los padres, que ya no se sentían a salvo para salir solos, siendo acompañados y cuidados por sus propios hijos.

Heiki permanecía al lado de Larpskendya, mientras observaba a una niña imitando la caída de una hoja desde un árbol.

—Cuando todo esto se calme un poco —preguntó—, los niños, ¿no acabarán formando clanes? ¿No harán bandas mágicas, en las que solo puedan entrar los que tengan determinadas habilidades, y en las que se sitúen los más duros al frente? Eso es lo que planeaban las brujas.

—Sí —dijo Larpskendya—. Eso es lo que sucederá en algunos lugares. —La miró fijamente—. Ahora todo lo imaginable podría suceder.

—¿No sabrías determinar el rumbo que seguirá nuestra magia al desarrollarse? —le preguntó Raquel—. ¿No lo sabes?

—La magia evoluciona de forma diferente en todos los mundos —le dijo él—. Pero en la Tierra es particularmente abundante, su riqueza es única. Nunca ha habido una raza tan dotada como la vuestra, en un estadio tan temprano de su historia.

—¿Por eso las brujas estaban tan interesadas en nosotros? —preguntó Heiki.

—Sí. Os desean en alto grado. Y ya habéis dejado de ser un secreto para ellas.

Morpet se estremeció.

—¿Durante cuánto tiempo podremos seguir sintiéndonos a salvo?

—No puedo responder a esa pregunta —dijo Larpskendya—. Pero las brujas ya no os dejarán nunca en paz. Se reagruparán, y regresarán en número aún mayor. Lo único que saben es hacernos la guerra sin tregua, y han comprobado lo útiles que podéis serles. Yemi, en especial, ejerce sobre ellas un atractivo hipnótico. ¿Quién sabe de lo que pronto será capaz?

Raquel tocó con suavidad las profundas señales de los zarpazos que seguían bien visibles en el cuello de Larpskendya, pero no se curaron.

—Déjalas —dijo Larpskendya—. Serán para mí un recordatorio de lo que he desencadenado. —Se volvió con tristeza para hablarles a Morpet, Eric, Raquel y sus padres—. Hay ahora un enemigo nuevo: las gridas andan sueltas. Sabía de la desesperación de Heebra, pero nunca llegué a imaginar que liberaría su furia. —Dejó caer la cabeza—. La llevé demasiado lejos, la acosé demasiado estos últimos años. Ha sido una terrible equivocación.

Por encima de la casa de Raquel habían aparecido dos espléndidas porterías. Unas figuras bañadas por la luz de la luna jugaban impecablemente al fútbol.

—Ellos aún no temen la llegada de las gridas —dijo Morpet con alivio. Fuera lo que fuera lo que les deparara el futuro, aquella noche su corazón se sentía alegre, y apenas podía seguir a todos los niños que pululaban entre las nubes nocturnas. Le entraban ganas de unirse a ellos.

—Es cierto —dijo Larpskendya con solemnidad—. ¿Por qué iban a temer nada?

Y entonces, con súbita y deliberada resolución, consideró a todos aquellos niños como algo muy próximo a él. Finalmente miró a Raquel, como si viera en ella un compendio de todo lo que valían. Los ojos de ella, que le devolvían la mirada, eran del color de la alegría.

El rostro de Larpskendya adquirió una expresión de esperanza exasperada y casi doliente.

—Quiero enseñaros una cosa —dijo—. Es preciso que comprendáis la magnitud de lo que nos espera.

—¿Enseñarnos qué? —preguntó el padre con recelo.

—Otro mundo. Un mundo precioso y adorable, cuya maravilla las brujas llevan muchas vidas tratando de destruir.

Eric parpadeó, dubitativo.

—¿Está lejos?

—Lejos y cerca. Para vosotros no hay ahora mismo nada más remoto. Pero podemos volar hasta allí.

—¿Cómo? ¿Esta noche?

Larpskendya sonrió.

—¿Por qué no?

—¿Y los prapsis? Yo no voy sin ellos...

Larpskendya abrió los brazos, abarcando toda la extensión del cielo.

—Nos los llevaremos a todos.

Los prapsis emitieron una risita nerviosa, sin saber muy bien a qué se refería.

—¿Qué quieres decir con «a todos»? —preguntó el padre—. ¿Te refieres a todos esos niños de ahí? —Señaló a los niños que estaban más cerca—. ¿A todos esos?

Los ojos de Larpskendya brillaban con intensidad.

—No, no lo habéis entendido. Me refiero a todo el mundo. A todos y cada uno de los niños y adultos de todo vuestro mundo. «A todos».

—¡Sí! —exclamó Raquel—. ¡Sí!

Larpskendya inspiró profundamente y Raquel sintió al instante algo que se tensaba en su interior, como si millones de mentes estuvieran congregándose. Al alzar la mirada vio niños por todas partes que levantaban sus barbillas hacia la misma constelación de estrellas, hacia occidente en el cielo.

Eric miró a sus padres, pensando que no les gustaría nada todo aquello. Pero se equivocaba.

—¿Así? —La madre desplegó los brazos con timidez—. Bueno, ¿lo hago bien?

Larpskendya se rió, con una risa resonante y prolongada que alejó de sí cualquier reticencia que aún pudiera quedarle.

—Sí, así ya iré bien —dijo. Esperó unos segundos y miró a Raquel, Morpet y Eric—. ¿Estáis preparados?

Ellos asintieron con énfasis.

—¡Que me aspen, muchacho! —masculló uno de los prapsis—. ¿Adónde van ahora?

Pero su compañero no tuvo tiempo de responderle. Desde las casas, desde los barcos y desde los aviones que vuelan a nueve mil metros de altura y desde las más profundas galerías de las minas, así como desde los cielos atestados de niños, todos los habitantes del mundo levantaron sus

ojos.

Y, al cabo de un momento, en la Tierra solo respiraban ya plantas y animales.